

2934

FIESTA DEL TOISÓN DE ORO

CELEBRADA POR CARLOS V EN UTRECHT EL AÑO DE 1546

Excmo. Sr. D. Manuel Danvila.

Mi respetable y querido amigo: Á nadie mejor que á usted pueden ir enderezadas estas líneas, porque nadie mejor que usted conoce el ímprobo trabajo que desde hace más de diez años me ocupa en la determinación, primero, y en la comprobación, después, de las «Estancias y viajes de Carlos V desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte». Nadie, como usted, sabe el sinnúmero de documentos y obras compulsados; nadie tiene idea aproximada de la serie de archivos, tanto de España como del extranjero, que han debido registrarse al efecto, nadie ha visto los miles de papeletas bibliográficas de otros tantos documentos firmados por Carlos V que ratifican y aun rectifican las fechas y lugares consignados en los itinerarios iniciados por el sabio Gachard y completados del todo por mí, nadie, en fin, tan benévola atención ha prestado á mi labor de benedictino ni ha depurado la exactitud de mis datos con el amor é interés con que usted lo ha hecho.

Justo es, pues, que el nombre de usted sea el que encabece este escrito, destinado á dar á conocer los pormenores de una de las más solemnes «fiestas palatinas» dadas por el egregio Monarca, y no digo la más solemne de todas, porque donde está la de su coronación en Bolonia en 1530 (1) no

(1) Véase mi artículo «El día de San Matías y Carlos V» publicado en *La Ilustración Española y Americana* correspondiente al 22 de Febrero de 1896.

creo que haya habido en aquellos tiempos, y aun dudo que en los posteriores, otra fiesta que la iguale.

Es el caso, mi estimado D. Manuel, que, leyendo hace pocos días en la prensa diaria los relatos de la solemnidad habida en el regio alcázar con motivo de la imposición de las insignias del Toisón de Oro á los Sres. D. Alejandro Pidal, Marqueses de la Vega de Armijo y de Miraflores y Almirante Valcárcel (q. e. p. d.), vino á mi memoria el fastuoso aparato de que el Emperador rodeaba esas solemnidades, y para refrescar ideas me acogí al cronista *Juan de Vandenesse*, cuyos escritos tanto abundan en pormenores de tan diversa índole y suministran datos tan curiosos y concretos, que bien puede afirmarse que para conocer á fondo aquella corte es indispensable impregnarse del espíritu que informa y de los detalles y aun apreciaciones que los escritos del citado cronista belga contienen.

Por lo que se refiere al caso presente, en que, como el curioso lector podrá comprobar, no sólo se detallan los pormenores de la fiesta, sino que se desciende á detalles como los del banquete—en que se enumeran los manjares y hasta el coste de cada servicio,—no puedo menos de indicar mi creencia de que en lo que voy á transcribir hay mucho que observar y aun que dilucidar por los que se dedican al estudio de la etiqueta, de la indumentaria, de la culinaria y, en general, de toda cuestión histórica que con las ceremonias, las costumbres y los tiempos aquellos se relacione.

Tentado estuve de suprimir en este relato la traducción de todo lo referente á las viandas y manjares de que se compuso el imperial banquete, cuya copia literal remití hace ya algunos años á mi benévolo y docto amigo Dr. Thebussem, rogándole que con la competencia que en este como en otros muchos ramos del saber humano le es universalmente reconocida y estimada, se dignase traducir, comentar y aun explicar varios nombres de los platos y manjares consignados en aquella lista ó *menu*, como hoy, tan en desdoro del habla castellana, le llamaríamos.

El docto Doctor se excusó de acceder á mi súplica y lo hizo fundadamente por la dificultad de traducir y aun de co-

nocer algunos de los platos allí reseñados, y si yo hoy me permito traducirla y publicarla, contando con que la benevolencia del Doctor ha de perdonar mi atrevimiento, es sólo porque la relación de la fiesta resulte completa y dando cabal idea, en todas sus partes, de lo que eran aquellas solemnes manifestaciones de la grandeza y soberanía de nuestro gran Rey Carlos I.

La prueba fehaciente de la gran razón que al Dr. Thebussem asistía al fundar su negativa á mi súplica, la he visto comprobada por mí mismo, y como á mí no me duelen prendas, sino que yo mismo propalo mis limitados conocimientos y notoria insuficiencia, allá van dos ó tres palabras cuya traducción no me ha sido posible verificar, ó cuya recta interpretación no pude fijar en su verdadero sentido.

Una de las cosas servidas en el tercer plato es *vulpes*. En ninguno de los muchos diccionarios que consulté he hallado este manjar. Sólo en el latino hallo la palabra «vulpes» que, como es sabido, significa zorra, y aquí de mi ignorancia. Hasta hace pocos días yo no he sabido que el tal cuadrúpedo era materia comestible, y lo que es más, sigo creyendo todavía que no es plato para un banquete y mucho menos para una regia comida.

En el quinto plato me encuentro con «ung castelinck», y esto si que ni por aproximación he podido saber qué cosa sea. ¿Será un diminutivo en flamenco de «castel»... castillo? ¿Castillito? ¿Será algún plato montado, algún ramillete?... Averígüelo Vargas.

En la relación de las piezas que son necesarias para cada plato se dice: «Dos *connins*, cuatro *lappins*». Connin es connil, voz anticuada que significa conejo; lapin significa lo mismo. ¿A qué viene esa diferencia? ¿Será que *connin* querrá decir gazapo y *lapin* conejo ya hecho? Digo como en lo anterior: Averígüelo Vargas.

Basta ya, mi Sr. D. Manuel, de disquisiciones previas y entremos ya en materia, esto es, en la relación de la fiesta del Toisón celebrada en Utrecht en 1546.

Había llegado Carlos V á Bolduque (1) el 4 de Diciembre

(1) Bois-le-Duc ó Bolduc.

de 1545, en cuya población un fuerte ataque de gota le retuvo hasta el 28 del mismo, recibiendo en este intervalo—el día 15—la grata nueva de estar pactada con el turco una tregua de un año, prorrogable hasta siete, si el Emperador aceptaba la forma en que aquélla se había articulado.

La Reina y los caballeros del Toisón, que habían seguido camino diferente que D. Carlos, se hallaban ya en Utrecht, para cuya ciudad había S. M. fijado fecha para la celebración de la «Orden del Toisón de Oro» (sic) y su «Capítulo general», en que se proveerían las vacantes, creando nuevos caballeros, y cuya fiesta no pudo tener lugar á causa del ataque que le retuvo en Bolduque en el día anteriormente fijado quedando aplazada aquélla para el próximo 3 de Enero de 1546, estilo de Roma.

El 28 de Diciembre partió el Rey de dicho punto y vino á pernoctar á Bomel (1) primera ciudad del ducado de Gheldres, adonde y al pasar el Mosa —que es el límite entre este ducado y el de Brabante—salió á recibirle el Conde de Hoochstrate, gobernador por S. M. de dicho ducado y en el que ya á media legua de la ciudad le rindieron honores los habitantes de la misma, perfectamente armados y equipados.

El 29 pasó D. Carlos el río de Waal, comió en Buren—donde el Conde de este título festejó á su señor y á toda la regia comitiva de una manera espléndida—yendo á pernoctar á Vick-te-Duerstadio (2) que, pasado el Rhin, es ya territorio de Utrecht, en cuya población permaneció los días 30 y 31 de Diciembre y en los cuales celebró Consejo con los caballeros de la Orden y resolvió «tener la Orden» (sic) y Capítulo del Toisón de Oro á partir del sábado 2 de Enero de 1546.

Llegados á este punto, forzoso es que cedamos la palabra al cronista *Vandenesse*, y que si queremos que el relato conserve todos los caracteres de autenticidad, nos limitemos á traducir lo más literalmente posible el texto que tan perspicuo observador nos ha legado, debiendo hacer constar al benévolo lector que, si en el decurso de la traducción se encuen-

(1) Bommel.

(2) Wyck-te-Duerstede.

tra con alguna frase ó giro de dudosa corrección gramatical, no lo achaque á descuido ó falta nuestra, sino al deseo de dejar al relato el sabor particular de la época, del idioma y del autor, que impregna todo su escrito.

Dice así:

«Memoria de lo que parece que se debe hacer para el servicio del Toisón de Oro.»

Primeramente, y por lo que á la Iglesia concierne, se dejará al Limosnero Mayor todo lo que á la Capilla se refiera y le será notificado el día en que empezará el servicio religioso; en cuanto á los demás adornos y arreglos de la iglesia, se dejarán á los oficiales de la Orden, Canciller, Tesorero, Toisón de Oro y Grefier del mismo, los que serán ayudados por oficiales de la Casa de S. M. en caso necesario.

La comida se celebrará en el gran salón, en el que la mesa se cubrirá según costumbre.

El plato de S. M. será servido por el Sr. Duque de Alba, Mayordomo Mayor de S. M., y por los Sres. Mayordomos, y la comida será llevada por los gentiles hombres de «casa y boca» (1).

Asistirán al acto todos los heraldos, maceros y clarines, de lo cual será advertido el Caballero Mayor para participársele á éstos y ordenarlos su cumplimiento.

Igualmente al Limosnero Mayor, para que prevenga á los cantores á fin de que se encuentren en el salón durante la comida.

Lo mismo se hará con todos los demás instrumentos que aquí puedan encontrarse.

El resto de los platos de los Caballeros de la Orden serán servidos el día del Toisón por sus propios mayordomos y servidores para ayudarles en el servicio, y á los cuales se les significará para remediarles en caso de que tuviesen necesidad de ello.

Cada uno de los Caballeros tendrá además uno de sus gentiles-hombres para darles de beber, y encontrarán copas y vasos en el aparador.

(1) De la bouche, dice el original.

Los oficiales ordinarios de S. M. tendrán el cargo de servir en ese día, cada cual en su respectivo oficio.

La panetería cubrirá las mesas y cuidará de que estén provistas de manteles, pan, fruta, barquillos, bizcochos y demás cosas referentes al servicio de su oficio respectivo.

Los otros oficiales cumplirán del mismo modo, y para este día se les permitirá tomar las gentes que necesiten para que les ayuden.

El plato de los Prelados, que estará en otro salón, será servido por alguno de los gentiles-hombres de S. M. comisionado al efecto.

El plato de los oficiales de la Orden, que estará en el mismo salón que S. M., será servido por el jefe de cocina, (1) el cual tomará las gentes que le parezca para que le ayuden.

Se ha cuidado del sitio donde comerán los gentiles-hombres y los otros que hayan servido á los dichos Caballeros.

Asimismo se ha ordenado la manera de retirar la comida y guardar la vajilla.

Se significará á los capitanes y tenientes de las guardias que se encuentren en dicho día, ya sea en la iglesia, ya en otros lugares, que los guardias vigilen las puertas y que cuiden, tanto de la vajilla como de las demás cosas, á fin de que nada se pierda. Y dichos capitanes y tenientes ordenarán á sus compañeros de la guardia que obedezcan todo lo que se les mande, por razón de la dicha fiesta, durante los tres días, previniéndoles que ninguno entre en el coro de la iglesia ni en los salones para no aumentar la confusión.

Se ordenará á todos los gentiles-hombres, oficiales y demás de la Casa de S. M., de parte del Sr. Mayordomo Mayor, que no contribuyan á causar embarazo, tanto en la iglesia como en el servicio de la comida, ni en otra parte alguna.

Se hará presente á los Embajadores que se personen en la iglesia, donde encontrarán sus sitios preparados al efecto, á los que serán conducidos antes que S. M. entre en ella.

El día del Toisón y el siguiente el Señor de Tyan y el Señor de Martigny servirán el aguamanil á los Caballeros de la

(1) Escuyer de cuisine.—Ecuyer de cuisine.—Cocinero mayor.

Orden y los Señores de Beaufort y de Oignies les darán la toalla.

Y después los gentiles-hombres antes nombrados llevarán á cada uno el trinchante, cuchillo y pan á medida que los Caballeros se sienten, y lo mismo harán el lunes, segundo día, en que los Caballeros comerán en mesa aparte.

Se servirá el primer plato de dichos Caballeros de la Orden por un gentil-hombre de la Casa, teniendo ocho criados para llevar la comida, los cuales serán nombrados por el Sr. Mayordomo Mayor.

El segundo plato por un gentil-hombre de la Casa con ocho pajes de S. M.

El tercero íd. íd.

El plato de los oficiales de la Orden se servirá como el día precedente.

El plato de los Prelados se servirá por un gentil-hombre de la Casa, y podrá tomar para que le ayuden ocho lacayos ú ocho arqueros de S. M.

Los gentiles-hombres que hayan servido á los dichos Caballeros podrán ser servidos por un oficial que será nombrado y por otros que éste tomará para que le ayuden.

*
* *

PARA EL PRIMER PLATO EL DÍA DEL TOISÓN

Vaca y carnero.

Jamón y lenguas.

La sopa.

Cabeza de ternera.

Venado con nabos.

Guisantes rehogados (1).

Ternera asada.

Cisne en caliente (2).

Ansar.

Polla de Indias.

Pastel de ternera.

Pastel en terrina... y entremeses.

(1) Des poix passez.

(2) Cigne chaud.

EL SEGUNDO PLATO

Pecho de ternera.
 Salchichas asadas.
 Callos (1).
 Chuletas.
 Potaje de caza (2).
 Pastel de caza en caliente.
 Faisán asado.
 Capón asado.
 Pluviales (3).
 Garza real (4).
 Pastel de perdiz.
 Pollos asados.
 Pichones y entremeses.

EL TERCER PLATO.

Pavo.
 Perdiz.
 Cercetas.
 ¿*Vulpes...*? (5)
 Gelatinas de cerdo.
 Pastel de pichones en caliente.
 Pastel de garza en frío.
 Gelatina (6).
 Gelatina clara.

(1) Trippes.

(2) Venaison en pottaige.

(3) Plouviérs.—Pluvier, ave de ribera con sólo tres dedos y de buena comida.

(4) HIRON.—Heron.—Ave acuática.

(5) No parece posible que la *zorra* fuese plato escogido, pues ni aun se tiene noticia de que sea vianda escogida. Algunos dicen que se come.

(6) Blancq-mangé.—Gelatina de leche, almendra, azúcar y otras substancias.

Conejos asados (1).
 Patos asados.
 Pierna de carnero y entremeses,

EL CUARTO PLATO

Pastel frío de polla de Indias.
 Pastel frío de caza.
 Pastel de liebre.
 Pastel de perdiz.
 Pastel de garza.
 Cabeza de jabalí.
 Cisne en frío.
 Avutardas.
 Grullas.
 Pastel de conejo.
 Pavo.
 Faisán.

EL QUINTO PLATO

Tres clases de gelatina.
 Tres clases de pastel de frutas.
 Tres clases de dulces (2).
 Ung castelinck (3).
 Un flan.
 Una tarta.
 Manzanas y peras al natural y en compota (4).
 Anís.

(1) Connins.—Connil, Voz anticuada.

(2) Trois manieres de confitures.—*Confiture*, confitura, la fruta, etc., que está confitada.

(3) *Ung castelinck* Ni de este modo ni de otro aparece esta palabra en ninguno de los ocho diccionarios: *Boudot*, Fr. Lat. 1739 — *Gattel*, Fr. Esp. 1790.—*Silbermann*, Fr. Alem. 1799.—*Cormon y Manni*, Fr. Ital. 1802.—*Acad. Francesa*, 1835.—*Fleming y Tiblins*, Fr. Ingl. 1845.—*Conversation*, 1852 y *Taboada*, 1854. Parece un diminutivo de castillo, castillejo. ¿Será un plato montado... un ramillete?...

(4) Pommes, poires, crues et cuictes.

Nísperos.

Castañas.

Queso.

Después de quitado todo, excepto los manteles:

Barquillos y bizcochos, Hypocras (1) blanco y clarete.

Á la entrada de la mesa:

Ásados (2) secos y malvasía.

EL BANQUETE DEL TOISÓN DE ORO CELEBRADO EN UTRECHT EL 3 DE
ENERO DE 1546, ESTILO DE ROMA

Lo que se necesita para la comida.

Primeramente un trozo de vaca de diez y seis libras de peso.

Medio carnero.

Un cuarto de ternera.

Un lechón.

Una polla de Indias.

Un pavo.

Un faisán.

Una garza.

Un capón cocido y huesos con tuétano para la sopa.

Un capón asado.

Dos gelatinas para el *blancq-mangé* (3).

Cuatro pollos.

Cuatro pichones.

Cuatro perdices.

Cuatro chochas.

Cuatro cercetas.

Seis pluviales.

Doce codornices.

Una liebre.

Dos conejos (4).

Cuatro conejos (4).

(1) Hypocras.—Ligera bebida que se hace con vino, azúcar y canela.

(2) Rousties.

(3) Véase una de las notas precedentes relativas al tercer plato.

(4) Si *connil* y *lapin* significan conejo, no se acierta á explicar la

Cuatro docenas de pájaros.
 Un pastel de ternera.
 Cuatro pollos en pastel.
 Un pastel de lengua.
 Caza en salsa.
 Un pastel de cisne.
 Tuétano de vaca.
 Tocino.
 Huevos.
 Manteca.
 Toda clase de hortalizas.
 Naranjas.
 Limones.
 Alcaparras.
 Aceitunas.
 Toda clase de salsas.

FIAMBRES

Un jamón.
 Dos lenguas saladas.
 Una cabeza.
 Un pato.
 Un faisán.
 Un pavo.
 Una garza.
 Una avutarda.
 Una grulla.
 Pastel de liebre.
 Pastel de polla de Indias.
 Pastel de conejo.
 Un pastel de caza.
 (Todo frío.)
 Tres clases de gelatinas.

diferencia que en 1545 había entre estas dos palabras; y que la había es indudable, puesto que si no, no se habría puesto *Deux connils. Quatre lappins*.

Tres clases de frituras.

Tres clases de dulces.

Un castelinck (1).

Una tarta.

Un flan.

Brides à veaul ? (2).

Manzanas y peras crudas y cocidas.

Nísperos.

Castañas.

Queso.

Anís.

Bizcocho.

Barquillos.

Hypocras blanco y clarete.

Lo cual compone un plato y asciende, sin pan ni vino, á sesenta y seis libras cada plato. Y se necesitan tantos como sean los Caballeros de la Orden para el primer día, otro para los Prelados y otro para los oficiales de dicha Orden.

Y al siguiente día los caballeros comen aparte y se hace con tres ó cuatro platos, según quienes sean.

*
* *

Nombres de los caballeros de la Orden cuyas armas están en la sillería del coro en este presente Capítulo, celebrado en Utrecht el año de 1546:

Á la entrada de dicho coro, á mano derecha de frente, las armas de Su Majestad.

Después, de lado, siguen las armas de

Enrique, Rey de Inglaterra.

Fernando, Rey de Romanos.

Cristián, Rey de Dinamarca.

El sitio del Rey de Portugal.

Federico, Conde Palatino, Elector.

Felipe de Croy, Duque de Arschot.

(1) Véase la nota correspondiente en el quinto plato.

(2) No se sabe qué es esto. ¿Como no sean entrecots... ó lonchas de ternera?

Antonio de Croy, Señor de Saint-Pi.

D. Fernando Ramón Folch, Duque de Cardona, fallecido (sic).

Guillermo, Señor de Rybaulpierre.

Juan, Barón de Tresigni.

Francisco de Melun, Conde de Epinal.

D. Felipe de Austria, Príncipe de España.

D. Pedro Fernández de Velasco, Duque de Frías, Condestable de Castilla.

Jorge, Duque de Sajonia, fallecido.

Reinaldo, Señor de Brederode.

Nicolás, Conde de Salm.

Juan de Hainin, Señor de Bossu.

Carlos, Conde de Lalaing.

Jorge Schenck, Barón de Fautembourg, fallecido.

Andrés Doria, Príncipe de Melfi.

D. Alonso de Avalos, Marqués del Guasto.

Maximiliano de Egmont, Conde de Bura.

Á mano izquierda entrando en el coro está al frente un gran cuadro con el mote de Su Majestad, que es *Plus Ultra*, y al lado siguen primero en fila las armas de

Francisco, Rey de Francia.

Segismundo, Rey de Polonia.

Jacobo, Rey de Escocia, fallecido.

Floris de Egmont, fallecido.

D. Juan Manuel, fallecido.

Jacobo de Gavre, Señor de Fresin, fallecido.

Antonio de Lalaing, Conde de Hoochstrate, fallecido.

Adolfo de Borgoña, Señor de Bevres, Almirante, fallecido.

D. Antonio Manrique de Lara, fallecido.

Pedro Antonio de San Severino, Duque de San Marcos, Príncipe de Bisiñano.

Maximiliano de Hornes, Señor de Gaesbeke, fallecido.

D. Federico Enríquez de Cabrera, Conde de Módica, fallecido.

Jacobo de Luxemburgo, Conde de Gavre, fallecido.

Adrián de Croy, Conde de Reux.

El Duque D. Fernando de Aragón.

Felipe, Duque de Baviera.

D. Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque.

Fernando de Gonzaga, Duque de Ariano, Príncipe de Molfeta.

Claudio de la Baulme, Señor de San Servín, fallecido.

Antonio, Marqués de Berghes, fallecido.

Luis de Flandes, Señor de Praet.

Felipe de Lannoy, Señor de Sainctes, fallecido.

Felipe de Lannoy, Señor de Molembaix, fallecido.

D. Francisco de Zúñiga, Conde de Miranda, fallecido.

Renato de Chalón, Príncipe de Orange, Conde de Nassau, fallecido.

Que hacen cincuenta Caballeros, de los cuales han muerto veintidós, cuyas plazas serán provistas en el presente Capítulo.

Prosigue el cronista:

«Viernes primero de Enero de 1546, estilo de Roma, hallándose Su Majestad en su ciudad de Utrecht y habiéndola en años anteriores designado y escogido para tener y celebrar en ella el Capítulo general de la Orden del Toisón de Oro, convocados todos los Caballeros hermanos para encontrarse allí, habiendo fijado día con los presentes para comenzar dicha orden, y recibido poder y autorización de los ausentes, se determinó que las primeras vísperas comenzaran el sábado día 2 de dicho mes, en el cual, á eso de las tres de la tarde, dichos Caballeros se reunieron en corte en una cámara destinada al efecto y con ellos los cuatro oficiales de la Orden, á saber: Canciller, Tesorero, Grefier y Toisón de Oro, en la cual se vistieron con largos ropajes de raso ó damasco rojo y encima mantos de terciopelo carmesí forrados de raso blanco, con bordados de oro de un pie de ancho y un birrete en la cabeza, y su gran collar de oro, pendiendo de él la dicha orden, (sic) encima de dichos mantos. Y así vestidos pasaron á la Saleta, antecámara de Su Majestad, á la que, llegados con sus oficiales, salió inmediatamente Su Majestad vestido como ellos; y donde permanecieron hasta que el Obispo de Utrecht, acompañado de los de Cambray, Tournay, Niza, sufragáneos,

y ocho abades mitrados, y revestidos todos de pontifical, las cruces, gonfalones (1) de todas las iglesias y clero de las mismas, llegaron á la corte. Entonces se comenzó á marchar, todos á pie, hacia la Iglesia Catedral. Iban los primeros los Prelados y clero, procesionalmente como habían venido. Seguían luego todos los Gentiles-hombres, Señores, Barones, Condes, Marqueses y Príncipes, todos á pie, y después á caballo los Clarines, Heraldos, Reyes de armas con sus cotas y Maceros con sus mazas, á los cuales seguían Toisón de Oro y Grefier de la Orden, el Tesorero y Canciller de la misma, vestidos con sus mantos, como los Caballeros, de dos en dos según eran los más recientemente admitidos. Marchaban los más modernos de dos en dos, á saber: Maximiliano de Egmont, Conde de Bura, y Carlos, Conde de Lalaing; Francisco de Melun, Conde de Epinal, y Reynaldo, Señor de Brederode; Juan de Hainin, Señor de Bossu, y Adrián de Croy, Conde de Reux; Juan, Señor y Barón de Tresigni, y Felipe de Croy, Duque de Archot, todos á caballo. A los cuales seguía sólo, como Jefe y Soberano del Orden, Su Majestad y á su alrededor y delante marchaban á pie los Mayordomos, Capitanes de guardias, Gentiles-hombres de cámara, y detrás venían á caballo el Archiduque de Austria, el Príncipe de Piamonte y el Duque de Alba, Mayordomo Mayor. Y los guardias iban á los lados, y los arqueros de corps detrás en columna (2). En este orden fueron hasta dicha iglesia, la cual estaba colgada con los ricos tapices de la historia de Gedeón, que es toda de hilo de oro, seda y plata, y los asientos del coro, en el respaldo de raso carmesí, y la parte baja de damasco carmesí, y sobre ellos las armas de todos los caballeros que son en total cincuenta, y Su Majestad hace el cincuenta y uno. Los asientos de los Reyes estaban tapizados con un aditamento de tisú de oro, y el sitio de Su Majestad estaba cubierto de arriba á bajo, de tela de oro rizada, y encima un rico dosel. Y estaba Su Majestad en los asientos al fondo, á mano derecha, según se entra en el coro.

(1) Gonfanons.—Estandarte, bandera ó pendón de las iglesias. En Barcelona le llaman todavía gonfalons.

(2) En troupe.

Y así llegados, y habiendo hecho su reverencia al altar y al Rey, cada cual se colocó en el sitio bajo sus respectivas armas. Detrás de los sitios estaban: á un lado los puestos para los embajadores del Papa, Francia, Inglaterra, Portugal, Polonia y Venecia; y al otro lado, enfrente, los Prelados, sentados cada uno según la jerarquía, y por cima de la entrada del coro, en la tribuna, la Reina Regente acompañada del Archiduque de Austria, del Príncipe de Piamonte, de la Princesa de Gavre, Condesas de Hoochstraten, de Aremberg y de muchos otros señores para presenciarlo, y los oficiales de la Orden en bancos rasos delante de Su Majestad, y los señores y gentiles-hombres de pie, al fondo del coro. Y así, cada caballero en su puesto, dió comienzo á las vísperas el Obispo de Utrecht, que fueron cantadas por la Capilla de la Majestad, volviendo la comitiva, una vez terminadas, en el mismo orden en que había ido, excepto el clero que permaneció en la iglesia.

El domingo 3 de dicho mes, á eso de las nueve de la mañana, Su Majestad, acompañado como el día precedente, con excepción de los Prelados que le esperaban á la puerta de la iglesia y con los mismos trajes y orden, vino Su Majestad á la iglesia, y una vez cada uno en su puesto, comenzó la misa siguiéndola hasta el ofertorio. Entonces todos los Caballeros de la Orden bajaron de sus sitios y se acercaron á Su Majestad, y el Toisón de Oro profirió en alta voz:

«*Carlos, por la Divina clemencia, semper augustus, Emperador de Romanos, Rey de las Españas, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, etc., Jefe y soberano del Toisón de Oro, venid á la ofrenda para Dios.*» Entonces S. M. descendió de su trono, y precedido de los caballeros llegaron al altar mayor, y puesto entre ellos de rodillas en un almohadón de oro, que le fué servido por el Duque de Alba, su Mayordomo Mayor, hizo su ofrenda que le fué presentada por el Archiduque de Austria, volviendo después cada uno á su respectivo lugar.

Entonces Toisón de Oro fué delante de cada caballero, ó de sus armas, llamándole por su nombre y títulos para que viniera á la ofrenda, colocándose en el puesto del ausente el que de los presentes estaba apoderado para ello; y después de haber hecho una profunda reverencia á S. M. seguía á Toi-

són de Oro, hacia su ofrenda y volvía á su puesto. Y así, uno después de otro, se continuó hasta el último, reservado á los fallecidos después del último Capítulo, no yendo nadie á ofrecer por ellos (sic). Terminada la ofrenda, que duró mucho tiempo, predicó un sermón el Canciller del Orden, que es hombre de iglesia (sic). Acabado el sermón, continuó la misa hasta el fin, volviéndose después, y en el mismo orden en que se había ido, al palacio de S. M. en el cual, y en gran salón ricamente tapizado y alhajado, había una gran tarima cubierta de tapiz turco, en la cual se hallaba la gran mesa con nueve cubiertos, y en cuya parte central había un rico dosel de tisú de oro rizado, y á un extremo de ella un aparador para S. M., y al otro extremo otro aparador para los Caballeros, y cerca de éste otra mesa con un servicio para los oficiales de la Orden. La mesa principal se cubrió con dos muy ricos manteles de damasco. Llegado S. M., se sentó bajo el dosel que estaba en el centro de la mesa y le sirvieron su plato el Duque de Alba, Mayordomo Mayor, y el Barón de Montfaulconnet y D. Juan Manrique de Lara, Mayordomos. Y los gentiles hombres de casa y boca, al traer la comida, venían precedidos por los reyes de armas, clarines y maceros de S. M.

Sentado S. M., á su derecha, y á unos cinco pies de distancia, tomó asiento el Duque de Arschot, siguiéndole al mismo lado el Conde de Egmont, Señor de Broderode y Conde de Lalaing. Á la izquierda de S. M. se sentaron el Señor de Tressigni, Conde de Reux, Señor de Bossu y Conde de Buren, á los cuales les fueron servidos los platos por sus gentiles hombres separadamente. El servicio fué á cada plato de trece manjares, sin contar los entremeses, y se sirvió al principio malvasía y asados, carne cuatro veces, una vez fritura, otra gelatinas y dulces y después Hypocras y barquillos. La mesa de los oficiales de la Orden fué servido por oficiales de S. M. En otro salón estaba la mesa para los Prelados, servida también por oficiales de S. M. Durante la comida hubo mucha música é instrumentos. Conviene tener entendido que S. M. y los Caballeros comieron vestidos con los mismos trajes con que habían concurrido á la iglesia.

Terminado el festín, S. M. se retiró á su cámara, acompa-

ñado de los Caballeros, los cuales á su vez se retiraron á sus respectivas habitaciones, y el Duque de Alba llevó á comer consigo á todos los Príncipes y Señores que estuvieron presentes al banquete. Los mayordomos y gentiles-hombres de casa y boca fueron á comer á su departamento, y arriba había dos mesas para doscientas personas, donde comieron los gentiles-hombres y demás personal que había servido en el festín.

El mismo día, á eso de las cuatro de la tarde, los Caballeros, con grandes mantos, caperuzas y birretes de luto, vinieron á la saleta que precede á la real cámara. de la que S. M., vestido de igual manera, salió, y como el día precedente y en el mismo orden, exceptuando los clarines, marcharon á la iglesia, en la que, una vez llegados y sentado cada cual en su puesto, dió comienzo el Obispo de Tournay á la vigilia por las almas de los Caballeros difuntos, cuyos asientos se hallaban cubiertos de negro de arriba abajo, pendiendo delante de las armas de cada uno de los caballeros finados, un paño de terciopelo negro, y delante de las del Rey de Escocia un paño de oro del mismo color (sic). Terminada la vigilia, volvieron á palacio de la misma manera que habían ido á la iglesia.

El lunes 4, á eso de las nueve de la mañana, S. M., vestido y acompañado como el día precedente, partió de su alojamiento y fué á la iglesia, en la cual y cada uno en su puesto, comenzó la misa y continuó hasta el ofertorio, al cual acompañaron los Caballeros á S. M., como el día anterior, yendo después todos á ofrecer, llevando cada cual un cirio de cera blanca en la mano. Toisón de Oro ofreció por los Caballeros difuntos, apagando sus cirios. Terminada la ofrenda, predicó el Grefier (1) un sermón en forma de arenga, recordando la institución de la Orden, su fundador, la razón por que fué instituída, nombrando uno por uno á todos los Jefes y Caballeros que han pertenecido á ella hasta el presente y los que habían sido excluídos y la razón de haberlo sido. Después de esto, y terminada la misa, se volvió al alojamiento de S. M.,

(1) Nicolás Nicolay.

y en un salón se puso una mesa bajo dosel en un estrado sólo para S. M., delante del cual se puso otra mesa de tres platos para los Caballeros, quienes se sentaron todos en fila, y la de los oficiales y Prelados, como el día precedente. El servicio fué cada plato de catorce viandas, tres veces de carnes y dos de frituras, gelatinas, dulces y frutas, malvasía al principio y Hypocras al fin.

Terminada la comida, S. M. se retiró en Consejo con los Caballeros hasta las cuatro de la tarde, á cuya hora, vestidos con largos ropajes de damasco blanco, caperuza y birretes de terciopelo carmesí, salieron en el mismo orden que los días anteriores, y precedidos de los clarines batiendo marcha, llegaron á la iglesia, y cada cual en su puesto, entonó las vísperas el Obispo de Niza, regresando luego á su alojamiento hasta el día siguiente, en que á eso de las nueve volvieron á la iglesia, como los días anteriores y con los mismos trajes.

Llegados á la iglesia, dió comienzo la misa siguiendo hasta el ofertorio. S. M. ofreció como en los días anteriores y los Caballeros no lo hicieron. Acabada la misa S. M. hizo muchos Cabaleros, volviendo á su morada, donde comió solo, y el Duque de Arschot como el más antiguo de los presentes, dió de comer á los otros Caballeros. Después de comer S. M. y los dichos Caballeros tuvieron Consejo hasta las ocho de la noche.

El día 6 de dicho mes, que fué el día de Reyes, la gota impidió á S. M. que fuese á la iglesia, por lo cual el Archiduque de Austria ofreció en la misa los tres cálices en nombre del Rey, quien después de comer estuvo en Consejo con los Caballeros hasta las nueve de la noche.

El 7 y el 8 igualmente, y por haber aumentado el ataque de gota se dejó la elección y publicación de los nuevos Caballeros de la Orden hasta el 17, habiendo sido provistas en este Capítulo las veintidós vacantes ocurridas desde el último, que fué el celebrado en Tournay el año de 1531.

Han estado presentes y se ha dado el collar y Orden del Toisón de Oro:

Primero á D. Hernando de Toledo, Duque de Alba, Mayordomo Mayor de S. M.

Á Lamoral, Conde de Egmont, Príncipe de Gavre.

Á Joaquín, Señor de Rye.

Á Felipe de Lannoy, Príncipe de Sulmona,

Á Antonio de Lalaing, Conde de Hoochstraten.

Á Pontus de Lalaing, Señor de Bugnicourt.

Á Maximiliano de Borgoña, Señor de Bevres, Almirante.

Á Pedro Ernesto, Conde de Mansfelt.

Á Jacobo de la Ligne, Conde de Feuquemberghe.

Á Juan de la Ligne, Señor de Berbanson.

Y fué enviado á Juan de Lannoy, Señor de Molembaix, que estaba enfermo en Bruselas.

También les fué enviado á España por un Rey de armas á D. Iñigo López de Mendoza, Duque del Infantado; á D. Manrique de Lara, Duque de Nájera, y á D. Pedro Fernández de Córdoba y Mendoza, Duque de Feria.

Los otros ausentes nombrados en este Capítulo y agraciados según la voluntad de S. M. han sido:

Maximiliano, Archiduque de Austria, Príncipe de Hungría y de Bohemia.

Filiberto de Saboya, Príncipe de Piamonte.

Alberto, Duque de Baviera.

El Senescal de Haynnault (Pedro, Señor de Werchin, Feu-mont y Roubaix).

Federico, Conde de Furstemberg.

Antonio, Señor de Vergy.

Octavio Farnesio, Duque de Castro.

Y Cosme de Médicis, Duque de Florencia, que componen los veintidós.

Lunes 1.º de Febrero S. M. continuó en Utrecht y el 3 fué á pernoctar á Wageningen, que es una pequeña población en su ducado de Gheldres...»

*
* *

Hasta aquí el cronista Juan de Vandenesse, Contralor de la Casa de S. M., que, según sus propias afirmaciones, lo ha escrito así por haber seguido á S. M. en todos los viajes de que hace referencia. Fué, pues, un testigo presencial de lo que relata,

como usted lo es de cuánto me preocupa todo lo que al ínclito Emperador se refiere y de mi creencia de la poderosa ayuda que á la historia de tan grande hombre han de prestar todos esos datos, que revelan curiosos pormenores, algunos de ellos pocos conocidos, pero que completan el armónico conjunto de tan gran figura.

Y aquí pongo punto y término á la presente, reiterando á usted el testimonio de la gratitud y afecto con que me ofrezco una vez más su más atento amigo y afectísimo servidor,
q. l. b. l. m.,

MANUEL DE FORONDA.

Madrid 1-5-903.

JAIME BALMES Y SUS OBRAS

CONFERENCIA

dada por **D. Eloy Bullón** en el Fomento de las Artes de Madrid, el día 7 de Abril de 1903.

SEÑORES:

Frases de felicitación y de agradecimiento son las primeras que salen de mis labios al ocupar por primera vez esta cátedra, honrada tantas veces por personas doctísimas y elocuentes, frases de felicitación para los ilustrados organizadores de esta serie de conferencias, que tienen el plausible objeto de difundir los conocimientos científicos y literarios, y frases de agradecimiento por la singular honra que me habéis dispensado invitándome á colaborar con vosotros en esa hermosa tarea. Mi agradecimiento es tanto mayor y más sincero, cuanto menores son mis condiciones científicas y oratorias, y, por lo tanto, más grande vuestra bondad al solicitar el concurso de mis escasas luces.

Puesto en el trance de dirigiros la palabra, ya que rehusar vuestro galante ofrecimiento hubiera sido insigne descortesía, he procurado elegir para tema de mi discurso un asunto que, estando en armonía con mis particulares aficiones filosóficas y literarias, fuera al mismo tiempo de importancia suficiente para atraer vuestra atención, sin molestarla por lo árido ó abstruso.

Queriendo además que el provecho de mi disertación no se limite á las enseñanzas contenidas en lo que yo en ella haya

de decir, pues entonces por fuerza habría de ser muy escaso; he preferido más bien que mi trabajo consista en convidaros á estudiar obras de extraordinario mérito, ponderando sus excelencias, recordando los merecimientos del varón ilustre que las escribió y haciendo notar, en fin, los bienes grandes que han producido en las ciencias y en la sociedad.

Entiendo, precisamente, que uno de los males que en el orden científico y literario afectan á la moderna sociedad española es el de que se lee poco y se escribe mucho, y que aun eso poco que se lee, descontando los medianos libros de texto en que por lo general se instruye la juventud, son los artículos circunstanciales y no siempre desapasionados de los periódicos, folletos ligerísimos sobre los problemas llamados de actualidad, obras de carácter enciclopédico no dictadas por el mejor criterio, y por triste coronación y remate, que se olvidan sistemáticamente los áureos escritos de egregios y doctísimos varones que han florecido en nuestra patria, para ir á beber malsanas doctrinas en libros exóticos, donde se combaten, más ó menos embozadamente, verdades seculares y augustas.

Por eso al elegir tema para este discurso no he dudado un momento en fijarme en una de las más gloriosas figuras científicas de la nación española, en uno de nuestros pensadores más castizos (pues también hay casticidad en el pensamiento y más transcendental aún que la del lenguaje), en el escritor benemérito que llena con su fama y con su sabiduría la última centuria, en Jaime Balnes, en una palabra, personificación ilustre de las cualidades más salientes de la filosofía española é infatigable campeón de la causa de la verdad.

Su figura brilla con purísimos resplandores en los anales de la cultura patria, su nombre es repetido con respeto por los amantes del saber, y las ciencias filosóficas, políticas y sociales le son deudoras de notables progresos.

¿Quién regateará sus aplausos á aquel hombre ilustre, que consagró por entero su vida al estudio de las ciencias más elevadas y á la divulgación y defensa de sus verdades luminosas? ¿Quién no recordará agradecido el ardiente patriotismo con que trabajó siempre por el bien moral é intelectual de

sus conciudadanos, combatiendo las doctrinas perniciosas que amenazaban arraigar en nuestro suelo y defendiendo los más puros y nobles ideales políticos?

Historiador y sociólogo, estudia las causas de la civilización y su marcha á través de los siglos en *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*; filósofo eminente, examina y resuelve con tino y claridad admirables los más profundos problemas de la ciencia de las ciencias; economista y matemático, no olvida las interesantes cuestiones de que estas ciencias se ocupan y sabe enseñarlas y exponerlas sin aridez ni confusión; político desinteresado y amante de la patria, predica la concordia á los españoles que se destrozaban mutuamente en lucha fratricida y enarbola una bandera nobilísima, en torno de la cual se agrupa un partido numeroso; teólogo eminente, sabe elevarse al conocimiento de las más augustas verdades religiosas, no habiendo apenas campo alguno del vasto dominio de la sabiduría por donde no corriese afanosa su poderosa inteligencia, recogiendo en todos ellos copiosos frutos de sólida doctrina.

Pero esta misma multiplicidad de aspectos en que Balmes floreció, y que tan alto habla en honor suyo, contribuye á que sea en gran manera difícil hacer un completo estudio de su personalidad científica y literaria, sobre todo en el corto tiempo en el que quiero yo entretener vuestra atención.

Procuraré, pues, concretar mis consideraciones, y para proceder en este rapidísimo bosquejo con el debido orden y no incurrir en repeticiones ni en confusiones lamentables, me ocuparé primero brevemente de la vida de Balmes, viendo así cómo se formó su carácter y se educó su espíritu, para que podamos después examinar las cualidades que avaloran y enaltecen sus uoctos escritos, las enseñanzas que éstos contienen y la influencia provechosa que han ejercido desde el día en que vieron la luz.

*
* *

En realidad, la vida de Balmes puede trazarse con excesiva pero elocuente concisión. Hombre de estudio más que de acción, consagrado por entero á sus trabajos de meditación

filosófica y á la redacción de sus numerosos escritos, sin haber ocupado altas dignidades ni puestos de elevada autoridad, su vida carece de las trágicas peripecias y ruidosos sucesos que atraen la atención en las biografías de otros personajes, ni abunda tampoco en los memorables hechos de armas y heroicas proezas que despiertan el entusiasmo y cautivan el ánimo al recorrer las historias de los ilustres capitanes.

Pero, no; he dicho mal. La vida de Balmes, aunque consagrada por entero al culto de la ciencia, contiene interesantes episodios y abunda también en denodados combates y brillantes victorias, que no van en zaga á las más renombradas empresas de los héroes de la antigüedad. Porque ¿qué son los escritos de Balmes sino verdaderos combates, batallas ardientes libradas en defensa de la verdad contra la turba de los sofistas, que la manchaban con la bala pestilente de sus errores? ¿Qué consiguió con sus libros sino victorias insignes, ora contra Guizot, el enemigo de la civilización católica, ya contra los filósofos alemanes de su tiempo, enamorados de la filosofía transcendental y ansiosos de volar como Icaro á la cumbre de los cielos, á riesgo de precipitarse en el abismo, como el héroe mitológico, con vergonzosa y tremenda caída? ¿Qué fué la vida toda de Balmes sino una valiente cruzada en pro de la sana filosofía, que logró reconquistar animado de santo celo del poder de los enemigos que la habían envilecido?

Canten otros las sangrientas victorias conseguidas en los campos de batalla á costa de la sangre inocente de los hijos del pueblo. Celebren con Píndaro y Tirteo, el estrépito de los combates ó el ardor bélico de los ínclitos guerreros, cuyas frentes brillan con los laureles del triunfo, pero cuyas manos se ven enrojecidas por la sangre de sus semejantes.

Yo prefiero celebrar y enaltecer estas otras contiendas científicas y literarias en que no hay derramamiento de sangre humana, ni se esgrimen armas mortíferas, sino tan sólo las de la dialéctica y del ingenio para hacer brillar más y más la luz de la verdad. Yo quiero mejor entonar himnos de alabanza á los sabios que con su paciente estudio y admirables descubrimientos lograron hacer progresar á la humanidad y que, le-

jos de sembrar la muerte, hicieron la vida más dulce, más sublime, más digna de ser vivida.

Nació Jaime Balmes el día 28 de Agosto de 1810, en la ciudad de Vich, célebre ya en los fastos de la cultura europea por haber sido en el siglo X, durante el obispado de Hatón, maestra de Gerberto, el célebre físico y filósofo, á quien por su sabiduría consideraron como nigromántico sus contemporáneos, y que ocupó el trono pontificio con el nombre de Silvestre II. Más célebre, sin embargo, será Vich en lo sucesivo por haber sido no sólo maestra, sino madre cariñosa y guardadora de las cenizas del mas insigne filósofo español del siglo XIX.

En Vich estudió Balmes la carrera eclesiástica, que fué á concluir á la Universidad de Cervera, en la que tomó el grado de doctor en Teología, después de haber recibido en su ciudad natal la dignidad del sacerdocio. Pero al terminar los estudios propios de su carrera, no llegó para Balmes la hora de abandonar las tareas científicas, sino más bien la ocasión de continuarlas con mayores bríos, realizando nuevos progresos en el campo de la ciencia.

Aficionado en gran manera al estudio de las matemáticas, en las que llegó á poseer conocimientos verdaderamente extraordinarios, fué profesor de esta ciencia en una Academia de su ciudad natal, cultivando al mismo tiempo con predilección los estudios filosóficos y trazando ya desde entonces el plan de las obras notabilísimas con que había de asombrar á sus contemporáneos.

Desde muy joven Balmes, observó el mejor método para progresar en los estudios. Convencido de que la lectura somera y rápida de muchos y medianos libros conduce sólo á revestir el entendimiento de una cultura superficial, ni duradera ni provechosa, y firmemente persuadido de que las mejores ideas de los más renombrados autores de nada aprovechan si no se consigue su verdadera asimilación convirtiéndolas en sustancia propia por medio de la meditación reflexiva, escogió para fuentes de estudio pocas, pero excelentes obras, haciendo objeto preferente de sus vigiliass la *Suma Teológica* de Santo Tomás, con los comentarios de Suárez y Belarmino,

y no contentándose con su asidua lectura, sino pensando y meditando por cuenta propia en los más profundos problemas de las ciencias teológicas, filosóficas y sociales.

Además, para adquirir perfecto estilo literario y manejar con perfección el habla castellana, dedicóse con ahinco á la lectura y examen de nuestros escritores del siglo de oro, cuidando de este modo no sólo del fondo de las ideas, sino también de la forma de presentarlas, procurando adquirir sana doctrina y claridad y belleza de exposición con que saber realzarla.

Nutrido así su privilegiado espíritu de una cultura sólida, supo ampliarla después extraordinariamente estudiando las obras principales de los más ilustres filósofos de la antigüedad, siguiendo paso á paso el movimiento científico de su tiempo, y no desdeñándose de buscar la verdad en donde quiera que se encontrase, ya fuese en libros antiguos ó modernos, nacionales ó extranjeros, según los saludables principios de un racional eclecticismo.

Modesto por naturaleza y más amigo de entregarse en el retiro de su estudio á la meditación filosófica que de buscar fama y aplausos, Jaime Balmes no fué de los escritores que se apresuran á lanzar sus escritos al público, gamosos del aura de la popularidad. Treinta años iba á cumplir y aún no había publicado cosa alguna, ni era conocido su nombre entre sus compatriotas, que seguramente no sospechaban que en aquellos días luctuosos de perturbaciones y algaradas políticas, de lucha fratricida, de persecución religiosa, de verdadera esterilidad científica y literaria, vivía ya entre ellos é iba á hacer muy pronto su aparición en el estudio de la publicidad el ángel tutelar que enviaba la Providencia para predicar la concordia á los opuestos partidos, que ensangrentaban el suelo de la patria, el titánico luchador que combatiría en la prensa y en el libro con singular denuedo por el triunfo de la verdad desconocida ó ultrajada, el filósofo ilustre que lograría restaurar en España la filosofía tradicional y cristiana.

Balmes inauguró su carrera de escritor con un pequeño triunfo que le animó á seguir dando sus escritos al público. Un día, del año 1837, llegó á sus manos un periódico titulado

El Madrileño Católico, que anunciaba un certamen para premiar la mejor Memoria acerca del *Celibato del Clero*. El premio consistiría únicamente en insertar en el periódico el trabajo premiado. Balmes, que en aquella como en las demás cuestiones religiosas y filosófico-sociales poseía conocimientos profundos, adquiridos en la propia meditación, más bien que en la lectura de los libros, escribió, en seguida, una disertación que remitió al periódico de la Corte, no sin timidez. ¿Cuál no sería su satisfacción al ver, de allí á pocos días, que su trabajo había sido premiado y que el *Madrileño Católico* lo publicaba en sus columnas haciendo justicia á su verdadero mérito? Este fué el primer escrito de Balmes, y he querido recordar las circunstancias de su publicación porque, aunque no tengan gran importancia, no deja de ser curioso el saber cómo dieron los primeros pasos de su carrera los escritores que, como Balmes, llegan luego á adquirir universal y duradera reputación.

En el año de 1836 dictó Mendizábal el famoso decreto de la desamortización eclesiástica, por la cual las comunidades religiosas fueron despojadas de los bienes con que la piedad las había ido enriqueciendo á través de los siglos. Fué aquél un paso decisivo y audaz en la marcha de la revolución española, y suscitó entonces y ha suscitado después entre los amantes de la religión y del orden tan enérgicas protestas é impugnaciones como regocijo y entusiasmo entre los que se llamaban partidarios de la libertad y del progreso. Jaime Balmes, que había presenciado desde su retiro de Vich aquel general despojo, no pudo contener su indignación, y habiéndose tratado en 1840 de presentar una ley á las Cortes ordenando la devolución de los bienes usurpados, deseoso de coadyuvar á la realización de aquella medida, publicó sus *Observaciones sociales políticas y económicas sobre los bienes del clero*, folleto de palpitante actualidad, como hoy se diría, que atrajo la atención de los hombres sensatos y aun de los políticos más enemigos de las ideas que en el folleto se sustentaban. Poco después marchó á Barcelona, donde en medio de los graves trastornaba de que era teatro aquella ciudad, lanzó á la luz pública otro folleto que tituló *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, examinando en él el deplorable estado de la

Nación y las causas de los males que la devoran. Comprendiendo, sin duda, que uno de éstos era la propaganda de doctrinas antireligiosas, que á la vez que arrancaban la fe de los corazones iban sembrando en ellos el escepticismo, el espíritu egoísta y la falta de respeto á la autoridad, publicó entonces la *Religión demostrada al alcance de los niños*, libro al parecer superficial, pero que será siempre de inestimable precio para instruir á la juventud en el conocimiento de las verdades de la Religión.

Como vemos, Balmes hería de frente los males de su tiempo, y abordaba sin miedo el estudio de los problemas de actualidad. De este modo, su nombre empezó á ser conocido y sus escritos eran leídos con creciente interés. Su fama aumentó cuando, convencido de la necesidad de oponer á la propaganda del mal la incesante propaganda del bien, fundó, con el nombre de *La Civilización*, una revista quincenal de filosofía, religión y política, asociándose para ello con otros dos notables escritores, D. Joaquín Roca y Carnet y el malogrado joven D. José Ferrer y Subirana. Infatigable en sus campañas escribió luego, sin ayuda de nadie, otra revista titulada *La Sociedad*, y en ella dió á luz importantes trabajos de economía y política, combatió las doctrinas frenológicas que divulgaba Cubí y Soler, é imprimió las catorce primeras *Cartas al escéptico en materia de religión*.

Con estas publicaciones el nombre de Balmes fué haciéndose popular y atrayendo las miradas de las gentes, y cuando en 1844 asombró al mundo con su obra admirable *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, traducida en seguida al latín, al italiano, al francés y al inglés, y cuya segunda edición hubo que comenzar antes de haberse terminado de imprimir la primera; cuando poco después levantó á la ciencia de Platón y Aristóteles el perenne monumento de su *Filosofía fundamental*, y trazó en *El Criterio* un áureo tratado de lógica práctica; cuando encerró en los breves pero sustanciosos libros de su *Filosofía elemental*, publicado casi al mismo tiempo por su autor en latín y en castellano, tesoros de sólida

y luminosa doctrina, y opuso en sus *Cartas al escéptico*, un formidable dique al creciente indiferentismo religioso; cuando, para decirlo en una palabra, Jaime Balmes, fué irradiando con la sucesiva publicación de sus excelentes escritos las luces resplandecientes de su poderoso entendimiento, que disipaban las tinieblas de la ignorancia y del error, la notoriedad de su nombre se convirtió en nombradía, la nombradía en celebridad, la celebridad en admiración unánime hacia su persona y escritos, y su fama, no cabiendo ya en los estrechos límites de España, se derramó por las naciones extranjeras, llegó a París, pasó el Canal de la Mancha, y después de recibir los aplausos de los sabios de las orillas del Rhin y la consagración del Vaticano, atravesando el Océano, repercutió en América, en cuyo nuevo continente, como en el viejo mundo, Balmes fué aclamado como sabio ilustre y benemérito. Así lo declara un escritor que por ser extranjero no es sospechoso de parcialidad. «*Dans toute l'Europe — dice Blanche-Raffin en su biografía de Balmes, publicada en 1848 (Introducción, VIII) — ses principaux écrits sont lus, analysés et prennent place parmi les documents les plus importants pour la cause de la vérité. Dans l'Amérique du Sud, ses ouvrages ont conquis une popularité nationale*».

Pocos ejemplos hay en la historia literaria de una carrera recorrida con tanto brillo y rapidez como la de Balmes. En 1838 era completamente desconocido, y aún no había visto la luz pública ningún escrito suyo y sin embargo, diez años después, al descender prematuramente al sepulcro, su reputación filosófica era universal y su nombre quedaba grabado en lo más alto del templo de la fama para servir de perdurable ejemplo á las generaciones. Ni siquiera pueden distinguirse en la carrera de Balmes períodos de más ó menos decadencia, débiles comienzos, sucesivos progresos, ni varias alternativas, porque desde que aparece en el estadio de la filosofía se coloca al lado de los más ilustres campeones, presentándose pertrechado de todas las armas y ornado de las mejores cualidades, como Minerva al salir de la cabeza de Júpiter.

En lo que se puede apreciar algún progreso es en su estilo literario, que, algún tanto difuso, abundante en repeticiones y

no del todo castizo en un principio, aunque siempre claro y persuasivo, termina por pulirse y perfeccionarse hasta el punto de poderse decir con verdad lo que Donoso Cortés expresó en estas palabras: «Cuando Balmes murió, el escritor era digno del filósofo; medidos por la medida de la crítica, eran iguales».

Ha habido filósofos ilustres que, entregados únicamente á la meditación y al estudio, se han apartado con horror de las luchas de la política, sin cuidarse de aportar el concurso de su consejo y de su ilustración para el remedio de los males de la patria y la dirección de sus intereses. Pero Balmes, lejos de proceder así, no obstante la índole principalmente especulativa y abstracta de sus estudios, preocupóse siempre de la situación política de España, inquirió las causas de su malestar y desplegó todas sus energías para lograr su remedio, contribuyendo á tan laudable fin con sus escritos patrióticos de miras elevadas.

Hallábase por entonces dividida nuestra patria en opuestos bandos, que mutuamente se despedazaban sembrando la alarma constante, la confusión y el desorden en el país; de un lado los partidarios del trono de Isabel II con su subdivisión en progresistas y moderados, según su mayor ó menor acentuamiento en pro de las doctrinas liberales; de otro, los tradicionalistas, que defendían los derechos de D. Carlos á la corona y con ellos la política tradicional y netamente católica de la nación española. No eran, sin embargo, las diferencias que separaban entonces á estos partidos extremos tan grandes como después de la Constitución del 69, en que se proclamó la libertad de cultos, caminando derechamente á la separación de la Iglesia y del Estado, y aun á la supremacía de éste sobre aquélla. Por el contrario, la Constitución de 1837, obra de los progresistas, admitía la unidad religiosa, respetada asimismo en la Constitución de 1845.

Balmes, para poner fin de una vez á los males de la patria, concibió el grandioso proyecto de unir bajo una sola bandera á todos los españoles católicos y monárquicos, realizando la fusión dinástica, para consolidar así la monarquía y hacer entrar dentro de la legalidad al partido carlista. Á la defensa

de este hermoso ideal consagró durante tres años sus entusiasmos y sus talentos, publicando en Madrid con este objeto un periódico político de recuerdo imperecedero que se titulaba *El Pensamiento de la Nación*.

No dejaron de encontrar eco sus predicaciones, pues en torno de la bandera por Balmes enarbolada se agruparon muchos hombres sensatos procedentes unos del partido carlista y otros de una fracción del partido moderado dirigida por el Marqués de Viluma.

Cuando en 1845 se trató de casar á Isabel II, Balmes y los que seguían sus inspiraciones propusieron como candidato á la mano de la Reina al Conde de Montemolín, conocido también por el nombre de Carlos VI, publicando entonces *El Pensamiento de la Nación* una serie de prudentes artículos para demostrar la conveniencia de aquel enlace; pero el proyecto fracasó, como es sabido, y Balmes suspendió la publicación de su periódico, en cuyas columnas había publicado tan juiciosas y acertadas enseñanzas políticas.

Si se hubiera realizado entonces el hermoso pensamiento, que lo fué sólo de Balmes y de una exigua aunque valiosa minoría, debiendo haberlo sido de la Nación entera, ¡cuántos males se hubieran evitado y cuán otra habría sido la historia de España en la segunda mitad del siglo XIX! Pero estaban aún demasiado recientes las heridas de la sangrienta guerra civil, seguía soplando el helado viento de la discordia y no hubo patriotismo bastante para secundar aquel proyecto salvador y beneficioso.

El último libro que Balmes escribió, y que fué en el que puso mayor entusiasmo, atrájole amarga serie de disgustos y contrariedades. Fué éste la apología de Pío IX.

Sabido es que las cualidades personales de este Pontífice, las circunstancias de su elección y las reformas con que inauguró su pontificado despertaron la atención general, siendo grandemente ensalzadas ó vituperadas por los diferentes partidos. De aquí que se moviesen grandes controversias acerca de la conducta del Pontífice, que unos exaltaban hasta las nubes, considerándolo como la figura más grande de su siglo, mientras que no faltaba quien se atreviese á censurar su ma-

nera de proceder. Balmes siguió desde un principio paso á paso las reformas de Pío IX, procuró informarse minuciosamente de su vida pública y privada, y persuadido de la grandeza incomparable del alma de aquel ilustre Pontífice y de la sabiduría y acierto de sus medidas de gobierno, se lanzó á defenderle sin temores ni vacilación alguna en las hermosas páginas de su libro *Pío IX*, animadas por el fuego del más ferviente entusiasmo. Digna fué la brillante apología del varón santo en cuya defensa se escribió; pero ni la rectitud de intención, ni el acierto de los juicios, ni la hermosura de los sentimientos libraron á Balmes de las murmuraciones y de los ataques de muchos católicos intransigentes y asustadizos, como no libraron á Pío IX de apurar hasta las heces el cáliz de las amarguras ni la bondad de su corazón, ni la protección dispensada á sus enemigos, ni los gloriosos hechos de su pontificado inmortal, que constituye una de las páginas más brillantes de la historia de la Iglesia.

El fuego temple al acero y la adversidad á las almas fuertes: por eso los insultos y las calumnias de que entonces fué blanco el filósofo de Vich sirvieron solamente para poner de manifiesto la resignación y bondad de su alma grande. Sin embargo, la salud de Balmes, quebrantada ya por su actividad incesante é intensa, sufrió con aquellas contrariedades grave menoscabo, y el pensador ilustre sucumbió, herido por muerte temprana, el día 9 de Julio de 1848, dejando en pos de sí una estela luminosa de bondad y sabiduría que el transcurso de los siglos no logrará borrar. Lloremos, señores, su muerte como una desgracia nacional, pero no olvidemos que hasta los pueblos gentiles tuvieron por predilectos de los dioses á los que eran arrebatados de la vida en la flor de sus años.

(Concluirá.)

SOBRE EL REGLAMENTO

RELATIVO Á LA

ZONA MILITAR DE COSTAS Y FRONTERAS

I

Si los aciertos y excelencias de la Administración pública se midiesen por su fecundidad legislativa, poco, muy poco tendríamos que envidiar á las naciones más prósperas y mejor regidas. Basta para convencerse de ello echar una ojeada á los apéndices anuales del Diccionario de Alcubilla, con sus mil y pico de páginas de letra microscópica, repleta de leyes, Reales decretos, Reales órdenes, otras que no son Reales, reglamentos, circulares, etc., etc., de los más variados linajes y condiciones. Clasificando este sinnúmero de disposiciones, desde el punto de vista de su virtud y eficacia, pueden distinguirse tres clases: útiles (que son las menos), inofensivas ó inútiles (éstas son las más) y perjudiciales ó contraproducentes, cuyo número compite con las anteriores, y tal vez le aventaje y exceda.

Á cada cambio político, llegan á los altos puestos de la Administración, incluso á los que tienen carácter especial ó técnico, personas dotadas de gran cultura general, pero que, por lo común, desconocen, casi por completo, la rama de la Administración que están llamadas á regir y encauzar. Y así sale ello. Y menos mal si dichos estimables señores fueran á ocupar sus puestos con ánimo resuelto á destinar un buen período de tiempo al estudio de lo mismo que tienen entre manos, con el fin de conocerlo, hasta donde fuera buenamente posible, antes de emprender su reforma y mejora. Pero, no

señor; por punto general, llegan animados de espíritu decidido de innovación y reforma; aspiran á elevarse, al seguirlo, al alto asiento de la inmortalidad, y temerosos de que su mando sea efímero, dictan con pasmosa fecundidad, antes de pasar á mejor vida administrativa, leyes y disposiciones pertenecientes á la categoría de las inofensivas, sin otro destino que el de acrecentar el ya repleto panteón de las Colecciones legislativas, ó lo que es peor, pueden clasificarse sus resoluciones entre las perjudiciales y contraproducentes, sin parar mientes en que toda modificación, por el mero hecho de serlo, es perturbadora, y que si esta circunstancia no está compensada por su propia bondad y por la necesidad bien demostrada de adoptarla, vale más, mucho más, dejar las cosas como están indefinidamente.

Una prueba palmaria de esto nos ofrece el reciente Reglamento sobre zonas militares de costas y fronteras, publicado en la *Gaceta* de 19 de Marzo último.

Podrá muy bien haber sido estudiado y redactado por algún especialista conocedor profundo de la materia; pero, á la verdad, no lo parece, pues tales son las enormidades que contiene y tal es el espíritu de exageración é intransigencia en que está inspirado que, ó habrá de ser revocado, ó caerá como tantos otros en un incumplimiento completo, no sin ocasionar antes numerosos disgustos y perjuicios á las provincias que están llamadas á padecerlo, con escaso, escasísimo beneficio de la defensa nacional.

Para justificar esta afirmación no necesitamos hacer un estudio detenido ni entrar en un examen crítico del Reglamento en cuestión; nos bastará fijar nuestra atención en algunos de sus puntos principales, será suficiente enfocar sus aspectos mas importantes, para comprender que la obra autorizada por el Sr. General Linares no puede en manera alguna prevalecer.

El art. 7.º puede ser considerado como cifra y compendio del Reglamento, puesto que señala y define su extensión y alcance. Dice así:

«Las obras que por su importancia y situación dentro de las zonas pueden ejercer influencia en la defensa del territorio y que requieren la intervención del ramo de Guerra son todas

aquellas que *alteren sensiblemente la configuración del terreno en extensión considerable*; las que hagan desaparecer los obstáculos naturales que hubieran impedido ó por lo menos dificultado el acceso al interior del país de fuerzas enemigas, todas las que puedan favorecer un desembarco en las costas, como son: las escolleras, muelles, faros, etc.; *las vías de comunicación de cualquier clase que sean* y cuyo trazado se desarrolle, en todo ó en parte, dentro de las zonas; la desviación de ríos, canales de navegación, formación y desecación de lagunas y pantanos; *talas de montes y su replantío*, y todas las que puedan afectar al valor de alguna obra de defensa ya establecida ó en proyecto.»

Este art. 7.º está colocado, como es natural, después del 6.º, y en éste se establece que no se pueden estudiar, proyectar ni construir, sin oír antes al Ministerio de la Guerra, las obras públicas del Estado, provinciales y municipales, y *también todas las de interés ó servicio particular*, y ya se verá más tarde (artículo 10) que eso de *oir* consiste en algo más que en el ejercicio de un sentido corporal, puesto que el Ministro de la Guerra puede denegar la autorización no sólo para construir, sino para estudiar y proyectar cualquiera de las obras mencionadas.

Y las obras mencionadas son todas las que puedan intentarse, ya por la Administración civil, en sus diferentes órdenes, ya por los particulares, porque no hay ninguna que no altere la configuración del terreno, y si bien á renglón seguido se dice *en extensión considerable*, como esto es tan incoloro é indefinido, todo dependerá de la mayor ó menor dosis de intransigencia, buena voluntad y *sindéresis* de los que tengan que aplicar el Reglamento, contándose entre ellos los guardias civiles y carabineros, que quedan facultados, por el art. 44 y siguientes, para impedir *en absoluto* las obras que, á su juicio, alteren el terreno en extensión considerable.

La primera impresión que se saca de la lectura del art. 7.º es que el Reglamento, junto con las disposiciones legislativas de que dimana (Real orden de 17 de Marzo de 1891 y Real orden de 30 de Septiembre del mismo año), han inferido un ataque y han abierto profundísima herida al derecho de pro-

propiedad, base y fundamento de nuestro estado social, declarado sagrado é intangible por el art. 10 de la Constitución de la Monarquía. Según éste, nadie podrá ser privado de su propiedad sino por autoridad competente y por causa justificada de utilidad pública, previa siempre la correspondiente indemnización.

Y ahora preguntamos nosotros: cuando á un propietario le prohíba el Ministro de la Guerra, en virtud de las facultades que le otorga el nuevo Reglamento, que pueda construir dentro de su finca un camino destinado á explotar un bosque, ó una cantera, ó cualquier cultivo; cuando le prohíba, en virtud de las mismas facultades, que tale el monte ó que lo repueble; cuando le prohíba que levante una casa porque altera sensiblemente, á juicio de quien sea, el relieve del terreno, ¿no se le priva de una parte, quizás la mayor, de su propiedad? Si el bosque para cuyo aprovechamiento deseaba construir el camino vale 100.000 pesetas, y el aprovechamiento sin camino se hace imposible, ¿no resultará privado el dueño de una parte de su propiedad por valor de 100.000 pesetas? ¿No sucederá lo mismo, en mayor ó menor escala, cuando se le prohíba levantar una casa, explotar una cantera, talar un monte ó repoblarlo? El simple hecho de no poder levantar el plano de su propio terreno, si al Ministro de la Guerra no le parece bien que lo haga, ¿no representa una limitación inadmisibile y onerosa de la propiedad? ¿Es posible que si la defensa nacional exige tan extensas, profundas y generales mutilaciones del derecho de propiedad, se consume sin forma de juicio, sin oír á los interesados, sin una formal declaración de utilidad pública y sin previa indemnización? ¿Es serio que, por medio de un Real decreto en cuya redacción tal vez no ha intervenido más que una sola persona, tal vez un Jefe de Sección ó de Negociado ó un Oficial subalterno, por más que cuente con la conformidad de los altos Cuerpos Consultivos, se haga tabla rasa y resulte burlada y maltrecha la ley fundamental del Estado, que exige la previa indemnización? Los que quieren dar validez á estos atropellos, ¿pueden aspirar al calificativo de gobernantes formales? ¿Puede conducir este camino á la anhelada regeneración del país? Conteste quien pueda y quiera á estas interrogaciones.

Otro aspecto no menos interesante del asunto nos ofrece la consideración de haber sido incluídas todas las carreteras en el plan general del Estado por medio de leyes votadas en Cortes, sancionadas por el Rey y promulgadas en la *Gaceta*; y ahora resulta que tantas y tan elevadas formalidades quedan anuladas por una orden del Ministerio de la Guerra al negar su autorización para que se estudie ó construya una carretera, fundada en el informe de un Oficial ó Jefe de Ingenieros, que será de hecho el que anulará la ley, puesto que al Ministro le habrá de ser imposible, en la mayor parte de los casos, formar concepto propio. El anular una ley por medio de una simple Real orden es una muestra muy expresiva de la perturbación administrativa en que vivimos; y cabe preguntar si pueden ser válidas órdenes que anulan leyes, ó si deberían ser éstas revocadas previamente por los mismos Cuerpos Colegisladores para que aquéllas pudieran prevalecer.

II

Prescindamos de este aspecto esencialísimo del asunto y estudiemos el Reglamento partiendo de la misma base en que se funda, esto es, que el derecho de propiedad puede ser modificado, desconocido y atropellado por medio de un Real decreto ó de una simple Real orden, con lo cual nos encontraremos en el mismo terreno en que se ha colocado el autor de la disposición legislativa en que nos ocupamos.

Cuando se trate de construir una obra pública dentro de la zona, sea carretera, ferrocarril ó lo que fuere, habrá que proceder, como siempre, al levantamiento de planos y habrá que emprender determinadas operaciones topográficas. Pues bien, para ello, para este sencillo trabajo preliminar, entérense nuestros lectores de lo que hay que hacer. El Ministro de Obras públicas lo ha de participar al de la Guerra, éste lo ha de transmitir al Capitán General, el Capitán General ha de pedir informe al Gobernador militar, y el Gobernador militar al Comandante de Ingenieros. Terminado el viaje de ida, empieza el de vuelta: para ello, el Comandante de Ingenieros ha de remitir

su informe al Gobernador militar, este funcionario lo remitirá, con el suyo propio, al Capitán General, el Capitán General remitirá uno y otro al Comandante principal de Ingenieros para que informe sobre dichos informes, y ya son tres, que el Comandante principal habrá de entregar al Capitán General y éste, á su vez, formulará el suyo, y ya son cuatro, remitiéndolo todo al Ministro de la Guerra, el cual, seguramente, aunque no lo dice el Reglamento, podrá pedir informe á la Junta Consultiva de Guerra, y con seguridad lo pedirá á la Sección de Ingenieros ó de Estado Mayor del Ministerio, para que ésta pueda proponer la resolución conveniente. ¿Les parece á ustedes, señores míos, que resulta largo el calvario? Pues no se asusten por tan poco, que aún hay más: una vez dictada la resolución, que podrá ser favorable ó denegatoria del estudio del proyecto, habrá de comunicarla el Ministro de la Guerra al de Obras públicas y al Capitán General, el Capitán General al Gobernador militar y el Gobernador militar al Comandante de Ingenieros; después el Gobernador civil ó el Ingeniero jefe de Obras públicas (quienes á su vez habrán recibido la resolución por conducto del Ministerio de Agricultura, si ésta es favorable) solicitarán, no dice si ha de hacerse en papel sellado ó no, del Gobernador militar, con indicación del número y clase de personas que han de ocuparse en los trabajos, la autorización necesaria para que puedan llevarse á cabo, expidiendo dicha autoridad los pases indispensables para que el personal de ingenieros, ayudantes y sobrestantes, al trabajar en campo raso, no sean declarados buena presa por la Guardia civil ó los carabineros y den con sus cuerpos en la cárcel, pues el art. 49 del Reglamento dice textualmente: «Las indicadas fuerzas (Guardia civil y carabineros) procederán á la inmediata detención de los individuos que, verificando trabajos, carezcan del correspondiente permiso para ejecutarlos, poniéndolos á disposición de las autoridades, á quienes entregarán también los instrumentos, aparatos, planos (como si dijéramos, el cuerpo del delito), de que preventivamente deberán incautarse».

Cualquiera creerá que con estos pases ya se está en disposición de emprender definitivamente los trabajos y de redac-

tar el proyecto que ha de servir de base á la ejecución de la obra; pues no señor: ahora hay que empezar una segunda etapa de mucho mayor duración y dificultad que la primera, si la resolución del Ministerio de la Guerra se dictó en el sentido de que el estudio de la carretera ó ferrocarril se haga por medio de una Comisión mixta, compuesta de un Ingeniero civil y otro militar. En este caso, designados ambos funcionarios, reconocerán el terreno y convendrán, si es posible, las condiciones á que habrá de sujetarse el proyecto, para conciliar los intereses, muy en particular los militares, extendiendo de todo ello la correspondiente acta. Una vez firmada, habrá de ser remitida en la misma forma detallada anteriormente al tratar de la autorización para iniciar el estudio, esto es, recorriendo el *vía crucis* de los cuatro ó cinco informes, para que el Ministro de la Guerra resuelva si se puede ó no proceder á la redacción del proyecto, con las bases consignadas en dicha acta, ó lo que tenga por conveniente. Todo esto en el caso que existiera avenencia entre los dos Ingenieros militar y civil; pues en caso contrario, la cosa ha de hacerse por partida doble; cada uno de los Ingenieros ha de cursar su respectivo ejemplar del acta á su respectivo Ministerio, con sus informes correspondientes, y después el Ministro de Agricultura lo someterá á nuevo informe del Consejo de Obras públicas y el de la Guerra á la Junta Consultiva de ídem; y si por estos trámites no se obtiene, como no se obtendrá, una solución conciliadora, entonces el asunto irá á parar al mismísimo Consejo de Ministros, para que, por más profano que sea en materia de ingeniería, resuelva en última y definitiva instancia las discrepancias de los dos Ingenieros, junto con los más arduos problemas de la gobernación del Estado.

La jornada ha sido larga, la carrera de obstáculos ha sido verdaderamente kilométrica; pero, en fin, ya tenemos al cabo de ella algo positivo y real, una autorización para emprender las verdaderas operaciones de campo, y con ella, y aquellos pases expedidos por el Gobernador militar, á que antes nos hemos referido, en los cuales se ha de puntualizar el número y clase de personas que se han de ocupar en los trabajos y los días que éstos han de durar, ya están los Ingenieros de cami-

nos en situación de salir á campaña, y sin más inconveniente que el de tener que suspender las operaciones si antes que ellas se acaban los días fijados en los pases, hasta solicitar y obtener una prórroga, y el de quedar detenido por la fuerza pública, si por descuido involuntario se ha dejado el Ingeniero Jefe de la expedición los pases en la posada ó en otra parte; ya pueden reunirse los datos de campo para redactar el proyecto. Ultimado éste, el Ingeniero civil entregará nada menos que dos ejemplares al militar, y si á éste le parece bien, devolverá uno firmado, remitiendo el otro al Ministerio de la Guerra, recorriendo nuevamente y por tercera vez la tramitación antes indicada, con informe del Comandante de la plaza, Gobernador militar, Comandante principal y Capitán General, para que el Ministro de la Guerra, con ó sin nuevos informes, resuelva si puede ó no autorizarse la construcción de las obras. Si al remitirse los dos ejemplares del proyecto al Ingeniero militar éste no está conforme con él, los devolverá para que se subsanen los errores, según reza el art. 19; y como este señor puede, de buena fe y equivocadamente, creer que existen dichos errores, resulta que el trabajo de un proyecto de carretera de 30 ó 40 kilómetros, que representa un año de trabajo, ó tal vez más, hecho por el Ingeniero civil, está á merced de la apreciación individual del Ingeniero militar, quien, mirando las cosas desde el punto de vista exclusivo de las necesidades de la defensa del país, podrá muy bien patrocinar las soluciones más inconvenientes en otros conceptos no menos respetables y dignos de consideración.

Pero, en fin, supongamos que las cosas van por donde deben ir; que el proyecto no naufraga en el mar de tinta que habrá de invertirse para verlo aprobado después de tantos y tan repetidos informes, viajes de ida y vuelta y trámites diversos, y que tratamos de construir las obras. Pues para ello se necesita comunicarlo al Capitán General, para que esta autoridad, dando conocimiento al Ministerio de la Guerra, adopte las disposiciones necesarias para que no se ponga por la fuerza pública impedimento á la ejecución, y hecho esto, las autoridades militares, dice el art. 27, presenciarrán ó comprobarán el replanteo de la obra (casi nada) y se cerciorarán de que su cons-

trucción se efectúa con arreglo al proyecto aprobado. Así dicho: presenciarán ó comprobarán el replanteo, parece que la cosa no tiene malicia, y es lo cierto que esta operación, indicada en dos palabras, puede durar cuatro ó seis meses, y aun más, según sea la longitud y circunstancias de la vía que se trata de replantear.

¡Santo Dios! ¿Habrá proyecto que resista á tantas pruebas? ¿Es posible que esto haya podido pensarse y discurrirse por persona ó personas dotadas de sentido práctico, conocedoras de la materia tratada? ¿Es que se ha querido oponer al naciente regionalismo de ciertas comarcas una centralización cada vez más exagerada é intransigente, para que aparezca justificada tan peligrosa tendencia?

Aquí no hay más dilema posible que éste: ó el nuevo y flamante Reglamento será letra muerta, sin más resultado práctico que aumentar el volumen del Diccionario de Alcubilla correspondiente al presente año, ó no se construirán más carreteras y ferrocarriles en las comarcas desdichadas á que se extiende su radio de acción, que son las más de España.

Las obras públicas provinciales y municipales quedan sujetas al mismo régimen que hemos detallado para las del Estado; y a tan absurda tutela tendrán que sujetarse Diputaciones y Ayuntamientos, y en el mismo caso están las obras que intenten ejecutar las Compañías y los particulares en sus propias fincas; habiéndose llevado el espíritu de irreflexiva exageración é intransigencia hasta el punto de que, para emprender la medición de una pequeña propiedad, talar un monte ó repoblarlo, se necesita autorización del Gobernador militar, y si la finca es de importancia, del mismo Ministro de la Guerra, con facultades para disponer que inspeccione esta delicada operación el Cuerpo de Ingenieros militares.

La enormidad es tan patente, la exageración es tan manifiesta, que moverían á risa estas desdichadas disposiciones, si no despertaran consideraciones tristísimas en todos los que sienten algún amor á este país, y deploran la desgracia de no tener gobernantes á la altura de la misión que les está confiada.

III

En cuanto al Cuerpo de Ingenieros de Caminos, y en el mismo caso están los de Montes, Minas y Agrónomos, no hay para qué decir que el nuevo Reglamento resulta altamente depresivo y humillante para todos y representa el mayor ataque y la mayor contrariedad que han experimentado desde su creación.

No poder salir á trabajos de campo sin solicitar pases del Gobernador militar y que éstos puedan ser exigidos por una pareja armada de carabineros ó Guardia civil, la cual empleará formas corteses ó brutales, según la idiosincrasia de cada uno, y tener que quedar detenido, cargando los carabineros con taquímetros y miras, libretas y trípodes, si se han dejado olvidados los pases, esto es imposible, y por ello no pueden pasar los Cuerpos de Ingenieros civiles, sin mengua de su dignidad y sin renunciar á su propia historia. Nobleza obliga, siendo inútil que nos ocupemos aquí de las funciones policíacas que encomienda el art. 52 á los Ingenieros de Caminos, porque esto no se ha de cumplir ni poco ni mucho, no sólo por su propia y repulsiva índole, sino porque no es posible, si no hemos perdido aquí todo sentido administrativo y toda noción de lo razonable, que un Ministro de la Corona disponga á su antojo del personal dependiente de otro y le encargue servicios que no son ni pueden ser de su incumbencia y serán con seguridad incompatibles con los que le están encomendados.

Nada digamos de la interminable tramitación de los proyectos y sobre la posibilidad de que éstos puedan ser desechados de plano por un oficial de Ingenieros si, á su juicio, contienen errores que bien podrían no serlo, porque nadie es infalible en este mundo sublunar, creando una tutela á todas luces inadmisibile.

Tenemos una idea demasiado elevada del digno é ilustrado Cuerpo de Ingenieros militares, para admitir, ni por un momento siquiera, que, puestos en el desdichado caso en que

desde hoy se encuentran los Cuerpos de Ingenieros civiles, se conformarían con la tutela de otro Cuerpo distinto del suyo, pasarían por tener que pedir pases para sus trabajos al Gobernador de la provincia y admitirían la posibilidad de ser detenidos por la policía á falta de dichos pases y entregados con sus instrumentos á las autoridades civiles. Obrando de este modo enaltecerían muy poco el honroso uniforme que visten.

Si el Reglamento de zonas no ha de ser revocado, vale más que, con ruda franqueza, se resuelva que los servicios encomendados á los Ingenieros civiles en las provincias comprendidas en dichas zonas pasarán á ser servicios exclusivamente militares; porque de otro modo quedarán anulados de hecho, con gravísimo daño de los intereses del país, y los Cuerpos de Ingenieros en una situación desairada y de todo punto insoportable.

No se crea que al expresarnos en estos términos tratemos de oponernos á los propósitos de quien tiene el deber de mantener los intereses de la defensa nacional, antes, al contrario, son, á nuestro juicio, estos intereses altamente respetables y dignos de que sean atendidos con verdadera eficacia. Mas de esto á creer que en su nombre puede ser atropellado y desconocido el sagrado derecho de propiedad, sometidos servicios importantísimos para el progreso del país á una centralización absurda, equivalente en la práctica á su anulación completa, y admitir también que á la sombra de dichos intereses pueden resultar vejados y maltrechos Cuerpos civiles, que, cuando menos, son tan respetables como cualquiera otro, va una distancia inmensa que es difícil recorrer, teniendo la seguridad de que la defensa nacional puede ser debidamente atendida sin caer en estas intransigencias y exageraciones centralizadoras.

Piénselo quien pueda y deba, y vea si es aún tiempo de retroceder en este camino de perdición, que no puede conducir á otra cosa más que á agravar los males del país y á acentuar el divorcio, cada vez, por desgracia, más notorio, entre gobernantes y gobernados.

UN INGENIERO.

FASE POLÍTICA DE LA FILOSOFÍA DE BUNGE

En este Madrid, en el que todos nos conocemos, aunque tan sólo sea de vista, llamó mi atención cierta noche un tipo desconocido que entraba á un palco del teatro de la Comedia, ocupado por varios aristócratas. Iba correcta y elegantemente vestido y saludaba con desembarazo, besando las manos á las damas. ¡Vamos! me dije, se trata de un nuevo imbécil, que viene á engrosar el ya bastante crecido número de que aquí disfrutamos. Y por su aspecto de extranjero, supúselo diplomático, con toda la tontería característica de los diplomáticos.

Aunque esa noche hacía Zacconi admirablemente *Almas solitarias*, de Hauptmann, el presunto diplomático, sin atender á la representación, entabló una vacía charla con las damas del palco, incomodando mi atención.

Durante el entreacto sentéme en el corrillo literario que entonces se reunía en el vestíbulo de la Comedia. Con gran sorpresa, allí, á mis espaldas, oí una voz que con ligero acento americano, una notable precisión y un amplio vocabulario, se explicaba poco más ó menos en estos términos:

—Francamente, nada más antipático que su bohemia intelectual. Sólo su talento de usted puede hacerla un tanto tolerable. ¡Cuánto más noble es el snobismo que la bohemia! La bohemia no es más que un snobismo negativo, falso, insincero, mientras que el snobismo es una positivísima pasión. ¡Vivan los snobs!

Di vuelta y hallé ser el presunto diplomático quien así hablaba á un inteligente crítico y periodista. Pregunté por él y alguien me respondió que se trataba de un escritor americano, «probablemente poeta chirle que dedica á las damas versos en que se habla de minuetos, marquesitas Luis XV, cisnes de plata y flores de oro...»

Sin embargo, la frase robusta y caliente del extranjero me hacía presumir en él todo lo contrario de un poetaastro amanerado y artificioso. Pensé largamente quién podía ser, y el nombre de Bunge, el autor de *La educación*, acabó por ocurrírseme y darme la clave del enigma.

Como este escritor acababa de publicar en Madrid unos *Principios de psicología individual y social*, instigado por las frases pescadas al vuelo, adquirí este libro, lo leí y aun publiqué sobre él un estudio crítico, conociendo poco después, por casualidad, al autor.

Habiendo tenido ocasión de tratarlo más tarde como á camarada y compañero, más de una vez le pedí que me explayase sus ideas sobre el «filisteísmo y el snobismo», que, en efecto, constituyen una de las fases más interesantes de la filosofía banguiana, fase que podría llamarse política.

Bunge ha construído en sus últimos libros todo un sistema filosófico, que desde múltiples aspectos es profundo y original. Desde el punto de vista de la economía, recuerda un tanto las «interpretaciones de la historia derivada de Marx»; desde el de la moral, á la ética de Nietzsche. Donde es verdaderamente personal hasta la parodaja es en política.

Para Bunge, según lo expone magistralmente en la *Evolución de la educación*, la vida de la humanidad se divide en dos períodos: el *castocrático* y el *igualitario*. El castocrático es el estado natural de la prehistoria, cuando los pueblos se dividían en castas; el igualitario es el histórico que se inicia con Budha, y comprende siete movimientos típicos: Budha, el Cristianismo, la Escolástica, el Rumanismo del Renacimiento, el Neohumanismo del siglo XVIII (y la Revolución francesa) y, finalmente, el Socialismo.

Este movimiento igualitario es, para la filosofía banguiana, un ideal absurdo, «porque los hombres son egoístas y desiguales entre sí, dividiéndose en fuertes y débiles». La igualdad, como religión y de filosofía, son obra del afeminamiento, como la decadencia y de la degeneración.

Por esto lo más curioso y nuevo de las teorías banguianas es un hondo é insaciable odio al socialismo europeo, al que

conceptúa «la más bárbara consecuencia del cristianismo occidental».

¿Es Bunge, entonces, un anarquista que proclame, como D'Annunzio y Renan, el próximo desorden total de la sociedad europea? ¡Nada de eso! Lejos de ello, es más amante y respetuoso del principio de autoridad y de jerarquía que el más burgués de los burgueses. En esto manifiesta su psicología de alemán, que ha sido odiosa á Goethe, á Heine, á Schopenhauer, á Nietzsche, á Max Stirner.

En sus conversaciones le he oído llegar á afirmar que «¡el snobismo es una virtud!»... Como alguien le interrumpiera por qué, repuso que «porque es una de las formas más vigorosas de la *aspirabilidad* humana»...

En el fondo, la psicología de Bunge es la de un autoritario, como lo demuestra ampliamente *Nuestra América*, la complacencia con que ha estudiado y comprendido á Rosas, á García Moreno, á Porfirio Díaz, á todos los caciques hispano-americanos. Entre líneas léese bien claro cómo el publicista está convencido de que él sería, si no un cacique sanguinario, como el primero de los tres nombrados, ni uno inquisidor, como el segundo, ni uno administrador, como el tercero, un cacique pedagogo, el más gran cacique pedagogo de Hispano-América.

En efecto, aunque psicólogo, metafísico y notabilísimo novelista é historiador imparcial, Bunge tiene el temperamento del maestro de escuela. No discute, enseña. De ahí que á veces parezca difuso y paradójico. Pero para quien llega á comprenderse bien de lo que él llama «su cosmos», es, indudablemente, un atleta del pensamiento, tal vez el más fuerte de los que escriben, y hasta de los que han escrito, en América.

Pero más amplio y más paradójico aún que en los libros se revela Bunge en la conversación. Una de las afirmaciones más curiosas que le oído es que coincide con los socialistas en cuanto detesta el dinero; pero que lo detesta no por las diferencias sociales que produce, ¡sino porque es *demasiado igualitario*!—Preguntéle entonces (volvía de comer en casa de no sé qué duque) si hallaba más aceptable el feudalismo, la aristocracia feudal, que el dinero... Á lo cual me respondió

que lo hallaría si no fuera por el fenómeno de la degeneración; que si los descendientes de los primeros señores feudales conservaran su superioridad, nada sería más justo que los privilegios nobiliarios. ¡Es que Bunge no concibe que, dentro de lo que llama castocracia, él pudiera nacer paria, de los pies de Brahma, tan seguro está de surgir de su cabeza! Si no hubiese nacido en una democracia, no pensaría de esta suerte, seguramente, y no hallaría tan despreciables á los débiles y á los sometidos, y tan beneméritos á los poderosos y á los sanos... ¡Y tan es así, que no dudaba un instante de la imbecilidad del «privilegiado» con quien había comido!

Encuentra á la religión católica justa y verdadera, porque reconoce la infalibilidad y santidad de los hombres más fuertes, de la mitra, el capelo y la tiara. Se declara católico, y este catolicismo es una de las más violentas originalidades de su psicología vigorosa y sincera

En fin, sean cualesquiera los claroscuros de la fase política de la filosofía bungiiana, lo cierto es que la presenta como una lógica admirable y un gran acopio de datos científicos y que puede constituir uno de los rumbos más fijos de Hispano-América, cuando Hispano-América siga rumbos propios de progreso y posea una civilización típica é independiente de la europea. ¡Felices los pueblos jóvenes y demócratas que, como la República Argentina, producen humanistas semejantes para que les guíen en los derroteros de la Historia.

EDUARDO ÁLVAREZ DE TOLEDO.

LOS FASTOS DE OVIDIO ⁽¹⁾

LIBRO PRIMERO

Festa corymbiferi celebrabas, Græcia, Bachi.

Al culto que, triennial, en el invierno
Grecia consagra al dios de hiedra ornado,
sus amigos los númenes llegaron
con otros dioses del placer amantes,
como Pan y los Sátiros lascivos,
—maleante juventud á Venus prona—
las bellas ninfas que en las aguas viven
en los incultos campos y Sileno,
que á su gran pesadumbre dobla el burro,
y el dios de vientre rojo, que espantajo
es, por su desnudez, á tímida ave.
La sombra de agradable bosquecillo
brindaba á aquel festín nuevos encantos:
ya los lechos de césped ocupaban
los convidados todos; cada uno
la sien de verde fronda circuída.
Baco era escanciador: un arroyuelo
próximo serpeaba, mas los dioses
eran á néctar tal parsimoniosos.
Algunas de las náyades dejaban
flotar en libertad su cabellera,
que otras trenzaban con sapiente mano:
quién su túnica eleva á la rodilla

(1) Véase el número de 15 de Agosto de 1902.

para servir mejor á aquellos dioses,
y quién, con nudo seno, los ministra:
ésta descubre el marfileño dorso,
la veste aquélla abate por el suelo,
su grácil pie girando con soltura;
de tal manera con ardor suäve
el pecho de los Sátiros encienden.
Algunas se dirigen hacia el numen,
que decora la sien con verde pino,
otras á ti se acercan, ¡oh Sileno!
á despertar tus ansias más vivaces,
que destruir en ti nada ha logrado,
pues viejo ser en el amor repugnas.
Pero Príapo, el numen rubicundo,
el honor y el guardián de los jardines,
entre tanta beldad, por la de Lotis
preso se ve, deséala y la alampa:
ella sola le enciende los suspiros,
con ademanes mil su sien moviendo.
La llama y su pasión le notifica.
Hay siempre ostentación en la hermosura,
y todo bello rostro es siempre altivo:
así Lotis obró, muy á las claras,
demostrando en su faz el gran desprecio
que amador tan ridículo le inspira.
Era la noche: al modorrante mosto
los númenes yacían por doquiera
vencidos al sopor los lasos miembros.
Rendida de jugar reposa Lotis
sobre mullido césped, en la selva
de corpulentos áceres. Entonces
surge amoroso Príapo; anhelante
reprime el respirar; apenas toca
con leve planta y sin rumor el suelo.
Ya en el lugar donde se encuentra Lotis,
ni el hálito lanzar quisiera el numen,
por no la despertar de su letargo.
Ya se adelanta y llégase á la ninfa,

y sin embargo, la orgullosa Lotis
en profundo sopor dormida yace.
Ya trémulo de gozo mueve el velo,
que los pies de la bella recubría;
mas en el punto en que feliz camino
al colmo de su afán le apropiaba,
¡contratiempo fatal! raucisonante
rebuzno arroja con fragor horrible
el asno de Sileno el vejestorio.
La ninfa con terror álzase al punto.
Con las manos rechaza al dios lascivo,
y huyendo, á su clamor despierta el bosque,
en tanto que la luna iluminaba
el oprobio de Príapo y le entrega
á pública chacota, todavía
para combates del amor dispuesto.
Rebuzno tal costó la vida al asno
y desde aquel entonces es la hostia
más grata á la deidad del Helesponto.
Piedad también para vosotras hubo,
en otro tiempo, ¡oh cándida familia
de dulces aves! huéspedes de selvas
y solaz de los campos: vuestros nidos
hacéis, y calentáis debajo el ala
el fruto de ternísimos amores
y con vuestras gargantas sonoras
prestáis al viento dulces melodías;
¡mas todo inútil! Vuestros mismos cantos
acusadores son; dicen los dioses
que divulgabais lo que hacer querían,
y no sin gran razón, pues qué ¡vosotras
no os llegáis á su fúlgida morada?
¿Vuestro cantar y vuestro raudo vuelo
infalibles oráculos no anuncian?
Por tal y mucho tiempo respetadas
habéis visto llegar funesto día,
y las deidades santas se han vengado
de vuestra lengua gárrula é imprudente.

La cándida paloma separada
de su palomo fiel expira al fuego
de carbones ardientes, y no obstante
haber salvado al Capitolio, debe
el ánsar perecer, por sus entrañas
á ti te presentar, hija de *Inaco* (17).
De noche y á la diosa de la noche
se sacrifica el pájaro crestado,
porque sus ecos vigiles obligan
á fulgurar el rosicler del alba.

En tanto del *Delfín* ya la lumbrera
encúmbrese por cima de las ondas,
surgiendo de su patria, el oceáno.
En la siguiente luz (18) llegó el invierno
en dos partes iguales dividido:
al acabar la una, la otra empieza.
Un día más y de *Titon* la esposa,
la cámara nupcial abandonando,
verá rendir solemnes homenajes
á la arcadiana diosa (19). En tales días
á ti, de *Turno* hermana (20), alzóse un templo,
en el lugar en donde el campo *Marcio*
se riega con el *agua de la Virgen*.
¿Quién me dirá el origen de este culto
y sus diversos ritos? ¿Quién mis velas
dirigirá á través del mar extenso?
Enséñame ¡oh *Carmenta!* cuyo nombre
procede de la célica poesía;
ayuda mi intención, porque no quiero,
tu fiesta al relatar, equivocarme.
Antes creada que fulgente *Luna*
(si crédito las crónicas merecen)
la *Arcadia* obtuvo el nombre del gran *Arcas* (21).
En aquella región moraba *Evandro*,
perínclito por ambos genitores,
pero más por la sangre que le diera
su noble madre por deidad habida.
En el momento en que celeste lumbrera

llenó su corazón, veraz su labio,
versos de un dios henchidos despedía.
Los muchos cambios prenunciara al hijo
que habrían de sufrir los dos, con otras
predicciones firmadas por el tiempo.
El joven fugitivo, con su madre,
veraz en sus oráculos, huía
de Arcadia y de los lares de Parrasio.
Carmenta, al ver sus lágrimas fervientes,
«Aquese llanto, le decía, enjuga;
soporta tu desgracia como un hombre;
así lo había predispuesto el hado;
tu fuga no es tu falta, pues de un numen
es obra, que, ofendido, te destierra
de tu ciudad: un crimen no, no expías,
sí de un dios el furor. Y qué, ¿es tan poco
no merecer tamaños infortunios?
El mortal, al tenor de su conciencia,
ora esperanzas en su pecho nutre,
ora temor, conforme con sus actos.
¡Oh! No te quejes, hijo, cual si fueras
el primero en sufrir tales desgracias,
que á más de un gran varón tal infortunio
por siempre hundió. De tal manera *Cadmo*,
al huir de las márgenes de *Tiro*,
el destierro sufrió en tierra *Aonia* (22),
así *Tideo* (23), así *Jason* el héroe,
Pagase (24) y mil otros que sería
muy largo relatar. El hombre fuerte
halla su patria en todo el universo,
como el pez en el mar y el ave rauda
en toda la extensión del vago ambiente:
no siempre tempestad rábida ruge,
y aún (créeme) gozarás vernaes días.»
Evandro se alentó con tal discurso;
las ondas surca y se dirige á *Hesperia*.
Remonta el *Tíber*, al consejo docto
de su madre *Carmenta*. La adivina,

ve el sitio de la margen, do se extienden
 lagunas de *Terento* (25) y las cabañas
 por diversos lugares esparcidas;
 y de súbito, yendo hacia la popa,
 suelto el cabello y torva la mirada,
 ha oprimido la mano del piloto;
 después, los brazos tensos á la diestra,
 tres veces, delirante, con su planta
 hiere el piso de abeto, y tal le acucia
 el ansia de arrojarse á aquellos sitios,
 que apenas puede reprimirla Evandro.
 «Salud—exclama—¡oh dioses de esta margen
 que tanto el pecho ansió! ¡Salud, oh tierra
 que al Olimpo darás nuevas deidades!
 Y vosotros, ¡oh ríos y fontanas
 de esta región hospedadora! ¡oh ninfas!
 ¡oh de náyades coros refulgentes!
 ¡oh boscajes, oh selvas, salve, salve!
 Ojalá que con prósperos augurios
 el hijo mío y yo vos descubramos,
 y á ti, con pie feliz, ¡oh tierra! hollemos.
 ¿Me engaño? ¿Será cierto que estas cumbres
 se habrán de coronar de ingentes muros,
 y que esta breve tierra en otro tiempo
 ha de leyes dictar á todo el orbe?
 ¡Oh! sí; á estas colinas prometido
 se encuentra el imperar á todo el mundo.
 ¿Quién creyera en fortuna tan excelsa?
 Sí, sí; descubro ya llegar los pinos
 de Dárdano y aquí también la fuente,
 una mujer sera de nuevas luchas.
 ¡Oh, hijo mío amado! ¿por qué ¡oh Palas!
 te arrojas á empuñar fatal acero?
 Pero, no obstante, empúñalo; tu muerte
 vengada habrá de ser con gran bravura.
 Vencida, ¡oh *Troya!* triunfas todavía
 y habras de renacer de tus escombros;
 y, al derrumbarte, harás que las almenas

de tu fiero enemigo se derrumben.
Devorad, devorad, víctrices llamas,
de *Neptuno* la *Pérgamo*: no obstante
ese montón de pálidas cenizas
dejará de imperar al universo?
Á aquí el pío Eneas (y muy pronto)
ha de aportar objetos sacrosantos,
y á su padre también no menos pío.
Á númenes de *Ilion* ¡oh diosa *Vesta*!
abre de par en par tu sacro templo.
Un día ha de llegar en que á vosotros
y al mundo un protector igual escude,
y un Dios habrá de ser ministro vuestro.
Guarnir la patria corresponde á *Augustos*;
que á tal familia han dado las deidades
las riendas del poder. El hijo y nieto (26)
de una deidad (por más que lo rehuse)
el grave peso sostendrá brioso
de herencia paternal, y los honores
de eterno culto me serán prestados
é irá con moradores del Olimpo,
nueva deidad á ser *Augusta Julia*.»
Carmen ya llegara á los sucesos
de nuestra edad; de súbito se apaga
su profética voz. La fugitiva
salta de su bajel al suelo *Lacio*.
Feliz haber á *Italia* por destierro!
En el instante aquel empieza á erguirse,
la naciente ciudad y osado nadie
á ser mayor que el árcade pretende
de *Ausonia* en celebérrimas colinas.
Entonces, y después de haber corrido
la tierra el gran *Alcides*, á esta zona
los toros aportó, raptados antes
á los pastos de *Erytia* (27) sustanciosos.
Y mientras que reposa bajo el techo
de su huésped *Evandro*, la torada
discurre sin pastor por la campiña.

Es la del alba: *Hércules* despierto
cuenta sus bueyes; dos de menos nota.
De robo tal las huellas busca en vano;
pues *Caco*, á reculones los llevara
á su caverna, *Caco*, horror y oprobio
de la *Aventina* selva, hórrido azote
de extraños y también de los vecinos.
En ingente, recóndita espelunca,
inaccesible hasta las mismas fieras,
moraba el monstruo, de *Vulcano* hijo,
de horrenda faz, vigor y cuerpo enormes.
Por encima del antro están suspensos
cabezas, brazos y por todas partes
huesos humanos el terreno albean.
Ya desesperado de encontrar sus toros,
el hijo del gran *Júpiter* se iba,
cuando súbito mu raucisonante
le azora: «entiendo el ronco son» exclama
y de los bosques á través guiado
por el eco vibrátil, vuela ansioso
de hallar venganza, á la hórrida caverna.
De la espelunca la salida *Caco*
celado había con fragmento enorme
de una montaña, que mover apenas
cinco pares de bueyes lograrían.
Hércules lo alza con los mismos hombros
que el éter sostuvieran, y á su empuje
la masa enorme ríndese al instante
y rueda rauda con fragor horrendo.
Remolínase el aire y bajo el golpe
de tanta pesadumbre el suelo cede.
Furioso *Caco* apréstase á la lucha;
sus armas rocas son y recios troncos.
¡Inútil batallar! Entonces *Caco*
al arte paternal pide recursos
y con rumor inmenso de su boca
voraces lumbres á torrentes lanza.
Á cada vez que espira, se dijera:

«Ha alentado *Tifón*» ó «el *Etna* ardiente relámpago fugaz ha despedido».
 Ataca entonces *Hércules*, blandiendo la clava trinodal; tres, cuatro veces le aporrea en la sien y le derrumba. Fumosos torbellinos se confunden con la sangre que el muerto vomitaba; cayó y á peso tal treme la tierra. El vencedor ¡oh *Júpiter!* te brinda uno de aquellos toros y al momento á *Evandro* y sus agrícolas congrega; les manda alzar un templo, cuyo nombre *Máximo* habrá de ser, donde la urbe el nombre de *Boario* ha recibido.
 «El tiempo se aproxima en que la tierra, dice de *Evandro* la vidente madre, ha de dejar de poseer su *Alcides*.»
 Carmenta misma, amada de los dioses en tanto que alentó, el día ahora rige, cual numen de este mes de *Jano*. En los *Idus* un puro sacerdote al fuego ofrece en el altar sagrado de *Júpiter* el Grande las entrañas de castrado carnero. En tales *Idus* cuantas provincias el imperio rige fueron devueltas al poder de *Roma* y á tu abuelo ¡oh *Germánico!* fué dado de *Augusto* el nombre (28). Mira las estatuas de cera que los pórticos decoran de los patricios, y verás que nunca se ha dado en premio título más grande; toma *Escipión* (29) del *África* vencida su sobrenombre de *Africano*, y otro *Isaurio*, por haber vencido á *Isauria*; aquel, *Cretense*, por domar á *Creta*; quién por vencer al númida ligero, quién por *Mesina* y por *Numancia* otro, y todos, con soberbios apellidos

guardaron la memoria de sus triunfos.
Druso en *Germania* halló renombre y muerte.
 ¡Recuerdo doloroso! ¡Oh egregios timbres
 tan pronto cosechados! Pero á *César*,
 si quisiere adornarse con los nombres
 de todas las naciones debeladas,
 preciso le será que se atribuya
 cuantos los pueblos de la tierra tienen.
 Perenne fama conquistaron unos
 por un éxito solo: quién obtiene
 un collar, quién alcanza la victoria
 con auxilio de un cuervo (30). Tú, ¡oh *Magno!*
 tu nombre debes ínclito á tus triunfos,
 mas quien te venció á ti mayor ha sido.
 De igual manera en pos de la familia
 de *Fabios*, que por hechos hazañosos
Máxima se llamó, ¿qué otro nombre
 se aplicara que pueda superarlo?
 Y sin embargo, son tan solo aquestas
 humanas distinciones: con el dueño
 de las deidades, con el mismo *Jove*,
 el *César* de común el nombre logra.
Augustos nominaban nuestros padres
 á objetos religiosos, y aún *augustos*
 los templos son, que, según rito, sagra
 manó sacerdotal. De aquesta frase
 procede la de *augurio* y todo cuanto
 nos da la mano liberal de *Jove*.
 Él aumente el poder de nuestro guía
 y prolongue su edad; y siempre ampare
 la corona de encina, que en dinteles
 de nuestras casas hállase suspensa
 y que con el favor de sumos dioses
 de título tan alto el heredero,
 con el mismo esplendor que el padre irradia,
 empuñe el cetro, director del mundo.
 El sol fulgente por la vez tercera,
 pasados ya los *Idus*, nos conduce

la fiesta de la ninfa de la *Arcadia*.
En edades pretéritas corrían
las matronas romanas sobre carros,
dichos *carpentas*, nombre, en mi concepto,
de la madre de *Evandro* procedente.
Después se les negó tamaño timbre,
y las matronas urden una trama.
No se verán ingratos los maridos
renacer en sus jóvenes retoños.
Hijos á dar se niegan las matronas:
el fruto que abrigaban en su seno
muere precoz á silenciosos golpes.
Los *Padres*, crimen tal al punto mismo
castigan, pero pronto restablecen
el noble privilegio que intentaran
robarles, y disponen que se cumpla
un doble sacrificio, por la vida
de niñas y de niños, á *Carmenta*
la ninfa de *Tegeo*. ¡Oh! ¡de sus aras
los restos alejad, que arrebatados
han sido á los vivientes! La pureza
del sacro hogar habría de mancharse.
Atended á las súplicas piadosas,
oh vosotros que amáis vetustos ritos;
á *Perrima* y *Postverta* (31), tus hermanas
tal vez, ó compañeras de tu fuga,
ninfa del Ménalo, el ministro invoca.
Una cantaba, dicen, lo pasado,
y la otra predecía lo futuro.
En el siguiente sol, á ti ¡oh *Concordia*!
albo y marmóreo altar te se dedica
junto á las nobles y sublimes gradas
que al de *Juno Moneta* nos conducen.
¿No abatirás tus favorables ojos
sobre el pueblo de Roma hoy que tus aras
un supremo pontífice repone?
Camilo, vencedor de los *Etruscos*,
en erigirte un ara fué el primero

por un voto cumplir, cuando la plebe
minaz y armada del Senado huía,
y Roma ante sí misma espaveciera!
Hoy celebramos triunfo más dichoso;
Germania ante tus pies ha depuesto,
venerando ductor, el homenaje
de su cabello blondo: tal ofrenda
de la nación sumisa has consagrado;
á una deidad, de ti muy venerada
un templo has erigido al que tu madre
ha donado un altar y egregios dones:
tu madre ¡qué matrona! única digna
del lecho dividir con *Jove* excelso.
Pasadas tales fiestas y salido
del *Capricornio*, ¡oh *Febo!* vas entrando
en el signo del joven, que difunde
el agua de su ánfora inclinada.
Cuando el astro del día siete veces
háyase hundido en las cerúleas ondas
habrá cesado de brillar la *Lira*,
y luego que este signo se ocultare,
la estrella del León habrá de hundirse
en la próxima noche por completo.
Yo, revolviendo el libro de los *Fastos*
por tres, cuatro vegadas y la serie
de tiempos que recuerda, no he podido
la fiesta allí encontrar de las semillas.
La fiesta es anual, me dijo grata
la musa, al advertir mi gran sorpresa.
¿Por qué buscar ansioso entre los astros
lo que no está sujeto á regla fija?
Mas si la luz de tan excelso culto
cambiar es dable, la estación no cambia,
como acontece, si á la madre tierra
la confiada mies ufana brota,
y en el establo aguardan los novillos
de verdinegra fronda coronados,
y enjúndianse hasta tanto que convida

á la labor la amable primavera.

Que cuelgue el labrador en un madero
la fatigada esteva; que el terruño
no gusta ser labrado en el invierno.

Agrícola, la siembra terminada,
tu campo deja en paz y sus cultores
reposen y haya júbilo en la aldea;
purificad, colonos, vuestras casas,
y en el altar de dioses campesinos
presentad los pasteles anuales.

Ofreced á las diosas *Tierra y Ceres*,
madres de las cosechas, el tributo
de su torta de escanda y las enjundias
de una preñada puerca; pues presiden
en común *Tierra y Ceres* las labores;
que si una acoge el germen en su seno,
la otra lo fecunda. ¡Oh excelsas diosas,
que vuestros nobles bríos adunando
borrado habéis la rustiquez antigua
y proscrito la aspérrima bellota,
por regalarnos con más ricos cebos,
colmad, colmad de dones sin medida
al ávido colono, y así obtenga
el premio que á su afán esle debido!
Solícitas velad por que la débil
semilla surja lujuriente y fuerte,
y los nacientes brotes no se aduren
al bárbaro rigor de las escarchas;
cuando en la tierra el germen sepultemos,
impulsad, impulsad serenas brisas,
y, cuando esté en el surco, dispensadle
el bálsamo de lluvias bienhechoras.
Los campos proteged, que están repletos
de las dádivas vuestras, contra nubes
de pájaros rapaces. Y vosotras,
solícitas hormigas, paz al grano,
que se esconde en el surco; en la cosecha
daréis á vuestra trog copia más amplia.

Las mieses entre tanto broten libres
 del destructor tizón y su áureo brillo
 no empalidezca á exhalación ardiente.
 ¡Oh! no se ahilen ni tampoco ahoguen
 á la fecundia fértil de renuevos:
 que la cizaña, horror de nuestros ojos,
 no aparezca jamás en las campiñas,
 ni la estéril avena en nuestros surcos:
 que ubérrimos barbechos nos devuelvan
 en grave copia el trigo con el hordio
 y la escanda que sufre un doble fuego.
 Tales son, tales son los nuestros votos
 y los de vos también ¡oh labradores!
 ¡Ojalá los dos númenes los oigan!
 Por mucho tiempo el hombre se ha ocupado
 en guerras y su puño no sabía
 sino esgrimir la espada y del combate
 el fogoso trotón haber en precio,
 más que al buey arador: en tales horas
 cesaban de moverse los zarcillos,
 y de la corva esteva y de azadones
 las espadas y cascos se batían.
 ¡Gloria á los dioses y á tu ilustre casa!
 Por fin la guerra, la horrorosa guerra
 á nuestros pies con poderosos lazos
 encadenada está. Que los novillos
 al yugo abatan la cerviz: que el suelo
 acoja el germen en fecundo claustro.
 Nutre á *Ceres* la *Paz*: alumna es *Ceres*
 de la amorosa *Paz*.

El sexto día,
 antes de las *Calendas*, doble templo
 se irguió de *Leda* á los sagrados hijos
 por dos hermanos de divina sangre,
 cabe el lago *Futurno*. Más me acerca
 al ara de la *Paz* la musa misma (32);
 para acabar el mes faltan dos días.
 ¡Oh diosa! ven, la frente circundada

de *Accio* con el laurel y luengos soles
ojalá que con todo el vasto mundo
bajo tu escelsa protección gocemos.
Roma se encuentra libre de enemigos;
ya nada puede alimentar sns triunfos,
la gloria militar empalidece
al fúlgido esplendor de sus caudillos,
Que no esgrima la espada el legionario
sino para domar al revoltoso:
que el bélico clangor de horrenda trompa
de nuestros cultos solamente anuncie
el regresar: que de uno al otro polo
se tiemble ante el *Romano*, ó que sin miedo
nos subyugue el amor todos los pueblos.
Arrojad, sacerdotes, los perfumes
al fuego del altar, la blanca hostia
herid en el testud: á las deidades
propensas á escuchar súplicas pías,
pedid la paz nos guarden largo tiempo
y con ella á la casa protectora.
Mas ya he llenado la primera parte
de mi labor, y acaba aqueste libro
con el mes que cantar me propusiera.

V. S. C.

FIN DEL LIBRO I

LA CUESTIÓN ALBANESA ⁽¹⁾

Pero la obra de Austria es aún más perniciosa y trascendental.

La política de Austria en Albania se siente, pero no se ve —dice el distinguido escritor italiano Ugo Ofetti,—pudiendo añadirse de pasada que ese extremo de astucia ha constituido siempre el ideal de las demás naciones que tienen intereses ó pretensiones en los Balkanes.

Siglos enteros lleva Austria empeñada en la doble labor de introducir su autoridad en la Albania y destruir la influencia de las otras naciones que le han seguido en el camino, y á alguna de las cuales Italia ha combatido tanto que, según opinión de un ilustre periodista de Roma, hace dos siglos que trabaja más contra ella que contra la misma Turquía.

Sin referirnos á hechos aún más anteriores, citaremos el de que ya en 1791 el establecimiento de Austria en Albania era tan positivo como que, entre otras ventajas, poseía consulado en Salonico y viceconsulado en Scutari y Durazzo, y poco más tarde los tuvo en Jánina, Vallona y Preressa; esto sin contar con que ya por entonces había empezado á ejercer lo que ella llama su derecho de protección á la Iglesia católica, derecho que dice haber heredado de Venecia, y que el Sultán no tuvo más remedio que reconocer, después, por supuesto, de haberse hecho efectivo en no pocas provincias.

Luego, siempre presente, siempre vigilante y siempre armada sobre la vertiente septentrional de los Alpes albaneses, Austria ha ido multiplicando sus consulados y agencias consulares, sin ruido, pero continuamente, extendiendo su influjo, ya que no su simpatía, por los cuatro *vilàjeks* albaneses. Sus

(1) Véase la pág. 513 de este tomo.

factores más principales han sido el clero, la navegación y la enseñanza.

Con las escuelas, en lugar de unificar los elementos de la nacionalidad, lucha por austrializar á los naturales, enseñándoles, no el idioma y la historia de Albania, sino la historia y la lengua de Austria. Mirando en este punto á semejanza de Italia, Grecia, Francia y las demás naciones que han creado allí escuelas, pero con mayor codicia y crueldad en el propósito que ninguna, aspira á prepararse el porvenir para cualquier contingencia, bien atenta, según frase gráfica de un publicista, á impedir que el pan que ella amasa y cuece en su horno pueda otro comérsele.

El medio de la navegación tampoco deja de ser importante. Como Italia, que tiene la Sociedad de la *Puglia*, pero con anterioridad á ésta, estableció Austria en la Albania la llamada agencia del *Lloyd*, en torno de la cual viven no pocas Compañías de navegación que monopolizan la mitad de toda la importación y un tercio de la exportación. Pero la principal victoria del *Lloyd*, que recibe una subvención anual, equivalente á nueve millones de francos, en pago de los servicios que presta á su Gobierno, consiste en haber establecido una amplia serie de comunicaciones, independientes en absoluto, que el Sultán ha tenido que reconocer como el derecho de protección á la Iglesia católica, obligado á ello por los mismos turcos del Epiro y de Scutari, que ya en 1895 tuvieron necesidad de acudir á dicha línea para el servicio postal y comercial con Europa.

Lo más trascendental, sin embargo, es la hábil propaganda y defensa de los intereses austriacos, encomendados á los misioneros, curas y frailes franciscanos, jesuítas y de otras órdenes que invaden el país. En la actualidad tiene Austria establecidos y á su sueldo tres arzobispados que son los de Scutari, Durazzo y Uzkup, tres obispados y multitud de parroquias, conventos y misiones. Su principal centro de acción es la Alta Albania, porque en la Baja la mayoría es musulmana; pero con un escepticismo kaleidoscópico, según frase del citado Ugo Ofetti, aquel clero en la Baja, cuando le conviene, busca el apoyo del elemento islamita, siendo por igual en

todo el país tan tenaces al par que hábiles sus campañas que, habiendo sido los jesuitas expulsados por el Gobierno musulmán tres veces en la segunda mitad del siglo pasado, incluso con arrasamiento de sus seminarios y conventos en alguna ocasión, siempre han vuelto á instalarse y aun últimamente lograron sacar á la misma Turquía una indemnización por daños y perjuicios.

Por lo demás, los efectos de la obra de ese clero son de tal magnitud como el siguiente dato lo dará á entender á nuestros lectores, y es que los musulmanes, ó sea los que caen fuera de la acción austriaca, son los que con mayor entusiasmo toman parte en el actual movimiento á favor de la independencia de Albania.

*
* *

Ya al llegar á este punto se comprenderá perfectamente la razón con que el Dr. Marchianó proclama que los verdaderos y más temibles enemigos de la causa albanesa han sido y son Austria y Turquía.

En efecto, como probó en la guerra contra los otomanos, Grecia no puede poner espanto en los albaneses ni en nadie, y en el mismo caso están Servia, Montenegro y Bulgaria. En cuanto á las grandes potencias, sólo guerra de cancillerías y batallas diplomáticas podrían suscitar si la Albania, llegada la hora de rechazar su yugo, se mostrase digna de su libertad. Por consiguiente, contra Austria y contra Turquía deben dirigirse los esfuerzos de los patriotas albaneses, y así lo entiende también el partido que acaudilla el Sr. Aladro y que secunda las sabias gestiones de éste contra la codicia del gobierno de Viena y la acción disolvente de la Puerta.

Un escritor extranjero dice de la política oblicua de Austria que es mortal como puñal clavado en el pecho del pueblo albanés y ahondado lenta pero incesantemente hasta el corazón, y otro escritor añade que tal desventura no podría tener más cabal semejante que la que determina el llamado régimen turco en la Albania.

Por nuestra parte, sólo afirmaremos que cualquiera de am-

bas desdichas justificaría, si por acaso no estuviera justificado por ley natural, el actual movimiento albanés.

Efectivamente, á lo ya conocido de tal régimen turco agréguese la pobreza y atraso en que la Albania está sumida; la codicia desenfrenada de las autoridades otomanas, ávidas no más que del lucro propio; una administración de justicia caprichosamente cruel, que permite tener encerrados bajo tierra diez ó veinte años, en espera de ser juzgados, á los acusados de delitos políticos, y, por último, la serie numerosísima de cargas é impuestos, cobrados con tanto rigor que la mayoría de ellos los paga el país con anticipación de un año y aun de dos, y se comprenderá fácilmente la razón que á los albaneses asiste para acabar con tal estado de cosas.

Sin comercio, sin civilización, siendo blanco de todos los apetitos, encerrados constantemente entre vallas, que les prohíben extenderse, unirse y crecer, ¿qué consideración humana podría detener el natural desarrollo de su instinto de redención, que es instinto de vida?

Lo menos que hasta ahora han podido hacer ha sido huir de su país como de lugar maldito, y así es tan aterrador el número de emigrantes que registra la estadística. De un libro recientemente publicado tomamos la siguiente noticia: En la época de la conquista romana contaba solamente el Epiro 4 millones de habitantes y 60 ciudades florecientes, que Lucio Emilio Paolo Macedónico destruyó á hierro y á fuego. Hoy sólo cuenta medio millón de habitantes, apenas 22 por kilómetro cuadrado. Grecia calcula en 200.000 albaneses el número á que da hospitalidad; Italia, en 170.000, y son muchos más los que pululan por todo el Oriente, desde Constantinopla á Conia, del Cairo á Bagdad, de Túnez al Alepo. Activos, bravos é inteligentes, respetan la ley donde la hallan y conquistan rápidamente un bienestar laborioso, si no la riqueza y la fama, mientras que en la Albania, que podría ser un país riquísimo, las energías van pereciendo y la explotación de sus riquezas siendo casi nula. De nada valen los esfuerzos de las autoridades. Con el de sus armas, los naturales pasan los confines de la nación hacia Servia, Bulgaria, Rumania y Grecia, huyendo del régimen otomano y en busca de trabajo, de pro-

greso y de libertad. Sólo en Jánina, durante diez años, cuarenta y cuatro pueblos han quedado desiertos, abandonados á los lobos. El resto de la provincia exporta, según datos fidedignos, de 4 á 5 millones de géneros primitivos, tales como animales, lanas, quesos, leche, aceitunas, pieles sin curtir y leña de arder y de construir, é importan 8 ó 10 millones, siendo Jánina, ó, en términos geográficos corrientes, el Epiro, un país riquísimo de agua y bosques, con llanuras inmensas y fértiles á la primer semilla, con enormes y exquisitas plantas de tabaco, con frutos de mil especies y con minas de hierro, antracita, azufre, plata y betún, como las de Selenitza, que, explotadas por una Compañía francesa, dan betún puro al 80 por 100, con manantiales de petróleo y de nafta, que manchan de grasa el agua de los lagos en muchos centenares de metros...

*
* *

El movimiento de protesta contra esta *debâcle*, iniciado ya vigorosamente con la campaña periodística que inauguró *Los Albaneses de Italia*, se hizo efectivo de manera ruidosa en el país entre la publicación de dicho periódico y la del *Fiàmuri Arbërik*, esto es, en el verano de 1878, apenas firmado el tratado de Berlín. Los naturales, al ver entonces que todos los Estados limítrofes (Servia, Montenegro, Austria y Grecia) redondeaban sus provincias de los confines, con daño de la Albania, se revolvieron contra tal ignominia, poniéndose al frente de los elementos populares los más notables del país, que constituyeron la llamada Liga de Prizrend, merced á la cual la amputación fué menos dolorosa para Turquía.

Fué aquel suceso como un rayo de luz, que puso al descubierto públicamente las pérfidas intenciones que venían guiando la campaña en apariencia protectora, pero en realidad invasora, de todas y cada una de las potencias firmantes del tratado atentatorio.

No tardó en poner también de relieve el mismo suceso la hipocresía de las artes turcas. Viendo la Sublime Puerta con qué prontitud se habían despertado en aquella ocasión los dormidos odios de la Albania, invitó con maña diabólica á la

Liga de Priszend, por medio del *vali* turco de Scutari, que había tomado parte en su formación, á que de nuevo se reuniese en Prevezza para formular una acción de gracias al Sultán, y una vez que tuvo juntos á los culpables, prendió á unos y desterró á otros.

Traición semejante desencadenó con furia los sentimientos de la Albania, ya enterada por la formación de la Liga de que tales uniones eran posibles, y aquel movimiento, que al principio no había tenido otro objeto que el de defender la integridad del territorio, acabó por convertirse en campaña contra Turquía y á favor de la independencia. En algunas regiones los naturales dieron súbita respuesta á la traición con la formación de partidas sueltas, que imperaron hasta el punto de quedar cortados los caminos de Scutari hacia el interior, y rápidamente el país entero secundó la protesta, promovándose asonadas y revueltas que, si en definitiva no tuvieron la eficacia apetecida, fué por la absoluta falta de comunicaciones, que impidió la simultaneidad, y sobre todo, porque no tuvo la causa una cabeza directora que la encauzase. De un lado las noticias llegaban de una región á la opuesta con retraso de meses enteros; de otro la falta de un plan, que diera unidad al movimiento, hacía muy difícil la posición de los jefes parciales contra las autoridades turcas, viéndose aquéllos al fin y á la postre obligados á acogerse al auxilio de pueblos extraños, y por cierto con tan mala suerte, particularmente en Grecia y Austria, que éstos les brindaban protección tan sólo con el fin de inutilizar mejor sus medios.

Sin embargo, el incendio quedó latente en toda la Albania, y así lo halló la brillante legión de patriotas que, renovando el brío de la campaña iniciada por el primer periódico de Jerónimo de Rada, lanzóse resueltamente, y ya sin interrupción, á la propaganda del ideal redentor entre los suyos y ante el extranjero.

*
* *

La cooperación del elemento intelectual albanés dió desde luego un carácter ordenado y firme á la causa de aquel país, sirviendo al propio tiempo para alentar el fuego del entusias-

mo popular, que sin el viento de la propaganda acaso hubiese quedado convertido en cenizas bajo la acción del tiempo.

En Italia, en los Balkanes, en Egipto organizáronse inmediatamente ligas y comités y fundáronse periódicos y revistas, que constituyeron otros tantos órganos de los cientos de miles de albaneses desterrados.

Y, como hemos dicho, al frente de todos los propagandistas, y con mayor denuedo y fervor que ninguno, se colocó desde el primer instante Jerónimo de Rada, que habló á su país y á Europa con el lenguaje de la ciencia, del derecho y del sentimiento. En el *Fiànmuri Arbèrik* combate sin descanso á todo linaje de enemigos de Albania, desnudando intenciones hipócritas y malogrando propósitos ambiciosos á la faz del mundo imparcial; defiende tenaz y gallardamente la creación de colegios albaneses con cátedras en que se enseñe el idioma patrio, como sólido medio de enlace entre los elementos dispersos de la nacionalidad; difunde por el orbe intelectual la literatura de su país, probando que, á excepción de la griega, es la más rica de los Balkanes; unifica el alfabeto albanés, obra en la cual han trabajado después otros patriotas, también de gran cultura; reúne elementos para la formación de un vocabulario, y halla las relaciones de parentesco que existen entre la vetusta lengua pelasga y el idioma albanés; crea y ayuda á crear congresos, escuelas, libros, periódicos y relaciones comerciales; eleva el alma albanesa con la poesía de sus cantos populares, arrebatada la mente de sus compatriotas con la gloria de los recuerdos históricos, despierta su fe, les da un ideal...

Y la idea de la patria y de la independencia albanesa crece sin cesar y ocupa un puesto en el mundo político, dando elocuente mentís á ciertas palabras de Bismarck, que había afirmado autocráticamente que no existía la nación de Albania.

*
* * *

Desde 1878, fecha del tratado de Berlín, hasta la hora presente, han sido numerosas en el orden moral las victorias conseguidas por el partido albanés, sabiamente organizado y dirigido desde hace más de veinte años por el Sr. Aladro, que

á sus títulos de heredero legítimo de la última dinastía de Albania une los méritos contraídos al servicio de la causa de aquel país en el transcurso de su vida.

Á la sombra de la bandera del derecho y con la fuerza de todos los alientos reunidos, á través de la distancia, el partido albanés lanza á Europa constantemente su grito de dolor en proclamas y *memorandums*, en manifiestos y solicitudes, en himnos de guerra y estrofas aladas, y por su parte Europa escucha el lamento. Ya en 1880 Gladstone declara que él y todos los ministros ingleses reconocían la justicia y solidez de los derechos civiles de Albania, así como de los demás dominios turcos. Anteriormente César Cantú había estudiado y discutido la forma de gobierno que convenía á los albaneses, é incluido entre los apéndices de su *Historia Universal* cartas y artículos de Jerónimo de Rada, con quien había trabado relaciones intelectuales. Y después, entre otros muchos hombres políticos, Guiciardini da la fórmula siguiente, á saber: autonomía del Estado albanés bajo el protectorado de las grandes potencias, nunca de Turquía.

Entre tanto los más reputados diarios de Europa van fijando su atención en Albania, no habiendo uno medianamente informado que no deje espacio en sus columnas á la cuestión. Un Congreso celebrado en París y otro en Roma discuten sobre la lengua albanesa. Se reúne luego otro en Nápoles (Abril de 1901), acudiendo á él representantes de todo el territorio albanés. Se formulan por el Gobierno de Italia votos por la institución de cátedras albanesas y la organización de misiones arqueológicas á través de aquel país. Multitud de viajeros, entre los cuales se destacan varios ilustres hijos del saber, exploran la Albania en todas direcciones, anotando las propias observaciones y el fruto de sus estudios en libros y revistas; y la cuestión albanesa, que ya fué materia de discusión desde 1876 en el Parlamento italiano, toma en éste carácter de ardiente cuestión desde 1900: veinte diputados y senadores ponen su palabra á la defensa del derecho de la nación albanesa en ocasión de la discusión del presupuesto extranjero para 1901 y los debates adquieren resonancia por todos los países civilizados, dando relieve extraordinario á la cuestión.

Una fuerza poderosa é irresistible parece impulsar el desarrollo de la idea albanesa, y un insigne escritor extranjero, el Dr. Marchianó reconociéndolo así, exclama en su libro apologético:—La idea está en marcha. Nada ni nadie podrá detenerla: ni las violencias de los pueblos de Europa, ni los artificios de los Gobiernos, que pretenden fabricar á medida de su deseo la planta humana.

* * *

El plan del Sr. Aladro, que, antes de emprender resoluciones graves, ha querido justificarlas y asegurar el éxito de ellas, consta de dos partes, inspiradas por igual en los más elevados principios políticos: la primera tiene por objeto exponer y razonar en mensajes y personalmente á las cortes extranjeras las aspiraciones de la Albania; y la segunda fomentar la cohesión de los elementos dispersos del país, al modo que la logró el heroico Scanderbeg en la Alta Albania en el convenio de Alessio en 1444.

Y la opinión de cuantos siguen con interés la marcha de la cuestión albanesa reconoce unánimemente que el resultado obtenido en la segunda parte de este propósito, comenzado á practicar con todo ahinco desde 1888, ha sido tan lisonjero, sobre todo por lo rápido, como no podía esperar ninguno de cuantos saben la campaña de siglos que Turquía y las potencias extranjeras vienen dedicando, cada una con su móvil, en favor de la división de Albania y de la disolución moral de aquel pueblo. Un viajero calcula en el 80 por 100 de la población montañesa el número de los habitantes que de hecho viven en la actualidad sin el freno del Gobierno otomano, y afirma que todo el país conspira en silencio y á espaldas de las autoridades por la autonomía, que es la fórmula legal de la independencia.

Pero un hecho ocurrido últimamente demuestra mejor que nada la importancia que ha adquirido el movimiento rebelde. Toda la prensa extranjera se ha ocupado de ello. Nos referimos al alarde de fuerza y disciplina verificado por el partido albanés, reuniéndose á la luz de la publicidad, en Corfú, para legalizar solemnemente la jefatura del Sr. Aladro.

La resonancia que el suceso tuvo fué de tal magnitud, sobre todo en Turquía, que, como es sabido, el Sultán ofreció al Sr. Aladro el virreinato de una región, cargo que nuestro ilustre compatriota rechazó.

En cuanto á los albaneses, han dado al acto una respuesta entusiasta.

Miles y miles de hombres, hasta de las montañas casi inaccesibles de la Albania, han dirigido al Sr. Aladro mensajes en que con palabras de fuego declaran hallarse dispuestos á lanzarse sobre las armas á una señal, y en que manifiestan el orgullo con que se pondrán bajo el antiguo estandarte de Scanderbeg, aquel glorioso antecesor del actual jefe, que elevó la Albania con su espada y su saber político á los mayores esplendores de la nacionalidad.

No habrá, en efecto, prestigio más precioso para aquellos naturales que el que tiene el Sr. Aladro como representante de la tradición, ó sea como descendiente de Scanderbeg. Entre los turcos dominadores y los griegos invasores, ataviados á la europea, cruzan gravemente los albaneses, dice un viajero, fieles en el vestir como en todo á sus viejas costumbres. Otro viajero añade el curiosísimo dato siguiente, que acabará de dar idea á los lectores, no sólo de lo aferrados que están á la tradición aquellos naturales, sino también del poder que sobre ellos tendrá la significación del Sr. Aladro como descendiente de Scanderberg. «Entre otras prendas típicas y pintorescas de los albaneses septentrionales, dice dicho viajero, es muy de notar una casaca de manga abierta, con un rectángulo negro sobre la espalda: la lista negra data de cuatro siglos y es el luto que, á través de las generaciones, lleva el país por la muerte de Scanderbeg.»

*
* *

Recientemente, el pasado verano, aquella nación ha realizado un acto que pinta con elocuencia su estado de ánimo, lleno de ardor é impaciencia. Aludimos á la vibrante solicitud, que ha dirigido al Sultán el *Comité superior de los jefes albaneses mahometanos, católicos y ortodoxos en nombre de todas las*

sociedades, ligas y comités existentes en Albania y el extranjero.

En dicho documento, que empieza con estas frases: «Dignaos, Majestad, escuchar nuestra palabra, porque es honrada, como palabra albanesa», los albaneses se quejan airadamente de su condición, «que es la más triste de las condiciones. En él declaran que sus tierras están incultas; que su industria y su comercio languidecen y se arrastran en la miseria; que sus ciudades y pueblos, por falta de vías de comunicación, viven extranjeros entre sí; que los albaneses musulmanes gozan de privilegios tan superiores á los de católicos y ortodoxos que éstos se ven obligados á inscribirse como súbditos extranjeros y que, mientras suspiran por la escuela nacional, el Gobierno turco concede toda suerte de protección á las escuelas extranjeras», en abierta é inexplicable oposición con otro género de leyes, que obligan á los naturales «á estar en expectativa día y noche con el fusil en la mano contra los extraños en los confines de Grecia, Bulgaria, Servia y Montenegro.» Advierten, además, que «la riqueza geográfica de sus puertos y los tesoros de sus mares son otros tantos estímulos á la codicia de los extranjeros y enemigos»; protestan de que «los Gobiernos de las grandes potencias toman recíprocos acuerdos para el reparto del suelo patrio», y amenazan, en vista de que «cada día son mayores los insultos y los males», con que, «teniendo de su parte el derecho y la fuerza, sabrán, por el honor y la salvación de la Albania, hacerlos valer en tiempo oportuno.»

Seguidamente el *Comité* expone sus pretensiones en estos términos: «Austria, Rusia, Alemania, Inglaterra y Francia buscan en su respectivo provecho trazas para engañar á V. M. Pero los albaneses no sabemos qué cosa es el artificio ni la mentira, y os declaramos, sin rodeos ni eufemismos que todos, absolutamente todos nuestros trabajos y afanes tienen por único objeto formar la unión del país. Además, cuantos somos verdaderos albaneses *unánimemente hemos aclamado y queremos por nuestro jefe al Príncipe Aladro Kastrioto*, que viene dedicando sin treguas ni reposo su vida entera al renacimiento de su pueblo. Con esta bandera, y bajo los altos

»auspicios de V. M., estamos resueltos á obtener el triunfo
 »de nuestros derechos y defender nuestra unión, mientras
 »quede una gota de sangre en nuestras venas. Nada habrá
 »que detenga al pueblo albanés, preparado como está á afron-
 »tar cualquier evento. Si el Gobierno de V. M. continúa con
 »su sistema de hacerse sordo á nuestras quejas, los albaneses,
 »por la santa causa de salvar nuestro pueblo que está en pe-
 »ligro y conseguir su renacimiento, llegaremos hasta donde
 »el deber nos mande, con la ayuda de Dios y el esfuerzo de
 »nuestros pechos.»

*
 **

Retos de tal naturaleza no pueden lanzarse sino en vísperas de grandes acontecimientos y contando con medios para sostenerlos.

En efecto, la actitud rebelde de Macedonia, que exige de Turquía el régimen autónomo en cumplimiento de lo convenido por el tratado de Berlin de 1878, hace esperar que la Puerta cumpla su promesa si no quiere perder del todo la Macedonia, como perdió los principados del Danubio y como estuvo á punto de perder Creta; y ya es sabido que la autonomía de Macedonia implicaría forzosamente la de Albania, su hermana en aspiraciones é ideales.

Por lo demás, cada vez es mayor la simpatía que ambos países inspiran al mundo civilizado, y más pronunciada la inclinación que los gobiernos europeos sienten hacia aquéllos, ya sea en virtud de la propaganda que hacen los naturales á favor de su causa, ó ya, y es lo más creíble, porque aumentan de día en día las probabilidades del triunfo, merced al incesante refuerzo de auxiliares con que cuenta el partido rebelde.

Á semejanza de otros muchos, el insigne publicista Leroy-Beaulieu pedía á mediados de Noviembre pasado en el periódico vienés *Die Zeit* que se convocase una Conferencia de las grandes potencias para resolver el problema macedónico, obligando al Sultán á cumplir sus promesas y á decretar las reformas tantas veces ofrecidas y nunca realizadas. Poco des-

pués toda la prensa extranjera extendió el rumor, acogido también por los diarios españoles, de que discutían la forma en que habían de dirigirse al gobierno turco las grandes potencias, menos Alemania, según informe de un periódico ruso, si bien la noticia de esta excepción fué desmentida por *The Standard*.

Más tarde se ha dicho que la nación que se oponía al propósito era Rusia, y, por último, que existían esperanzas de que el acuerdo fuera unánime bien pronto.

Entre tanto la situación del Sultán no puede ser más crítica en medio de las dos tendencias en que se divide la opinión de sus propios súbitos, pues según *Die Zeit*, mientras los liberales mahometanos piden que se cumplan todas las promesas, los palaciegos, reaccionarios y tradicionalistas se oponen á que se haga la menor reforma.

Por su parte los revolucionarios á fines de Diciembre celebraron, según noticias fidedignas, un Congreso en Viena, al que asistieron delegados de Macedonia, Albania, de las demás naciones en que hay emigrados y hasta de Constantinopla, pertenecientes estos últimos al partido de la «Joven Turquía», y en dicho Congreso se discutieron los medios conducentes á obligar que el Sultán cumpla sus promesas relativas á la implantación de reformas en todo el imperio turco y especialmente en Albania y en Macedonia.

Á esto hay que añadir que todos los anuncios son de que la revolución balkánica persistirá en estado latente y se renovará con vigor enseguida; que el profesor Michailovsky, presidente del Comité macedónico, ha declarado en una *interview* que la situación adquirirá un nuevo y gravísimo carácter, y que acaso relacionada con esto corre la versión de que el Sr. Aladro, que, sobre todo desde la solemne ratificación de su jefatura, venía dedicando sus principales esfuerzos á contener la impaciencia bélica de sus partidarios, parece ir cediendo al rápido giro que han tomado los acontecimientos desde que estalló la rebelión de Macedonia, hablándose ya públicamente de trabajos financieros que nuestro ilustre compatriota ha realizado en Austria con la garantía de su cuantiosa fortuna.

Estamos, por consiguiente, cerca de dos grandes sucesos que acaso conmuevan á Europa entera.

Ajenos nosotros á todo interés material, podremos libremente dar rienda suelta al que debe inspirarnos la suerte de un pueblo heroico y mártir.

J. R. C.

LOS CANTONALES DE CARTAGENA

Descontentos los federales intransigentes que había en Cartagena del Ayuntamiento de aquella ciudad, formaron al comenzar el mes de Julio de 1873 lo que llamaron *Comité de salud pública*, cuyo principal objeto era gestionar la destitución de la corporación municipal, destitución que fué acordada por el Gobernador de Murcia, D. Antonio Altadill, hombre de arraigadas ideas cantonales. Animados aquéllos por la facilidad con que habían logrado su primer propósito, dirigidos por el diputado Gálvez, á quien apoyó el coronel Carreras, jefe de los voluntarios, se apoderaron del castillo de Gale-
ras, (1) de la Casa Consistorial y no tardaron en enseñorearse de toda la población, proclamando el día 12 de Julio la independencia del cantón cartagenero, ó murciano como le denominaban otros. En cuanto supo la noticia el General Contreras, se trasladó desde Madrid á Cartagena, á cuya ciudad llegó el día 14, haciéndose dueños los sublevados en poco tiempo del Arsenal, los castillos y buques de la escuadra surtos en el puerto (2). Los dos batallones de Iberia, que estaban en La Palma, entraron en la plaza, como también el batallón de Mendigorria, haciendo causa común con los rebeldes, á los que se pasaron varios jefes del ejército, diputados de la Asamblea

(1) Un cartero llamado Sáez entró en él con unos cuantos sublevados, sin encontrar apenas resistencia, é izó bandera negra en señal de guerra.

(2) El inglés Pitter, primer maquinista del *Fernando el Católico*, puso este buque al servicio de los insurrectos, y los trabajos de la loggia masónica que el mismo Pitter había fundado en Cartagena contribuyeron á que los otros barcos de guerra pasasen á poder de los cantonales.

y muchos caracterizados por su intransigencia, entre los que figuró D. Roque Barcia.

Grande fué la indignación que produjo en todas partes el hecho de que los que se llamaban republicanos federales se alzasen en armas contra el Gobierno de la Nación, precisamente cuando las Cortes se ocupaban en redactar una Constitución federal, y el diputado por Cartagena D. José Prefumo defendió enérgicamente una proposición presentada el 14 de Julio, pidiendo que el Gobierno diera cuenta á la Cámara de lo ocurrido en Murcia y de la conducta seguida por las autoridades de aquella provincia.

El Consejo de Ministros publicó un decreto el 20 de Julio, refrendado por el de Marina, considerando *urgente atacar el mal en su principio*, según decía en el preámbulo, mandando se cumpliesen los artículos 4.º, 5.º y 6.º, capítulo V, tratado 6.º de las Ordenanzas generales de la Armada, que autorizaban á las fuerzas navales españolas ó extranjeras para detener los buques sublevados que no fueran mandados por oficiales de la Armada nacional; además se dictaron otras disposiciones, entre las cuales citaremos la disolución de los batallones que habían abrazado la causa de los cantonales. Entre tanto, éstos, que contaban con una ciudad fortificada como pocas, con abundante material de guerra y bien abastecida, se daban prisa á instalar su cantón con todo aparato: nombraron un Ministerio completo, acuñaron moneda, aprovechando para ello la plata secuestrada á los particulares y la de las minas próximas á la población, y publicaron un periódico titulado *El Cantón Murciano*, que fué el órgano oficial donde los revolucionarios insertaron todas sus disposiciones. Entusiasmados con el triunfo, decidieron, con los buques sublevados, favorecer el movimiento cantonal en las plazas del litoral y bombardearon las que pusieron resistencia á sus proyectos, tales fueron Alicante, Aguilas y Almería, entregándose á toda clase de excesos en los puntos que desembarcaron. También detenían en el mar las embarcaciones mercantes, lo mismo nacionales que extranjeras, ejerciendo con ellas actos de piratería que, unidos á los hechos realizados en las ciudades sublevadas, desprestigiaron á España ante las naciones

extranjas, que veían extenderse aun á las comarcas más pacíficas de nuestro suelo patrio el anárquico movimiento que los rebeldes de Cartagena representaban. Para impedir su desarrollo en Andalucía se envió al General Ripoll con algunas tropas; pero al poco tiempo fué relevado, sustituyéndole D. Manuel Pavía, quien no sin esfuerzo logró acabar con los cantones andaluces.

El comandante de la fragata alemana *Federico Carlos* de- tuvo cerca de Cartagena al buque sublevado *Vigilante*, que iba mandado por Gálvez. Éste fué trasladado prisionero al buque prusiano, y el *Vigilante* fué enviado á Gibraltar. La noticia exacerbó á los cartageneros, hasta el punto que Contreras llegó á decir que el cantón declararíala guerra á Prusia. Poco después, yendo el mencionado General y Pernas con algunas fuerzas á bordo de las fragatas *Almansa* y *Vitoria* desde Almería á Málaga, con ánimo de bombardear á esta plaza, ya que habían sido rechazados de aquélla, fueron detenidos en la travesía por el *Federico Carlos*. Si ellos recobraron pronto la libertad y volvieron á Cartagena, los barcos apresados fueron llevados á Gibraltar, donde los tuvieron los ingleses á pretexto de recomponerlos, hasta que, terminadas las negociaciones diplomáticas entabladas al efecto, los devolvieron al Gobierno español el 26 de Setiembre.

Cartagena, por su posición y condiciones especiales, ofreció medios á los cantonales para que se resistiesen más tiempo del que supusieron los que desde un principio no acertaron á comprender el alcance de la insurrección ó no quisieron cortarla de raíz en sus comienzos. Careciendo el Gobierno no sólo de elementos necesarios de mar y tierra para batir á los cartageneros, sino también de fuerza moral para subyugarlos, no pudo lograr que arriasen la bandera cantonal, ni consiguió sobre ellos grandes ventajas. Creyéndose fuertes los sublevados, hicieron una expedición al interior, llegando hasta Chinchilla, donde se encontraron con tropas leales de caballería y Guardia civil. Aunque éstas eran escasas en número, desbarataron á los cantonales, cogiendo muchos prisioneros, entre ellos á Garmilla, capitán que se había pasado al servicio de los rebeldes. Pudo escapar de la refriega Contreras, jefe de

los expedicionarios, regresando precipitadamente á Cartagena. Más tarde, el 26 de Septiembre, los buques insurrectos *Méndez Núñez*, *Numancia* y *Fernando el Católico*, fueron á bombardear á Alicante, donde causaron grandes destrozos, arrojando bombas llenas de petróleo que incendiaron algunos edificios. No pudieron apoderarse de la plaza, y al regresar á Cartagena, chocó la *Numancia* con el *Fernando el Católico*, que se hundió rápidamente en el mar, perdiéndose con la mayor parte de los que le tripulaban.

Los cartageneros soltaron los presos reclusos en el penal y se prepararon á la defensa del cantón, ayudados por algunos de los que estuvieron en la *Commune* de París, por demagogos de diferentes naciones y por varios militares españoles.

El Contraalmirante Lobo, que había sido el encargado del bloqueo de Cartagena y de la persecución de los buques rebeldes, el 11 de Febrero comunicó al Gobierno que había batido á estos últimos; pero abandonando el bloqueo á los ocho días, marchó á Gibraltar, á pretexto de que se había quedado sin carbón. Aunque fué separado del mando, sustituyéndole el Contraalmirante Chicharro, no tardó en ser reemplazado, con no poca sorpresa de muchos.

Aprovechando los sublevados la retirada de Lobo, volvieron á salir con los barcos de que disponían, y anduvieron merodeando por la costa de Levante, causando grandes daños y trastornos en donde se presentaron.

Siendo Castelar Presidente del Poder ejecutivo encargó á últimos de Septiembre al Teniente General Ceballos que relevase al General Martínez Campos. Éste, después de dominar la insurrección en Valencia, había ido con las fuerzas de que disponía á sitiar á Cartagena, estableciéndose primero en La Palma y después en las inmediaciones de la plaza; pero el corto número de aquéllas y la escasez de recursos con que contaba impidieron que se hicieran operaciones importantes, limitándose éstas á rechazar las salidas de los insurrectos, molestarles en su recinto y avanzar un poco protegidos por piezas de artillería de 16 centímetros.

Encargado Ceballos del mando de las tropas; tampoco se

pudo emprender ninguna operación formal contra los cartagenos, pues se necesitaba para el bloqueo 8.500 hombres y 24.000 para un ataque en regla. Á la sazón sólo se podía disponer de unos 4.000 hombres.

Poco á poco fué enviando el Gobierno refuerzos y material de guerra, con los cuales se impulsaron los trabajos de instalación de baterías y construcción de avanzadas, se repartieron las tropas disponibles y empezó el bombardeo el 26 de Noviembre á las siete de la mañana y continuó en los días sucesivos, aunque sin lograr notables ventajas por el escaso alcance del material de artillería.

El General Ceballos dimitió la dirección de las fuerzas, fundado en el mal estado de su salud, y le reemplazó interinamente el General Pasarón, hasta que el 12 de Diciembre llegó al campamento el General López Domínguez y se encargó del mando del ejército, empezando una nueva serie de operaciones, que no produjeron inmediato resultado por la escasez de recursos, principal inconveniente con que se venía luchando desde el principio del cerco, y por la índole especial de los cercados, pues, como dicen los autores de la *Memoria sobre el sitio de Cartagena*, eran «en su mayor parte presidarios, forasteros y tropas insurrectas, indiferentes, por lo tanto, á los destrozos de la población y á los daños y perjuicios ocasionados á sus moradores. emigrados casi todos desde el principio del sitio. Y si algo positivo é importante se consiguió, fué debido, más que á otra cosa, á la poca pericia é inteligencia del enemigo, que concluyó antes de tiempo con sus piezas y consumió sus mejores proyectiles, por lo cual la defensa de sus principales elementos no pudo oponerse á las operaciones y trabajos efectuados en adelante, como lo hubiera hecho á haber reservado aquéllos para el caso, que debió juzgar inevitable, de adelantar las baterías.» Predominando este proyecto, mientras se buscaban medios para realizarlo, se rompió nuevamente el fuego por las piezas de que se disponía, apuntando especialmente sobre las murallas, fuertes y castillos, en tanto que se estrechaba el bloqueo á medida que llegaban más refuerzos de hombres y material de guerra.

El golpe de estado que dió el Capitán General de Castilla

la Nueva, D. Manuel Pavía, disolviendo con fuerza armada la Asamblea en la madrugada del 3 de Enero de 1874 acabó con la República federal y quitó á los cantonales de Cartagena la esperanza de sostenerse por más tiempo. Unido esto á la casi destrucción del castillo de Atalaya, que no pudo resistir el certero fuego de la artillería de los sitiadores, á los cuales se rindió su guarnición en la noche del 10 al 11, se produjo tal desaliento en la plaza, que envió una comisión de insurrectos é individuos de la Cruz Roja con objeto de tratar con el General en jefe de las tropas leales las condiciones para la capitulación, y habiéndolas estipulado, se rindió Cartagena el mismo día 12 y al siguiente entró en ella el ejército sitiador.

López Domínguez demostró inteligentes dotes militares en la dirección del asedio, y cuando logró el triunfo, ni abusó de su poder al ajustar las condiciones para la entrega de la plaza, ni impuso castigos á los sometidos, ni toleró que se cometiera el más pequeño exceso.

Medio año había estado izada la bandera del cantón cartagenero, y en este tiempo los sitiados hicieron 16.653 disparos desde la plaza y desde sus fuertes (la batería del Calvario y los tres castillos); y las fragatas de que disponían las tropas sitiadoras lograron que cayeran en la población 23.000 granadas, de las 27.016 que en total arrojaron sobre ésta y los castillos. Cuando se consiguió ver arriado el pabellón insurrecto, muchas casas habían quedado arruinadas ó incendiadas, y rara era la que no había sufrido perjuicios de más ó menos consideración.

Pocos días antes de rendirse los cartageneros, volaron la fragata blindada *Tetuán*, que había costado 40 millones de reales, y después de entregar la plaza, 2.500 embarcaron desordenadamente en la *Numancia*, que hizo rumbo á Orán, donde la apresaron las autoridades francesas, pasando luego al Gobierno español.

En ella iban Contreras, Gálvez y los más comprometidos en el levantamiento, tanto militares como paisanos. Roque Barcia se ocultó, y los refugiados en Orán publicaron una hoja acusando á Gálvez de tirano, á otros de ladrones, asesinos y

dilapidadores, y á los que formaron la Junta, de encubridores de la desaparición de unos 197.000 duros.

Para ayudar á la reedificación de la ciudad, que había quedado medio destruída, y socorrer á las familias arruinadas, el Ministro de la Gobernación dió al Municipio que se instaló después de la rendición 100.000 pesetas del fondo de calamidades públicas.

El día 12 de Enero de 1874, fecha de la rendición de los cantonales de Cartagena, es de gran importancia en la historia contemporánea de España; porque con la sumisión de aquéllos perdieron los carlistas uno de sus auxiliares más eficaces, el Gobierno entonces constituido aumentó su fuerza y prestigio, y el país entero vió que empezaba á renacer la tranquilidad de que se hallaba tan necesitado.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

EL BANDOLERO

Ocúpase después, y como era consiguiente con mayor amplitud, exigida por su misma variedad, de las otras subclases de ladrones que no lo son con escalo, y manifiesta que en ellas «disminuye el predominio de los caracteres atávicos y atípicos, prevaleciendo siempre los morbosos, no obstante lo cual existen también numerosos caracteres distintivos congénitos, que les diferencian de los normales»; que la diferencia más notable «está en el pelo, negro entre los ladrones, más aún que en los delincuentes contra las personas, encontrándose también muy comunmente la falta de barba, prevaleciendo la frecuencia de padres jóvenes menos que la de padres envejecidos»; que por lo regular «se distingue á tales delincuentes de los que lo son contra las personas por la instrucción más cultivada y el proletariado»; que «en la precocidad y en la reincidencia en el delito son en extremo frecuentes, teniendo preponderancia el alcoholismo y la ociosidad voluntaria ó forzada»; y que por poder servir para explicar su delincuencia, deberá hacer notar el hecho curioso de que «entre los rateros por él observados había cuatro epilépticos, proporción á que no llegaba ninguna otra clase de delincuentes».

Refiriéndose á este último extremo, pregunta: «¿Deberá decirse fortuita tal coincidencia?», dándola esta contestación: «La forma especial del delito y las mismas narraciones de

(1) Véase la pág. 193 de este tomo.

los delincuentes hacen por lo regular que se excluya la premeditación. La vista de una cadena de reloj que pende del ojal del chaleco de uno que duerme al aire libre, la cartera que abulta en el bolsillo de un paseante, ejerce una fascinación de tal especie que provoca, casi por un impulso reflejo, el acto de cogerlas, aun cuando antes no hubiera la intención de robar; es un movimiento reflejo psicológico que, dadas determinadas condiciones de necesidad, de falta de educación y de delincuencia precedente, se provoca con tanta facilidad é imperiosidad á la eficacia, como bajo otras influencias el acceso convulsivo de quien por causa congénita ó adquirida contrajo el vicio».

Prosiguiendo esta serie de consideraciones, basadas en investigaciones propias, que contribuyen á puntualizar los caracteres distintivos de los malhechores á quienes se refieren, aun cuando, como se le ha objetado, no han sido tan numerosas cual fuera de apetecer, añade: «Entre los cuarenta rateros por mí examinados, eran los más los que cometieron el delito inducidos por la ocasión que no los que se entregaron á él con deliberado propósito, con premeditación. Uno de ellos tenía trabajo y vivía con su familia; un día lluvioso tomó su refrigerio en la hostería, y después salió á pasear; la vista del reloj de uno que pasaba á su lado, le suscitó de pronto el deseo de robarlo, habiéndosele despertado de pronto el instinto de la vanidad de poseer un reloj, por la mera contemplación de aquél, y de un jóven hasta entonces honrado hizo un delincuente. La precedente consideración demuestra cómo el momento ocasional que provoca el delito no puede ser invocado, como lo hizo Ferri, para caracterizar una delincuencia poco arraigada. En ninguna otra clase, con excepción acaso de los autores de heridas, obra la ocasión con tanta eficacia, y no obstante, ninguna otra da un contingente mayor de reincidentes incorregibles, en los que las tendencias á delinquir se hayan connaturalizado».

Ocúpase acto seguido el Dr. Marro de los ladrones domésticos, variedad que, con efecto, es digna de especial estudio por los caracteres que en ellos se revelan y por las mismas condiciones del delito. He aquí algo de lo que referente á

los mismos se lee en el mencionado libro: «Entre los ladrones domésticos abundan los muchachos que todavía no han llegado á los quince años de edad y se encuentran otros que han traspasado los cincuenta sin haber contraído débito con la justicia legal. Las condiciones y profesiones de confianza, como camareros, soldados al servicio de sus superiores, dan el mayor contingente en la delincuencia contra la propiedad. Por lo mismo que casi todos estos delincuentes tienen ocupación, no puede admitirse que la miseria, ó una verdadera necesidad, puedan invocarse como motivos impelentes al delito, así como tampoco el que tan sólo la ocasión lo determine, bastando para persuadirse de ello fijar la atención en la frecuencia con que los delitos se repiten en las familias de éstos reos, lo cual hace suponer que los hurtos domésticos constituyen el campo donde comienzan á hacer las pruebas de sus tendencias criminales, aun aquellos que más tarde cometan delitos más graves».

Á continuación de estas que pueden decirse meras indicaciones de los caracteres de los ladrones domésticos y de su especial criminalidad, procura el Dr. Marro precisarlos y puntualizarlos. «Caracteres somáticos distintivos de esta clase lo son, escribe, la frecuencia de frente estrecha, cabellos negros y barba escasa. Los caracteres anormales atávicos no se presentan tanto como se observan en los reos de delitos más graves, pero con todo, son en número proporcional mayor los atípicos y los morbosos, debiéndose éstos comúnmente á los abusos alcohólicos. El alcoholista dotado de gran resistencia orgánica, queda por el alcohol lesionado en las facultades psíquicas, sensoriales y motoras, y al mismo tiempo se encuentra mal servido por el valor y la destreza, le asustan los asaltos y los robos con escalo, le falta la habilidad de los tomadores, y en cambio se presentan más en consonancia con su estado el hurto doméstico y la estafa, ejecutando, de consiguiente, en mayor grado estos delitos. En tal clase de malhechores son frecuentes los casos de enajenación mental, y por otra parte, la mayor instrucción de algunos prueba cómo ésta no es en ellos un correctivo del alcoholismo y el anhelo de placeres cuando no se fortalece

con una educación robusta, ó cuando prevalece el impulso de los instintos morbosos congénitos, diferenciándose por todos estos caracteres de los simples *vateros*, en los que ninguno especial se manifiesta.»

A diferencia del Dr. Marro, ha estudiado César Lombroso á los ladrones bajo un punto de vista más psicológico que fisiológico, más moral que físico, y al hacerlo, y al precisar sus caracteres especiales, no ha olvidado, ni olvidar podía, su teoría de la *regresión* ó *atávica*. Aun cuando de él disintamos en algunos extremos, conforme aparece en cuanto dejamos expuesto, y aun cuando, por otra parte, pudiera tachárenos de conceder demasiada importancia á las ideas de la escuela antropológica positivista, no podemos prescindir de la exposición de las del eminente publicista italiano, no tan sólo por su indiscutible autoridad científica, sino porque la escuela de que es fundador, rompiendo abiertamente con los prejuicios y el *apriorismo* sistemático del decadente *clasicismo*, se ha ocupado con verdadero interés del criminal, presentándole tal cual entiende que es física y psicológicamente considerado; conocimiento sin el cual la ciencia criminológica no habría producido los beneficiosos resultados á que ya ha dado lugar.

«Los ladrones —escribe Lombroso—son los más crédulos de la especie. Temerosos casi siempre de ser cogidos en falta, hablan sin sentido, aprovechando cualquiera ocasión para cambiar de discursos; se hacen amigos y aun confidentes del primero que llega, con tal de que hable su jerga y les parezca digno camarada; creen en los sueños, en los presagios, en los días nefastos; no raras veces afectan amores hasta románticos, pero les cautivan más otros amores, y prefieren á las prostitutas, que son sus naturales aliadas. Vidock escribió: «Quien vive con las prostitutas es un ladrón, si no es un espía». Muchos tienden á asociarse en el crimen; se complacen sobre todo con el bullicio y el tumulto de las grandes ciudades, porque alejados de ellas están como los peces fuera del agua; son incapaces de un trabajo continuo, desenfrenados embusteros, y los menos susceptibles de enmienda, especialmente sus mujeres, las cuales suelen ser prostitutas. Los *atracadores* son precoces en el delito y en la venus. Tanto es

el hábito de sus compañeras de llevar cierta clase de ropas, que cuando no las tienen se dicen *mujeres libres*, ó sea *miserables* (Vidrey, *Medios de prevenir los delitos*), y en cuanto á la facultad de conocerse, hace notar el mismo escritor que cuando en 1815 los aliados acogieron muchos malhechores, hasta rusos y calmucos, se hicieron en pocos días amigos y cómplices de los de París (Lombroso, *El hombre delincuente*).

Citando en su libro *La antropología criminal y sus recientes progresos* el estudio comparativo hecho por Tarnowski en las campesinas, las prostitutas y las ladronas, dice que, según el mismo, «la ladrona desdeña frecuentemente su exterior, no es coqueta, y en la cárcel se preocupa poco de sus comodidades; que no es holgazana como la prostituta, sino que, por el contrario, toma parte voluntariamente en las faenas de los talleres del establecimiento y llega á formar un pequeño peculio para la salida; que demuestra más energía y firmeza en lo que comprende, da prueba de una disposición de ánimo más estable y más serio que la prostituta, y se entrega á la bebida bastante menos que ésta, tiene circunspección y prudencia unidas á falta completa de sinceridad, gran desconfianza en el carácter, jamás abandono, niega siempre con empeño sus faltas y atestigua carencia absoluta de remordimiento».

Á estas breves indicaciones se agregan las siguientes en el mencionado estudio: «Lo que más distingue á las ladronas de las prostitutas es su extremada mala voluntad, que ponen de manifiesto cuando se les interroga sobre sus relaciones sexuales, pues guardan respecto á este particular gran reserva, dando muestras de pudor. Á esto debemos añadir su mutismo desde que se toca á los motivos de su detención; casi nunca confiesan francamente su falta, y todavía atestiguan menos el arrepentimiento. Casi siempre niegan con energía su mal hecho, no se rinden á la evidencia y dan explicaciones caprichosas y absurdas para disfrazar la realidad. La acción de la herencia en las ladronas es menor que en las prostitutas. La *anamnesia* de los padres está menos saturada de alcoholismo; las prostitutas, por ejemplo, tienen un 82 por 100 de alcohólicos y 42 por 100 de tísicos en su ascendencia, mientras que las ladronas no tienen sino 49 por 100 de los primeros y

13 por 100 de los segundos. Las otras inferioridades debilitantes de los padres están también representadas por cifras en la *anamnesis* de las ladronas. Es verdad que estas circunstancias favorables de las ladronas lo son menos desde que se considera la dificultad que se ofrece para tener noticias más ó menos ciertas, pero no obstante, el examen anatómico certifica que las ladronas presentan menos signos de degeneración física, lo que parece debe inclinar en favor de una herencia menos adversa».

Por último, el mismo Lombroso, aludiendo á los trabajos del célebre antropólogo Salzotto, dice que éste ha hecho estudios nuevos acerca de las mujeres criminales, «reconociendo en 130 ladronas los caracteres degenerativos, anomalías en el cráneo y en la fisonomía, aunque en número menor que en los hombres, habiendo encontrado *braquicefalia*, en 7; *oxicefalia*, en 29; *platicefalia*, en 7; frente fugitiva, en 7; estrabismo, en 11; oreja en forma de asa, en 6; sensibilidad táctil normal, en un 2 por 100, y en 12 por 100 exagerada».

Esta disminución que según Lombroso y los escritores á quienes alude se observa respecto á los caracteres degenerativos físicos y fisiológicos de las ladronas comparados con los de los ladrones, y el mayor número de los caracteres degenerativos morales, sirve en cierto modo para explicar y esclarecer la que nos atrevemos á denominar fisonomía general de su criminalidad; y la mayor perversidad de los hechos que realizan juntas con los ladrones, á quienes arrastran con frecuencia, conforme veremos al tratar del bandolerismo y de las cuadrillas de malhechores, á extremos de crueldad y de ensañamiento á los que seguramente, sin sus excitaciones, no habrían llegado. Heridas principalmente en su parte moral, é indemnes casi por completo en la física, tienen relativamente mayor energía y son más osadas, lo verifican con mayor malicia, despliegan más astucia y en muchísimos casos, aunque no fuera preciso, fueron las causantes de violencias contra las personas y de actos verdaderamente feroces. En nuestra práctica hemos advertido que las mujeres ataban mejor los cabos y se procuraban la retirada que los hombres, y que,

hipócritas y redomadas, fingían mejor y eran más persistentes en sus negativas, dando alientos á los compañeros que vacilaban. Entre otros casos que pudiéramos citar en apoyo de estos asertos, mencionaremos el de un herrero de un pueblo de Castilla fronterizo á Portugal; ladrón inveterado y asesino, lanzado al crimen por su valerosa y repulsiva mujer, la cual preparaba los asaltos á los trajineros, le persuadió de que matase á todas sus víctimas, pues los muertos no hablan, y malvada é ingeniosa al mismo tiempo, hacía que su *hombre* se fingiese gravemente enfermo uno ó dos días antes de dar el *golpe*, hacía que la acompañasen para asistirle varias vecinas, y cuando se acercaba el momento figuraba que estaba descansando, cerraba las puertas vidrieras, y en tanto que ella jugaba á las cartas con las asistentes, el fingido enfermo alzaba un cuadro de la Sagrada Familia que tenía en la cabecera y ocultaba un ventanillo, saltaba á una cuadra, salía por un corral que daba al campo, se deslizaba por él cual un reptil, cometía el delito, volvía á acostarse, y entonces hacía ruido, sin importársele que transcurrieran horas, pues ella, de vez en cuando, se acercaba á la alcoba y decía á las confiadas vecinas que continuaba durmiendo tranquilo. Descubierta todo con motivo del robo y asesinato de un mercader portugués, no fué posible conseguir de aquella fiera confesión alguna.

También observamos que, casi siempre que se descubría un cadáver con horribles y repugnantes mutilaciones, si no un epiléptico, ó alguno de los que se califican de locos morales en cierto grado de perturbación, había tomado parte en el hecho una mujer. El estudio de la psicología de la mujer criminal, tanto ó más que el del hombre, deberá, pues, ser de preferente atención para el juez instructor. Sin embargo, uno y otro, así como el general de los malhechores, se descuidan, á consecuencia del *rutinarismo* y del *misoneísmo*, de que no se desprenden, por lo regular, y de aquí errores lamentables y el que muchos crímenes queden envueltos en el misterio. Tales son algunos de los caracteres más salientes de los ladrones.

IV

Para el mayor esclarecimiento haremos el retrato psicológico de uno de los ladrones más célebres, y á la par autor de repetidos delitos de distinto género, que sin error puede incluirse entre los *natos* ó *instintivos*, y en el que muy poderosamente obraron juntos los factores *antropológicos* y *sociales*. Nos referimos á Bondes, malhechor francés, acusado de diez y siete delitos, y que en Diciembre de 1889 fué condenado por los tribunales de su país. En él se manifiestan de un modo muy perceptible varios de los caracteres de tal clase de criminales y el curso que sigue el alma humana hasta llegar á ser en toda su plenitud el alma criminal.

Bondes fué alumno del seminario de Perigueux, donde ya se dió á conocer por sus malas inclinaciones, siendo varios los hurtos que en él cometió, por lo cual le expulsaron, yendo entonces á otro establecimiento análogo de Bourg-Saint-Mechol, no siendo obstáculo su notoria escasa moralidad para que el obispo de Castellamaux le ordenase de presbítero. Habíéndose trasladado á Marsella, en dicha ciudad, cediendo á sus instintos, que pueden decirse congénitos, y obedeciendo á sus inclinaciones, que habían determinado su carácter moral, ejerció la *profesión* de *rata*—y usamos esta expresión jergal por ser más significativa,—siendo una de sus víctimas un famoso predicador. Ya avanzado en una vía tan opuesta á su estado, y en la que había demostrado carecer del *sentimiento de probidad*, ausencia que caracteriza á los delincuentes contra la propiedad, como ha demostrado Garofalo, la recorrió además en direcciones muy opuestas, sobre todo en la que mayor maldad acusaba, intentando envenenar al abate Minau, intento por el que se induce que asimismo carecía en absoluto del *sentimiento de piedad*, ó, cuando menos, que lo tenía *atrofiado*; á pesar de la educación moral y religiosa que había recibido, no llegó á despertársele el adormecido sentido moral. Apercibida del intento la víctima, dió una prueba de la bondad de su alma perdonándole. Bondes cambió de nuevo

su residencia y se estableció en Vivres, donde, en Julio de 1865, obtuvo el cargo de vicario.

Ni las lecciones que había recibido, ni los peligros á que se había expuesto, ni la generosa conducta del abate á quien intentó asesinar, ni el porvenir tranquilo, cómodo y de consideración que le auguraba su nuevo cargo, del que era indigno, nada bastó para hacerle retroceder. En él había algo funesto que le subyugaba, anormalidades psíquicas que denunciaban su degeneración, pasiones y apetitos que por la antropología moderna se asignan al verdadero criminal; en vista de ello, sin exageración podría afirmarse que había nacido para ser lo que fué. La misma índole de sus funciones como eclesiástico y la clase de sus deberes le sirvieron para la más fácil realización de sus perversos propósitos. Siempre que para un enfermo se reclamaban los últimos auxilios espirituales, corría á la casa, se colocaba al lado del agonizante, procuraba animar y consolar á la familia; pero, doblemente criminal, no perdía el tiempo, aprovechaba el más ligero descuido, y rara vez salía de aquella mansión del dolor sin llevar oculto algo de que hábilmente se había apoderado.

Mas no era esto sólo. No era únicamente por sus raterías como revelara su carácter: en el confesonario sostenía conversaciones bastante libres con las jóvenes que acudían á confesar sus culpas é impetrar el perdón. Ladrón, asesino, sacrilego, libidinoso, parecía que nada le quedaba por explorar y explotar en las sombrías regiones del vicio y de la delincuencia. Sin embargo, no sucedió así. Fué *usurero*, demostrando con ello que la avaricia era su pasión dominante, y menospreciando las claras condenas fulminadas por la Iglesia sobre los que por tal medio procuran lucrarse y enriquecerse, y fué también *estafador*. Bajo el nombre de Mr. Rives hizo un gran pedido á la casa de Roquet, de París; pero, descubierta la estafa hubo de comparecer ante los tribunales. En la información practicada apareció que había intentado otra estafa contra otro comerciante también de París. Burlando la vigilancia se escapó de la cárcel; pero á poco fué encontrado en un convento. En el tiempo que medió entre su fuga y su captura cometió el horrible asesinato del abate Abbier.

Parecía que con tal crimen, que sobrepujó á todos los anteriores, debía terminar la vida de maldades del presbítero Bondes; pero no fué así. Alegada en su defensa la locura, como en realidad no era sino un malhechor, por predisposición congénita, por vicio y por hábito, fué puesto en observación en el manicomio de Montpellier, observación que fué prolongándose, consiguiendo también fugarse. Tomando entonces el nombre de Juan Mary, entró á servir como criado en la casa de una familia que habitaba en una población pequeña, siendo reclamado por el tribunal de Migren, como autor de los delitos de atentado contra el pudor, violencia y falsedad. Por fin sufrió el castigo de sus crímenes.

Bondes era indudablemente un degenerado moral, pero no un loco. En él se manifestaron y desarrollaron las pasiones y los instintos que caracterizan al verdadero malhechor, y que descuellan en los ladrones habituales. Vicioso, muy vicioso, llegó progresiva y rápidamente al hurto, al robo, á la estafa, á los atentados contra el pudor, á la violación y al asesinato. Hipócrita, utilizó su instrucción para practicar mejor el engaño y la mentira. De carácter bajo, no pensó sino en los medios de satisfacer sus apetitos animalescos. Puedo, pues, presentarle como uno de los ejemplos más instructivos.

V

Si la vida de Bondes da perfecta idea de lo que, por lo regular, son los ladrones habituales, que á los efectos del hábito agregan los que son producto de su organización psicológica más ó menos anormal, indicando la marcha progresiva que siguen, marcha en la que de un modo indeleble fijan sus caracteres distintivos, no son menos elocuentes los ejemplos que deparan los personajes tan magistralmente retratados en las producciones del género picaresco de nuestros eminentes literatos, y las mismas palabras que ponen en sus labios. Ya lo hemos dicho en otro lugar: en esas nunca bastante ponderadas obras, aunque se revelan no poco el ingenio y la imaginación creadora de sus autores, se traducen fielmente las cos:

tumbres, los pensamientos, las inclinaciones y la manera de ser en los tiempos á que corresponden de las clases sociales ó de las colectividades que tomaron por modelos. Son cuadros acabados de costumbres, y son á la vez anticipaciones de mucho de lo que ha llegado á establecer la moderna antropología: tras de lo ficticio se descubre lo real. Por eso hemos procurado y procuraremos exponer y transcribir algo de lo que, relacionado con nuestro estudio se lee en las más principales y características. En este capítulo nos circunscribiremos á las dos que, por decirlo así, descuellan en la cúspide del edificio, al *Buscón*, de Quevedo, y al *Rinconete y Cortadillo*, del con tanta justicia calificado de *Príncipe de los ingenios*.

Muchas páginas precisaríamos para exponer, aunque fuera brevemente, cuanto aplicable á nuestro estudio aparece en dichas novelas. El *Buscón* da á conocer algunos tipos de la *Hampa* de aquellos ya lejanos tiempos, á los *truhanes*, á los *vagabundos*, á los *timadores* y á los *caballeros de industria* con tanto ingenio presentados en los de la *tenaza*, sin que por ello se eche en olvido á los *rateros*. En *Rinconete y Cortadillo* son casi exclusivamente los *ladrones* los que se presentan. Por eso á esta preciosa novela de Cervantes concedemos mayor atención.

El famoso Pablos, cuyas aventuras como estudiante granuja, como *truhán*, como *timador*, como *rufián*, etc., de nadie son ignoradas, al contar algo de lo que aprendiera en la escuela doméstica, cuyos maestros eran un padre ladrón que murió en la horca y una madre que ejercía los oficios de medianera, embaucadora, confeccionadora de filtros y pretendida bruja, que no tuvo mejor fin, pone en boca de aquél las siguientes palabras: «Decíame mi padre: Hijo, eso de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal, y de allí á un rato, habiendo suspirado, decía de manos: *quien no hurta en el mundo, no vive*. ¿Por qué piensas que los alguaciles y los alcaldes nos aborrecen tanto? Unas veces nos destietan, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el día de nuestro santo. No lo puedo decir sin lágrimas (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habían bataneado las costillas), porque no quisieran que á donde están

hubiese otros ladrones que ellos y sus ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En mi mocedad siempre andaba por las iglesias (y no cierto de puro buen cristiano). Muchas veces me hubieran llevado en el *asno* si hubiera *cantado en el potro*. Nunca *confesé* sino cuando lo manda la Santa Madre Iglesia».

Pero no fueron tan sólo estas lecciones, que ciertamente no se echaron en saco roto, las que concluyeron por hacer de Pablitos el *Buscón* célebre. A la teoría se agregaba la práctica; á la fuerza de la enseñanza correspondía la del *ejemplo*. En él obraban ya las morbosidades hereditarias, y esta predisposición tuvo su complemento en el medio ambiente. ¿Es extraño, pues, que no tardase en demostrar las pasiones, instintos y apetitos que caracterizan al ladrón? «Mi padre—sigue diciendo Pablitos— *metía el dos de bastos para sacar el as de oros*. Probósele que á todos los que hacía la barba á navaja, mientras les daba con el agua levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermano de siete años les sacaba muy á su salvo los tuétanos de las faltriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre, por ser tal, que robaba á todos las voluntades »

En estos pasajes aparece ya toda la génesis del ladrón profesional, y aparece también indicada su psicología. Quevedo en ellos, como en el resto de la novela, con la intuición del genio, se anticipa á los antropólogos y á los sociólogos de nuestros días. Había estudiado profundamente la sociedad de su época, había descendido hasta las últimas capas, había observado, y observado muy bien, y como producto de su observación y de su estudio nos ha dejado pinturas cuya exactitud han comprobado las investigaciones científicas. En su *Buscón* debe verse al malhechor de cierta especie; los caracteres que le atribuye son los del género. Realmente no creó el tipo: fotografió los que pülulaban en las ciudades. Por tal razón entendemos que su novela tanto como al entretenimiento debe servir al estudio.

Hemos dicho que es conocidísima de todos, aun de las personas de ilustración escasa, la novela de Cervantes *Rinconete y Cortadillo*, en la que, poniendo una vez más de manifiesto

su colosal ingenio y su no igualado estilo, dibuja uno de los cuadros más verídicos y concluidos de la vida de los malhechores, desde los que en la *Hampa* eran conocidos con el nombre de *avispones* y hoy con el de *santeros*; desde las *meretrices*, que utilizaban ciertas manifestaciones del vicio para apoderarse de lo ajeno, siendo precursoras de las que en la actualidad practican los hurtos del *gato*, del *ratoncillo* y del *registro de la teta*, hasta los odiosos *sicarios* que, mediante precio, cometían toda clase de atentados, sin excluir el asesinato, y los bandidos de los suburbios y aun del centro de las ciudades, que tanta semejanza tienen con nuestros *atracadores* y *droncitas*. Cervantes, como muchos de los grandes literatos del período clásico, retrató en sus novelas algunos de los tipos más característicos de las distintas clases sociales. En la á que aludimos lo hace de esos malhechores, acaso más numerosos y audaces que en nuestros días. El ser tan conocida nos induce á consignar tan sólo muy pocos de los pasajes que más íntimamente se refieren á la materia de que tratamos.

Al presentar ante el lector á los dos protagonistas á quienes el azar puso en contacto en el camino de Sevilla, y después de describir su aspecto exterior, fijándose sobre todo en sus abigarrados trajes, lo hace en los siguientes términos de su parte moral: «Mi padre es persona de calidad—dijo Pedro del Rincón—porque es ministro de la Santa Cruzada, quiero decir que es bulero ó *buldero*, como les llama el vulgo; algunos días le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese de ello; pero habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que á las mismas bulas, me abracé con un talego y di conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, saqué las entrañas al talego y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposada: vino el que tenía á su cargo el dinero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contentaron con que me arrimasen al *aldabilla* y me *mosqueasen* las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte: tuve paciencia, encogí los hombros,

sufrió la *tunda y mosqueo*, y salí á cumplir mi destierro con tanta prisa que no tuve lugar de buscar cabalgadura: tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se ha dicho que en el cuello traía), con los cuales he ganado mi vida por los *mesones y ventas* que hay desde Madrid aquí, jugando á la *veintiuna*, y aunque vuesa merced los ve tan destrozados y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien les entiende, que no alzará que no quede un *as* debajo, y, si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un *as* en la primera carta, que le puede servir de un punto y de oro; que con esta ventaja, siendo las veintiuna cosa dada, el dinero se queda en casa: fuera de esto aprendí de un cocinero de un embajador ciertas tretas de *quinolas* y del *parar*, á quien también llaman el *andaboba*, que así como vuesa merced se puede examinar en la arte de sus *antiparas*, así puedo yo ser maestro en la ciencia *villanesca*.

Si se desprende de la vida de Rinconete cómo del vicioso y del *tahur* salen el *descuidero* y el *ladrón profesional*, de la de su nuevo compañero y amigo, tal como Cervantes figuró la refiriera, resulta no menos claramente esta generación del criminal contra la propiedad, descubriendo al mismo tiempo su interior, no poco de lo que constituye su psiquis. «Mi padre es sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tijera, con mi buen ingenio, salté á cortar bolsas; enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra; dejé á mi pueblo, vine a Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida que mis dedos no vi iten ni mis tijeras no corten, aunque les estén guardando con los ojos de Argos, y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad nunca fui cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de *corchetes*, ni soplado de ningún cañuto; bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dió noticia de mi habilidad al corregidor, el cual, aficionado á mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así salí de la ciu-

dad con tanta priesa que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algún coche de retorno ó por lo menos de un carro».

En esta conversación nos parece ver las que hemos oído á *golfos* convertidos en *randas*, de los que á ciencia y paciencia de las autoridades, y con daño de ellos mismos y de la sociedad, huelgan en las calles de Madrid, como en éstos, con muy ligeras modificaciones, se ve á los Rinconetes y Cortadillos de nuestros días. Los dos héroes de la novela de Cervantes son los delincuentes jóvenes descritos por los antropólogos y sociólogos criminalistas con todas sus deformidades morales. La malicia precoz, el hábito de la mentira, los vicios anticipados, la vanidad sucia, la afición al vagabundaje, el alarde de sus malos hechos, todo se desprende de sus palabras. Pero dejando á un lado estas consideraciones, sigamos nuestra exposición de las ideas de Cervantes acerca de los ladrones.

Curiosa en extremo, y de no escasa utilidad al criminalista de la escuela positivista, es otra conversación que ya en Sevilla, y comenzada en ésta con fortuna la práctica de su oficio de *rateros*, tuvieron los dos granujas con aquel otro *tomador* que, apercebido del hurto que Cortado había hecho de una bolsa, les salió al encuentro. Dicha conversación comienza á dar idea de las costumbres, procedimientos, caracteres, caló, organización y, en general, de la manera de ser de los ladrones y otros malhechores, por instinto y por hábito, de aquella época. «Díganme, señores galanes, ¿voacedes son de *mala entrada*, ó no? No entendemos esa razón, señor galán, respondió Rincón. ¿Qué, no *entrevan*, señores *murcios*?» respondió el otro. No somos de Teba ni de Murcia, dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, vaya con Dios. ¿No lo entienden? dijo el mozo. Pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata; quiero decir, señores, si son vuestas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme: ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio? ¿Pagan en esta tierra *almojarifazgo* de ladrones, señor galán? dijo Rincón. Si no se paga, respondió el mozo, á lo menos registranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les

aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia, ó si no no se atrevan á hurtar sin sus señas, que les costará caro. Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que por ser la más principal de mundo, será el más acertado de todo él; y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio. Y ¿cómo que es calificado, hábil y suficiente? respondió el mozo. Eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el *finibusterre*, y otra de treinta *embesados*, y de setenta y dos en *gurapas*. En verdad, señor, dijo Rincón, que así entendemos esos nombres como volar. Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos que así les conviene saberlos como el pan de la boca; y así les fué diciendo y declarando otros nombres de los que ellos llaman *germanescos* ó de la *germania*, en el discurso de su plática, que no fué corta.. Sepan voacedes que *cuatrero* es ladrón de bestias, *ansia* es el tormento, *roznos* los asnos, hablando con perdón, *primer desconcierto* es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo...»

MANUEL GIL MAESTRE.

(*Concluirá.*)

ROMANCE HISTÓRICO

(FRAGMENTO DE UN ROMANCERO)

Brilla Febo en el Oriente,
irradia sobre la Europa,
y aún Guatusco yace *esclava*
de mudas opacas sombras;
caldea el gigante helecho
la rubicunda luz tórrida
y á la conciencia entre tanto
negro capuz aherroja;
el sol con su eucaristía
de Cáncer baña la zona
y en tanto el alma padece
sed de Gracia, hambre de Gloria.
¡Pobre Atahualpa! no vió
la vorágine de Hipona
ni apacentóle el apóstol,
ni asistió trémulo al Gólgota.
Mas ya empieza el continente
viejo, la pelasga Ausonia
á vestir con áureos sueños
el Tifis de la bucólica
canción, el gran hemisferio
á quien pesadumbre enoja
con Clavijo y Micer Polo,
adivina la borrosa
silueta de un paraíso
que hacia el ocaso se escorza.
¿Hay acaso más Ceilanes?

¿Cipangos esplendorosas?
¿Nuevos ignotos edenes?
¿Indias más allá... remotas?
¡Dios lo sabe! pues los hombres,
si más sueñan, más ignoran.

ENRIQUE PRÚGENT.

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

Desde nuestras desgracias en Cuba y en Filipinas atraviesa España una crisis honda, de la cual sólo se sale con reformas radicales. Creemos firmemente que el Sr. Silvela y todo el Gobierno se hallan animados de los mejores propósitos; pero esto no basta. Los proyectos que presentan los Ministros son recibidos friamente por los mismos ministeriales y censurados con acritud por las oposiciones. Únicamente el Sr. Dato procura hacer algo que esté en consonancia con las promesas contenidas en el discurso de la Corona. El proyecto de ley de *Reformas en la Administración local* del Sr. Maura, según un periódico, es un ardid para anular los efectos del sufragio en muchos pueblos y se encamina á dar el último golpe á la vida municipal.

Las bases que para la *Reforma de la enseñanza* ha presentado el Sr. Allendesalazar no merecen nuestras alabanzas. Propónese el Ministro de Instrucción pública conceder derechos, ó mejor dicho, privilegios á la enseñanza privada, en desprestigio de la oficial. Ni el Sr. Allendesalazar, ni antes el Sr. Conde de Romanones, han querido reconocer la importantísima labor que realizó el Sr. García Alix, único Ministro de Instrucción pública que, en estos últimos tiempos, sin prejuicios de ninguna clase, hizo una completa y radical reforma en el plan general de la enseñanza. No fué perfecta la obra del Sr. García Alix, tal vez por la precipitación con que se llevó á cabo; pero sus *Disposiciones para la reorganización de la enseñanza* no tienen menos importancia que la ley de Instrucción pública del año 1857.

El proyecto de *Responsabilidad de los funcionarios públicos*,

leído por el Sr. Silvela en el Senado, nada nuevo encierra y puede asegurarse que no se llegará á cumplir. No son leyes las que faltan; lo que se necesita son Ministros que las ejecuten y las hagan cumplir.

Ocúpase el Sr. Dato en la *Reorganización de la Subsecretaría* de su Ministerio y trata de suprimir la asimilación á la judicatura para los empleados que en lo futuro entren á servir en aquella dependencia. Aplaudimos el pensamiento del Ministro. Una cosa es despachar un expediente en el Ministerio y otra fallar un pleito ó condenar á un culpable. Y tal vez el que sirve para lo uno carece de condiciones para lo otro. Pero dícese que se suprime la asimilación para lo porvenir y no para lo pasado, porque hay que respetar *los derechos adquiridos*. ¡Siempre los derechos adquiridos! El don otorgado por un Ministro fácil, ¿no puede suprimirlo otro Ministro sin lesionar la justicia? De este modo la reforma sería completa.

*
* *

El partido fusionista, sin jefe y sin ideas, marcha á la ventura. El Marqués de la Vega de Armijo, Montero Ríos y Moret aspiran á la jefatura. La parte más substancial de lo expuesto por el Sr. Montero Ríos en la reunión que el 22 de Mayo celebró la minoría liberal del Senado en una de las secciones de esta Cámara fué:

«Los liberales constituímos un partido genuinamente monárquico, pero no por serlo hemos de renunciar á ninguno de los principios democráticos que sustentamos. La democracia no es en modo alguno incompatible con la Monarquía. Nosotros, liberales, podemos y debemos trabajar por la democracia; de esta suerte trabajamos también en pro de las instituciones monárquicas.»

Reunida la minoría del Congreso en la tarde del día 30, resultó, después de acalorada discusión, que los liberales, como dijo el Sr. Celleruelo, no tienen jefe ni programa.

*
* *

En una carta de Ceuta se lee que el Roghí era antiguo soldado de Muley Arafa, pero soldado de última fila. *Yilali Yusfi*, denominado el Zarhuni, se distinguía entre sus compañeros por sus hechicerías y habilidades de distinto género; entre estas últimas parece debió sobresalir en las falsificaciones, puesto que hace algunos meses imitó perfectamente una orden escrita del Sultán con sello imperial, obteniendo con ella 4.000 duros del Majzen.

Antes que se descubriese su delito, huyó, andando errante, por las cabilas de Hiaina, Gayata, etc., entre las cuales hizo algunos partidarios al proclamar las amistades de Abd-el-Azis con los europeos y sus tendencias civilizadoras, atribuyéndole propósitos de ceder territorios á las naciones y convenciendo á los montañeses de la necesidad de destronarle, en bien de las doctrinas del Korán y de la amenazada independencia del Mogreb.

Todo esto, sembrado en terreno bien cultivado para las rebeldías, como es la vertiente oriental de Marruecos, fué produciendo el efecto deseado, y el Roghí aumentó sus partidarios en unos sitios con sus predicaciones y *milagros* que le atribuían los crédulos, y en otros, los más, creyéndose que era el Príncipe Muley Mohamed.

El Roghí, pues, ha sabido aprovecharse del descontento general, del odio que los marroquíes tienen á los europeos y de la enemiga que aquéllos sienten contra las autoridades del Sultán, que los deprime y arruina.

De todos modos, la insurrección es menos poderosa cada día, y si renace pronto la paz, se evitarán grandes y trascendentales conflictos internacionales.

II

El Príncipe Enrique de Prusia, hermano del Emperador Guillermo, llegó á Madrid el 24, permaneciendo hasta el 28. Creemos que la visita no tiene significación alguna política. «Es, como dice el *Journal des Debats*, una de esas manifestaciones que tanto gustan al Kaiser.»

Antes, el día 13, el General Bascaran, en nombre de Alfonso XIII, se presentó al Emperador de Alemania, que á la sazón se hallaba en Strasburgo. El viaje del General Bascarán tenía por objeto entregar el retrato del Rey de España al regimiento de Magdeburgo, del cual es D. Alfonso Coronel honorario, como también imponer condecoraciones españolas que éste ha otorgado á 20 suboficiales y soldados. Dícese que Guillermo II dispensó afectuosa acogida al Sr. Bascaran, admiró el retrato y oyó con mucho gusto las noticias que el General le dió referentes á Alfonso XIII.

Seguros estamos, volvemos á repetir, que el viaje del General Bascaran á Alemania y el del Príncipe Enrique á España no tendrán consecuencias políticas de ninguna clase.

*
* *

Los telegramas de París dan exactas noticias de la agresión de los moros á los franceses en Figuig. El *Diario de los Debates* escribe sobre el particular:

«Para nada tenemos que mezclarnos en las turbulencias interiores de Marruecos; pero si emboscadas como la de Figuig no fuesen seguidas inmediatamente de un castigo ejemplar, nuestro prestigio quedaría muy seriamente comprometido.

Llama la atención que los periódicos ingleses, que en otro tiempo manifestaban recelos siempre que se trataba del Norte de África, ahora simpaticen con la actitud belicosa de Francia.

J. O. R.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Les primitifs études d' Ethnologie comparée, par ÉLISE RECLUS. Un volume in 16 de 402 pages, 4 fr.—Librairie C. Reinwald.—Schleicher frères et Cie., editeurs, rue des Saints-Pères, 15.—1903, Paris.

Reclus, el afamado autor de la *Geografía universal*, acaba de publicar un interesante estudio acerca de los Hiperbóreos, arrinconados allá en la extremidad septentrional de nuestro hemisferio, en los confines de la tierra habitable, entre la bahía de Baffin al Este y la península de Alasca al Oeste; los Apaches, que recorren el vasto territorio de límites indecisos entre las riberas del Gran Lago Salado y Chichuana de Norte á Sur; California y Nuevo Méjico del Este al Oeste; los Naios del Malabar, que han conservado con rara tenacidad la familia materna; los moradores de los montes Azules ó Nilgherris, en la punta Sur del Decan, divididos en Todas, Badajas, Cotas, Trulas y Curumbas; en fin, los Kolevianos de Bengala. Con la viveza de su pluma, que sabe devolver la vida á lo muerto, describe de cada uno de estos pueblos su morada, fisonomía, aptitudes mentales, constitución social, matrimonio, organización de la familia, máximas morales, dioses y ritos, sacerdotes y magos, creencias en la otra vida, ritos funerarios, industria y artes, juegos y fiestas. Sociólogo, no menos notable que etnógrafo y que geógrafo, Reclus no se limita á describir; las costumbres de estas primitivas razas le dan motivo para plantear y resolver, siempre con acierto, problemas sociales de suma importancia. Así, la confraternidad de maridos en los Hiperbóreos orientales la interpreta como vestigio de las simplicísimas colectividades sociales, en que eran comunes las mujeres, comunes los niños, y la tribu una cofradía; las grandes chozas de los Apaches, en que viven juntas tribus enteras, hasta varias centenas de personas, le da margen para discurrir acerca de si el individuo es anterior á la sociedad ó la sociedad al individuo. «En lo que se transforma el hombre aislado, dice, se ve en las cárceles celulares inventadas por nuestros filántropos: un idiota. Contrariamente á la idea de que el individuo es padre de la sociedad, suponemos que la sociedad ha sido la madre del individuo... Nos inclinamos á creer que, en las agrupaciones primitivas, el colectivismo estuvo en un grado máximo; el individualismo, en el grado mínimo.»

Sabido es que el valor de esta clase de trabajos depende de las fuentes. Las que ha elegido Reclus son los informes de los viaje-

ros y misioneros de la primera mitad del siglo XIX, teniendo en cuenta que el estado social de los pueblos que estudia ha sido profundamente modificado con posterioridad, por la influencia de los comerciantes é industriales europeos, que han invadido todas las playas. «De los primitivos, dice con tono de amargura, quedan hoy muy pocos; muy pronto no quedará ninguno.»

«Si el público, finaliza el prólogo, acoge probablemente este primer estudio, no tardaremos en ofrecerle el segundo.» Dese prisa á prepararlo, seguro de que el público premiará labor tan meritoria; pero nos permitimos observarle que trate con más extensión todo lo referente á la organización social, el extremo más interesante de las primitivas comunidades humanas, y que en esta primera parte ha quedado algún tanto descuidado.

*
* *

Essai sur la classification naturelle des caractères, par CH. RIBÉRY.—*Un vol. in 8.º de la Bibliothèque de Philosophie contemporaine, 3 fr. 75 (Félix Alcan, éditeur).*

Varias clasificaciones de los caracteres se han hecho, en estos últimos tiempos, por los escritores franceses. Mr. Ribéry no está conforme con las doctrinas corrientes é intenta establecer una clasificación natural. Esta clasificación la hace preceder de un estudio de los temperamentos. No haciendo caso del elemento intelectual que, en su sentir, no debe considerarse como elemento intrínseco del carácter, funda su clasificación, por una parte, en el grado de emoción ó pasión propio del individuo, y por otra, en el predominio del sistema nervioso sensitivo en el individuo, ó del sistema nervioso motor. La segunda parte de la obra, en la cual expresa el autor su clasificación, es muy literaria al propio tiempo que filosófica, y está llena de retratos tomados de la literatura ó de la historia. Mr. Ribéry demuestra en todo el libro cualidades sobresalientes de moralista y escritor.

En el último capítulo, el autor, partiendo de su clasificación, saca consecuencias aplicables á la pedagogía. Insiste en que el educador debe respetar la naturaleza individual de sus discípulos, procurando que éstos sean semejantes, no á otros, sino á ellos mismos; esto es, al carácter inteligible ó ideal que la naturaleza trazó, en cierto modo, de antemano, en sus instintos y tendencias.

*
* *

La Prusse et la Revolution de 1848, par PAUL MATTER, *substitut au Tribunal de la Seine, Docteur en Droit.*—*Un vol. in 16 de la Bibliothèque d' Histoire contemporaine, 3 fr. 50 (Félix Alcan, éditeur), 304 pages, 1903.*

La Revolución de 1848 fué la continuación de la de 1789 y una reacción contra el régimen de 1815. Según las condiciones de cada pueblo, ella tomó formas distintas, pues fué social en Fran-

cia, nacional en el Norte de Italia, y adquirió ambos caracteres en Roma y Alemania.

En Prusia, desde el advenimiento de Federico Guillermo IV, en 1840, la opinión pública estaba alerta. Aunque el Rey comprendía la necesidad de reformas liberales, dudaba concederlas. Cuando, en 1847, el Rey convocó los Estados, el pueblo prusiano se preparó á la revolución.

P. Matter, con profundo sentido histórico, relata los hechos sucedidos desde el año 1815 al 1848; se fija en el advenimiento del régimen de autoridad después de las guerras de la independencia; estudia la paralización del movimiento nacional de 1840 y el carácter veleidoso de Federico Guillermo IV; explica detalladamente los sucesos de Marzo de 1848, como también el año de agitación que les sigue; y, por último, la vuelta al poder del partido reaccionario, alejándose por este motivo la esperanza de formar la unidad nacional.

Este período de la historia de Prusia es interesantísimo. Entonces apareció Bismarck, formando parte de la *camarilla* que impulsó al Rey en el camino de la reacción.

*
* *

La Chimie dans l'industrie, dans la vie et dans la nature,
par AUGUSTE PERRET, licencié ès-sciences.—Prix, 2,50 francs.—Librairie C. Reinwald.—Schleicher Frères et C.^{ie}, éditeurs, rue des Saints Pères, 15.—Paris, 1903.

Agotada en poco tiempo la primera edición del libro de Mr. Perret, acaba de publicarse la segunda. Muy poco diremos de *La química en la industria, en la vida y en la naturaleza*, porque ya revistas y periódicos han considerado esta obra, lo mismo por la belleza de la forma que por su utilidad, como una de las mejores que ha dado á luz la acreditada Pequeña Enciclopedia Científica del siglo XX. Véase el cuadro de materias:

Introducción.—La industria química y la metalurgia.—La química de la alimentación.—La química de la economía doméstica.—La química médica y farmacéutica.—La química del laboratorio.—Análisis y síntesis.—La química de la vida.—La vida de la célula.—La vida de un organismo superior.—La materia y la energía.

*
* *

Les esprits directeurs de la pensée française du Moyen Age à la Révolution, par THÉODORE SURAN, agrégé de l'Université, professeur au Lycée d'Avignon.—Un volume in 16, de 238 pages, 3 francs.—Librairie C. Reinwald.—Schleicher Frères et C.^{ie}, éditeurs, rue des Saints Pères, 15.—Paris, 1903.

La historia de Francia, tan rica por sus hechos, en particular desde el siglo XVI hasta la gran Revolución, ha sido tratada de un modo magistral por Teodoro Suran, ilustre maestro en el Li-

ceo de Aviñón. Mr. Suran se ha acreditado de observador perspicaz, narrador ameno y elegante estilista.

Grande ha sido la influencia de la política y cultura de Francia en los destinos de la humanidad. Las ideas de la Revolución se propagaron á todas las naciones, hallándose sin resolver todavía los problemas más arduos y transcendentales de los enciclopedistas. Véase el índice de la obra:

Introducción.—I. La Edad Media.—II. Rabelais.—III. Calvino.—IV. Ronsard.—V. Montaigne.—VI. Descartes.—VII. El siglo de Luis XIV.—VIII. Voltaire.—IX. Montesquieu.—X. Diderot.—XI. Rousseau.—XII. La Revolución.—Conclusión.

Recomendamos á nuestros lectores la lectura de este libro, lleno de doctrina y de crítica, con noticias nuevas acerca no sólo, como dice el autor, de los espíritus directores del pensamiento francés, sino de los insignes precursores de una nueva era del pensamiento humano, porque aquellos grandes maestros no pertenecen únicamente á Francia: son gloria de la humanidad.

* * *

Nuestra América, por D. CARLOS OCTAVIANO BUNGE.—*Casa editorial de Henrich y Comp., de Barcelona, 1903.*—*Precio de la obra, 3 pesetas.*

Comienza el libro con un prólogo del Sr. Altamira. El Sr. Bunge, tanto en la introducción como en las tres partes de que se compone la obra, *Los hispano americanos*, *Política hispano-americana* y *Políticos hispano-americanos*, ha dado señaladas muestras de sus conocimientos históricos y psicológicos. En *Nuestra América* se hallan relatados los hechos con verdadera brillantez de estilo, hasta el punto que algunos de sus capítulos parecen cortados por los del patrón de la *Profesión de fe del siglo XIX*. Bunge, fiel discípulo de Pelletan, es un espíritu observador y crítico; pero algo soñador y caprichoso. Dice que la *pericia*, la *tristeza* y la *arrogancia* criollas forman el carácter de raza, y esta doctrina, que nosotros creemos poco exacta, sirve de materia á algunos capítulos de la obra: tampoco admitimos que las condiciones de carácter europeo sean la *diligencia*, la *alegría* y la *democracia*. Justo es confesar, sin embargo, que el Sr. Bunge cree posible la *europaización* de su pueblo mediante el *trabajo*. «Si el carácter de los hispano-americanos es no tener carácter, ¡hagamos un carácter! Fomentémosle, imitemos, forjemos, remachemos; y si entonces aún no pudiéramos crearlo del vacío, ¡vive Dios, robémosle á quienes lo tengan, como arrancaron los romanos sus hembras á los sabinos! ¡Sorprendamos á la Historia, tendámosla sobre la grupa de nuestros corceles, hincemos nuestros dedos como garras en sus senos de virgen, y, bebiéndole la vida por los desmayados labios, adelante! ¡Ensangrentemos los ijares del hipógrifo, clavémosle la espuela hasta la entraña, que, en la noche de lo Desconocido, hambrienta jauría de siglos nos persigue! ¡Adelante! El Tiempo nos espera... ¡Adelante!»

Es cierto que no estamos conformes con algunas ideas del profesor argentino; pero no negaremos que es un joven de muchos alicios y de cuya laboriosidad esperamos grandes frutos.

* * *

¿El pueblo español ha muerto?, por el Dr. MADRAZO.—Precio, 3 pesetas.—Santander: Imprenta y encuadernación de Blanchard y Arce, calle de Wad Ras, núm. 3.

«Á demostrar que la raza española no es un cadáver, á probar que la afirmación de los extraños es completamente errónea van encaminadas las páginas de este libro, escrito al calor de la madre patria.» Esto dice el Dr. Madrazo en la tercera página de su libro. Comienza haciendo una ligera reseña de la historia de España, para fijarse luego en los motivos de la decadencia nacional, y, si no estamos conformes con todas las apreciaciones ó juicios, la labor del escritor santanderino es meritoria. En la Monarquía y en la Iglesia católica, ambas con su interés de clase, encuentra el Dr. Madrazo la causa de nuestra perdición y ruina. No estamos conformes en este punto, como tampoco en el paralelo que hace entre las clases superiores y la clase proletaria. Todo lo malo se encuentra en las primeras y todo lo bueno en la segunda. Lo mismo el obrero andaluz que el cántabro (galaico, astur y vasco), lo mismo el aragonés que el castellano y el catalán son inteligentes, laboriosos y cultos. Todas las desgracias de España se deben á la política de Madrid, á los conservadores y fusionistas, á Cánovas y Sagasta; pero de Cataluña, añade, «debe partir el movimiento inicial que conduzca á la tierra de promisión» (1). Terminase el libro con un estudio detenido acerca de la «Política agrícola.»

El Dr. Madrazo es un hombre de buena fe, muy conocedor de nuestra historia y un verdadero patriota; pero algo impresionable, é injusto á veces, en particular cuando de la Iglesia católica trata. Que el autor de *Impresiones sobre el estado actual de la sociedad española* vuelva á leer el párrafo VI, ó sea desde la página 131 á la 168, y se convencerá, seguramente, de la sinceridad de nuestro juicio.

* * *

Psicología de la materia (Ensayos), por D EDUARDO CARQUÉ DE LA PARRA.—Precio, una peseta.—Madrid, 1903.

No estamos conformes con las atrevidas ideas filosóficas del señor Carqué, si bien no hemos de negar que hoy son defendidas por ilustres pensadores. El autor de *Psicología de la materia* tiene talento, ha estudiado mucho y escribe con suma corrección. Recomendamos á nuestros lectores el folleto, y se convencerán que son verdaderas nuestras afirmaciones.

* * *

(1) Página 246.

En vísperas, por LUCIO V. MANSILLA.—*Garnier hermanos, librerías-editores, calle de los Santos Padres, 6, París.*

El Sr. Mansilla, en su libro *En vísperas*, trata de cosas argentinas, como él escribe en la primera página; nosotros diremos que conoce perfectamente el estado social de la República Argentina, mostrando también conocimientos no vulgares en la historia contemporánea de las principales naciones de Europa y de América. Estúdiense arduas cuestiones y problemas importantes en un tomito de 102 páginas; pero á la ligera, á vuela pluma, sin entrar en el fondo. *En vísperas* es un programa que necesita explicarse, y el encargado de este trabajo debe ser el Sr. Mansilla, cuyas dotes de capacidad y competencia reconocemos con gusto.

* * *

Poesías originales de D. ELISARDO SAYÁNS OCAMPO.—*Segunda edición, corregida y notablemente aumentada.—Su precio: 0,60 de peseta.—Santiago, Imp. Seminario, 1902.*

Hemos leído las *Poesías originales* desde el principio hasta el fin, desde la primera composición, *Exurgite*, hasta la última, que se titula «Contrición». Hace alarde nuestro vate de sus ideas políticas absolutistas y de su intolerancia religiosa, distinguiéndose, como en la composición, *Siempre igual*, por su poca templanza y tal vez por sus apasionamientos y virulencias. Séanos permitido aconsejar al Sr. Sayáns que, en beneficio suyo, abandone un camino lleno de espinas y emplee su numen poético en otros asuntos. Nuestro vate revela en algunas producciones gracejo, facilidad é ingenio; pero no siempre dulzura, suavidad é indulgencia. En suma, y pasando por alto alguna que otra incorrección en el estilo, puédesse afirmar que el autor de *Poesías originales* no carece de apreciabilísimas cualidades poéticas.

* * *

Guía modernista de Madrid y ferrocarriles.—*Precio, 20 céntimos.—Propietarios, Sres. Hervier y Compañía. Administración: San Vicente, 4 duplicado.—Mayo 1903.*

Esta guía, con el último *Plano de Madrid*, contiene interesantes noticias acerca de los establecimientos públicos de la corte y otras que son también de mucha importancia para los comerciantes, industriales y viajeros. Se publicará todos los meses y se enriquecerá con mayores y nuevos datos.

* * *

Divorcio y Delincuencia, por el DR. ECHÁVARRI VIVANCO, abogado del ilustre Colegio de Valladolid. 1903.

El Dr. Echávarri, con gran copia de datos y atinadas observaciones, trata en su folleto *Divorcio y Delincuencia* un asunto tan difícil como importante, y en el cual muestra profundos conoci-

mientos del Derecho, de la Teología y de la Filosofía. El índice de la obra es el siguiente: El divorcio ante la razón.—El divorcio ante la sociedad.—El divorcio ante la religión.—La criminalidad y la educación.—El divorcio y la criminalidad en general.—El divorcio y la poligamia.—El divorcio y el suicidio.—El divorcio y el adulterio.—El divorcio contra el honor y las personas.—Conclusión.

ALBERTO ORTEGA PÉREZ.

* * *

La monarquía y el siglo, por D. JOSÉ D'ARRIAGA.—*Un volumen en 4.º de 296 páginas.—Imprenta de Julián Palacios.—Madrid, 1902.*

El autor del libro cuyo nombre encabeza estas líneas es un apologista entusiasta de los ideales republicanos, un campeón infatigable que acude á la palestra con un arsenal de argumentos científicos, extraídos, tras larga y penosa labor, de los estudios sociales.

Así como otros propagadores de aquel dogma político acuden como recurso eficaz al discurso de la tribuna ó al artículo de la prensa, el Sr. D'Arriaga se propone llevar la cuestión al terreno de la Historia y del Derecho público, buscando en ambas ciencias la profunda base cimentadora del pensamiento republicano; pues, como exactamente hace observar, ha venido advirtiéndose algo como indolencia por parte de los definidores de aquél en hacer propaganda doctrinal y filosófica de su credo, contrastando con la actividad de que han hecho gala otros partidos, desde el ultramontano hasta el socialista, al buscar apoyo en las ciencias sociales, abstractas y aplicadas.

Algunos libros tendenciosos recientes han creado cierta atmósfera hostil á la idea de la democracia, que un tiempo apasionó los corazones, desacreditando la significación de la Revolución francesa, en la que radica el movimiento político de nuestra época, como promotora de ideales románticos y vacíos de utilidad práctica.

Contra esta campaña arremete con brío el Sr. D'Arriaga, defendiendo la virtualidad de los principios republicanos, como únicos á su entender compatibles con la lógica organización social de las naciones modernas, y fijando el novísimo concepto de Estado á la luz de la orientación positivista actual de los estudios sociológicos.

El proceso contra la monarquía, lo mismo la absoluta que la constitucional—dejando á un lado, naturalmente, el punto de vista en que cada uno se coloque al examinar el problema,—está hecho con gran copia de erudición histórica y de argumentación jurídica, mostrando que el autor de la obra pertenece, si no en cuerpo, en alma, á la pasada legión de luchadores por el viejo progresismo; gentes que hoy parecen á muchos candorosas y anticuadas, pero que, aun para sus adversarios, deben tener el atrac-

tivo de la fe y de la sencillez propias de hombres hechos de una pieza, sin las complejidades ni las honduras paradójicas de la generación escéptica de hoy, descendiente directa de los sofistas griegos en el arte de armonizar factores contrarios y nadar entre dos aguas.

No hay en el libro rodeos ni medias tintas. La naturaleza del régimen monárquico, las monarquías constitucionales en su relación con el clero, el ejército y la Representación nacional; la democracia, la demagogia, los intereses dinásticos, la herencia del poder, las monarquías y las nacionalidades son otros tantos asuntos que expone el autor con la convicción de un sectario, obteniendo la deducción ya indicada, y viendo, como el ilustre Pi y Margall, en la obra absorbente de la unidad en los Estados el principio de su ruina.

«La forma federativa—dice—es la única que expresa el orden natural del mundo, la manera de ser productiva de la especie humana y de las sociedades actuales, funcionando como órganos del trabajo de la economía social.»

El autor, que se presenta en su prólogo como víctima de su pasión republicana, ha tenido la oportunidad, para la ulterior suerte que ha de correr su trabajo, de publicarle en días de agitaciones políticas muy enconadas y hondas.

Su libro es un arma nueva y poderosa para los rebeldes y descontentos.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

*
* *

Annales de Sociologie publiées, par la SOCIÉTÉ BELGA DE SOCIOLOGIE. Primer año. 1900-1901. Paris, Félix Alcan, editor, 1903. En 4.º, 443 páginas, 7,50 francos.

Comienza el tomo con una memoria de D. Camilo Jacquart, en la cual resume los trabajos de la Sociedad durante el primer año de existencia. Luego se insertan las principales memorias leídas en las sesiones, que han servido de base á la discusión. Entre éstas citaremos: *Los católicos y la Sociología*, por A. Vennertch; *El materialismo histórico de Karl Marx*, por Van Overbergh; *Las doctrinas realistas en Sociología*, por Munnynch; *Concepto científico de la historia*, por Van Houtte; *Origen de la pena desde el punto de vista sociológico*, por Lantcheere, y *Las causas sociales del feminismo en los Estados Unidos*, por F. Deschamps.

* * *

Les limites du connaissable, la vie et les phénomènes naturels, por FÉLIX LE DANTEC, profesor de la Sorbona.—Biblioteca de Filosofía Contemporánea.—Paris, Félix Alcan, editor, 1903.—En 4.º, 240 páginas, 3,75 francos.

Hace algunos años que se manifiesta el conflicto entre la herencia mítica y el resultado de la educación positiva. Muchos temen el momento en que no exista, y creen que la vida sin misterio no

vale la pena de vivirse. No comparte esta opinión el autor, que examina varios de los problemas que le son más familiares, en una serie de capítulos titulados: *Lugar de la vida en los fenómenos naturales, Límites de la Psicología, Lo Divino, El movimiento retrógrado en Biología, La evolución y los apologistas, Conocimiento de lo porvenir, Darwin, Maduración del óvulo, La herencia es la vida misma.*

Consagra el primer estudio á Lamark, á quien corresponde el inmortal honor de haber colocado la vida entre los demás fenómenos naturales y de haber deshecho el pesado martillo de las tradiciones ignorantes; fué el verdadero fundador de la teoría transformista, cuyos lauros recogió Darwin más tarde. Ha creído el Sr. Le Dantec que una obra dedicada á los fenómenos vitales debía comenzar por un homenaje á aquel sabio que, con su genio, arrojó sobre la ciencia luz imprevista, y fué el inspirador de todas las grandes ideas de los naturalistas del siglo XIX.

*
* *

L' instruction de l' Armée française de 1815 à 1902, por EL GENERAL JOURDY.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1903.—En 8.º, 2,50 francos.*

El autor se ha propuesto reseñar las fases sucesivas de la instrucción del ejército francés, que está sometida, como todos los hechos sociológicos, á una perpetua evolución, y cuyo conocimiento se necesita para comprender las tendencias actuales. Presenta al ejército vegetando, á partir de 1815, en las tradiciones del ejército de Condé, despertándose luego en 1830 y continuando bajo el Imperio el espíritu militar y los métodos de guerra del ejército de Africa hasta llegar al desastre del Año terrible. Abrese entonces bruscamente una era nueva de reflexión y de trabajo, primero indecisa y sin orientación fija, que se convirtió en un renacimiento, de carácter puramente intelectual al principio; pero productora pronto de un método práctico y fecundo que no tardará en producir frutos.

*
* *

Le Mensonge. *Estudio de psico-sociología patológica y normal*, por G. L. DUPRAT, doctor en Letras, profesor de Filosofía en el Liceo de Rochefort.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1903.—En 8.º, 190 páginas, 2,50 francos.*

El origen de este trabajo fué una conferencia dada por el autor en la «Sociedad libre para el estudio psicológico del niño», después de examinar las contestaciones dadas á su cuestionario sobre las alteraciones voluntarias ó involuntarias de la verdad en los niños. Como la observación de los niños no puede proporcionar más que una parte del estudio psico-sociológico de la mentira, el autor ha creído útil examinar también este fenómeno en los adultos, enfermos y salvajes.

Demuestra el Sr. Duprat que la mentira depende de tendencias

que están íntimamente unidas con el carácter, temperamento y constitución fisiológica, y con la actividad neuromuscular. Opina que se ha de combatir la mentira no con imperativos categóricos, sino con ideas generosas que se funden en la instrucción científica y en el desenvolvimiento del sentido crítico.

N.

*
* *

La sed de amar, novela de FELIPE TRIGO.—*Librería de Fernando Fe*, año 1903.

Al terminar de leer esta novela no puedo sustraerme al recuerdo de la impresión que me produjo la primer obra de su autor.

Leía yo los primeros capítulos de *Las ingenuas* con el presentimiento de que sería uno de tantos ensayos de un aprendiz de novelista. A medida que avanzaba en la lectura fui olvidando el nombre del autor, y al cerrar el segundo tomo creí haber terminado la obra de un veterano en el arte de novelar.

La sed de amar confirma de lleno el juicio que de Trigo formé por *Las ingenuas*.

Desde que la novela empieza el lector se encuentra en Argelez, capital de provincia no descrita apenas pictóricamente por el autor; pero cuyo ambiente, provinciano puro, nos lo crean los personajes con sus conversaciones, su modo de vestir, sus costumbres, sus amores; con todos los detalles que sólo en la vida de pequeñas ciudades con honores y aspiraciones de grandes se pueden observar.

Allí conocemos á Jorge, el protagonista, inocente muchachote de diez y siete años, cuya primer *hazaña* nos cuenta Trigo con una habilidad y unos detalles de observación sencillamente admirables. Es con una camarera de un puesto de agua, un día de fiesta y de mucho sol; los amigos le llevan, Jorge se resiste y se disculpa; pero ante el temor de que puedan burlarse de él, cede.

A partir de aquí, la novela toma un carácter erótico marcadísimo; va Jorge pasando de amor en amor, de mujer en mujer, sin encontrar nunca lo que encontrar quiere su alma: el amor verdadero, el amor que no se satisface con el placer... Juzga que la última mujer que cae en sus brazos es la que ha de satisfacer este deseo de amor que ha de vivir siempre en él, que ha de durar mucho, mucho, mientras él exista. Pero aquel, como los otros amores, termina, se marchita, pasa, lo olvida; y viene otro, y en aquel funda de nuevo sus esperanzas, y vuelve á desengañarse, hasta que, en un momento de tranquilidad de su espíritu, se convence de que la sed de amar que tanto espera es la que tantas veces le saciaron aquellas mujeres olvidadas.

Pasan por la novela tipos femeninos encantadores: Marta, voluptuosa, cuyo desnudo nos pinta Trigo en uno de los primeros capítulos, con la frescura de color de Rubens; Justina, la simpática bizca, que lucha y se defiende hasta que ve alejarse el cariño de Jorge, por el que se sacrifica hasta entregarse; Rosita, fina,

delicada, ideal, que parece consumirse en los besos de su amante; Corita, Lola, Maruja, Teresa... todas muy bien trazadas, con rasgos firmes, con color muy justo.

Entre los hombres los hay ambiciosos, calaveras, jugadores, honrados, aunque de éstos pocos; pero, á mi juicio, sobresale de entre todos la figura de *Centauro*, borracho enamorado, siempre á lomos de un rocín, á cuyo galope cruza á menudo la calle de su desdeñosa amada, seguido de una numerosa jauría de ladradores canes.

Es el de *Centauro* un boceto admirable.

MIGUEL A. RÓDENAS.

*
* *

Los gérmenes del lenguaje, estudio fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje como base para la investigación de sus orígenes, por D. JULIO CEJADOR — Bilbao, 1902.

En esta obra, la primera en su género que se publica en España, se ponen de manifiesto los progresos realizados en el terreno de la lingüística comparada — asignatura de que el Sr. Cejador es profesor actualmente en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid,—progresos que han hecho época en el terreno de la Antropología y de la Historia, abriendo amplísimos horizontes á las investigaciones de los nuevos cultivadores de la llamada *psicología de los pueblos* y derramando abundante luz sobre cosas ambiguas, confundidas y desfiguradas por los filólogos clásicos.

No hay palabras para ponderar lo bastante la oportunidad de este libro, que sirve de complemento y continuación al que el Sr. Cejador publicó en Salamanca con el título de *El lenguaje* en la fecha reciente de 1901. De este último di cuenta detallada el año pasado en la revista *Nuestro Tiempo*.

Habiendo iniciado por mi parte en la REVISTA CONTEMPORÁNEA la exposición detenida de *La lingüística como ciencia de observación*, es deber mío reconocer lo mucho que al Sr. Cejador debo en la parte empírica y en los detalles concernientes á la fonología de las lenguas semíticas, que es el grupo que menos domino. Sobre esto, como sobre otros varios puntos, he hecho justicia al Sr. Cejador en el cuerpo de mi trabajo con citas y alusiones, sin que por ello se me hayan dejado de ofrecer ocasiones frecuentes de expresar diferencias de opinión.

En las partes del tratado que versan sobre fonetismo físico y fisiológico no ha creído necesario el Sr. Cejador entrar en pormenores técnicos, que de una manera tan regular como perfecta pueden adquirirse en los manuales de acústica; pero en la parte consagrada á fonética psicológica, después de un análisis de las voces, en que despliega toda la erudición alemana, se engolfa en el estudio comparado de todos los idiomas, por cuyo medio acla-

ra en las distintas direcciones de la filología las importantes y recónditas leyes del fondo común de dichos idiomas.

El Sr. Cejador habla largamente, y para ello tiene más derecho que nadie, de lo objetivo y lo subjetivo en el lenguaje; de las aprehensiones mentales, que constituyen su objeto formal, de sus nociones indeterminadas, de las voces absolutas y relativas que en puridad le constituyen, y de las modificaciones de estas voces con relación á su desarrollo. De este modo procura conciliar lo que enseña la experiencia con lo que dicta la razón, á fin de que no estén separadas la filosofía y la filología bien entendida.

Si la Gramática griega según el sistema histórico comparativo, dada á luz por el Sr. Cejador en Barcelona (1900), le acreditó de analista sutil y de helenista profundo, *Los gérmenes del lenguaje* acaban de revelar en él al pensador y al filólogo. Felicítrole cordialmente por su excelente publicación, llamada á producir bienes inapreciables en el campo lingüístico, y para darla un complemento más sólido é inquebrantable, me atrevo á suplicarle no se demore en sacar de la oscuridad los tomos restantes sobre la embriogenia del lenguaje y el silabario universal, que tanto han de contribuir á dar solidez y amplitud á sus teorías, y muy señaladamente á la de la unidad de las lenguas, en cuya defensa y desenvolvimiento tanto se viene distinguiendo hasta ahora.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

* * *

La vie des animaux illustrée. Première partie: Singes Lémuriens, par A. MENEGAUX.—*J. B. Baillière et Fils, 19, rue Haute-feuille, Paris.*

La *Vida ilustrada de los animales* tiene por objeto presentar, bajo una forma á la vez exacta y pintoresca, la historia de los que son nuestros comensales, nuestros servidores ó nuestros enemigos, en la superficie del globo. Edmundo Perrier, el sabio director del Museo de Historia y Natural, miembro del Instituto, dirige esta vasta publicación, y ha confiado los tomos que traten de *Mamíferos* y *Pájaros* á uno de sus discípulos, A. Menegaux, auxiliar de la cátedra de Mammalogía y de Ornitología en el Museo, conocido por numerosos trabajos zoológicos y ya experto en las dificultades expositivas de una ciencia tan variada.

Los animales han sido clasificados metódicamente y con arreglo á los últimos datos de la ciencia: los *Monos*, los *Gatos*, los *Perros*, los *Caballos*, los *Osos*, las *Focas*, los *Elefantes*, los *Bueyes*, los *Ciervos*, etc., que formarán otros tantos volúmenes separados.

En cada uno de ellos se expondrá la historia completa de un grupo; el autor da sumariamente los caracteres anatómicos, explica sus descripciones teniendo á la vista los magníficos ejemplares reunidos en las galerías del Museo, insiste sobre la distribución geográfica y las costumbres, indica los procedimientos de caza, los productos útiles, la aclimatación y la domesticación.

Este libro no es sólo una descripción de los animales salvajes que pueblan los desiertos de Africa ó Asia, sino que está, en gran parte, dedicado á nuestros animales domésticos. Lo que constituye la originalidad de tan hermosa obra son sus ilustraciones, debidas á un artista de excelentes condiciones, W. Kuhnert. Todas las figuras son enteramente nuevas. De este modo se produce un efecto artístico al par que científico. Las planchas en color son maravillosas por su exactitud y colorido: presentan las actitudes y las fisonomías con un encanto sólo comparable á su precisión. La reproducción de estas acuarelas y diseños está hecha de tal modo que, á juicio de todos los peritos, no se han publicado hasta aquí mejores, ni siquiera en obras artísticas.

La suscripción á los dos volúmenes completos de los *Mamíferos* cuesta 40 francos, cualquiera que haya de ser el número de páginas y planchas artísticas. Igualmente se admiten suscripciones á cada volumen, según vayan apareciendo, á razón de 20 céntimos por cada cuaderno de 8 páginas de texto y una plancha en color.

Hemos recibido el último número de los *Annales des Sciences Psychiques*, que, bajo la dirección del Dr. Dariex, aparecen cada dos meses, y que tienen por objeto analizar seriamente, y apoyándose en pruebas irrecusables, los llamados hechos ocultos de la telepatía, lucidez, presentimiento y apariciones objetivas.

El sumario de este número es interesantísimo. El Dr. Joire habla de la interpretación de los fenómenos producidos por los *mediums*; Myers, de la conciencia *subliminal*; Richer, de los demoníacos, según las representaciones populares; Baraduc, de la sugestión fonográfica, y, por último, Sharrock, de las ceremonias del fuego en el Sur de la India.

N. N.

* * *

La reforma política de Ultramar (1868-1900), por RAFAEL M. DE LABRA.—*Madrid, 1902.*

Colecciona el ilustre publicista en su voluminosa obra (1.116 páginas de lectura compacta) una serie de estudios, discursos parlamentarios y documentos de justificación, relativos todos ellos á los problemas que en la segunda mitad del siglo pasado han sido el objeto de la atención y de la preocupación constante de cuantos conocían las antinomias que ofrecían nuestros intereses coloniales.

Para un espíritu superficial pudiera parecer este estudio una obra inoportuna, evocadora de recuerdos dolorosos y falta del carácter que hemos dado en mirar como esencial á toda publicación que verse sobre cuestiones económicas ó políticas: la actualidad. Todo el que esté penetrado de la importancia que para la futura historia de nuestra patria presenta la determinación detallada y precisa de las causas y antecedentes del desastre de 1898, reconocerá, que sin la obra del Sr. Labra será imposible llegar

al exacto conocimiento de los hechos á que se refiere y que ocupan todavía lugar considerable en la vida contemporánea española. El mismo autor advierte en el prefacio que trabaja para los historiadores futuros y que su libro sólo merece curiosidad ó interés puramente retrospectivo, pudiendo servir «para aprovechar las lecciones que de aquellos hechos se desprenden, en obsequio al prestigio y el porvenir de España y al progreso regular de la humanidad.»

Su exposición es, pues, comentario de acontecimientos y de los criterios gubernamentales que los prepararon. En ella se revela con brillantez un poderoso talento de economista, de político y, sobre todo, de profeta. Como el gran Pi y Margall, el señor Labra predijo todos los trastornos que trajeron aparejados nuestra ineptitud colonial y la indiferencia de los Gobiernos de la Restauración.

* * *

Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del Sr. D. Antonio García Alix, el día 18 de Enero de 1903.—Madrid, imprenta de los hijos de Hernández.—1903.

D. Antonio García Alix es bien conocido como político á la moderna, para que haya necesidad de encarecer sus méritos. En la Academia de Bellas Artes acaba de ingresar, sustituyendo á hombre de tan vastos conocimientos como lo era D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, de quien el Sr. García Alix dice que es «demasiado conocido para que tenga que hacer un elogio que está en el pensamiento y en el corazón de todos.»

Hablar sin alardes de crítico ni vanas pretensiones, animado tan sólo por una buena voluntad, he ahí la labor de D. Antonio García Alix, que desarrolla el tema de la personalidad artística de Salzillo, escultor murciano que floreció «en un siglo de manifiesta decadencia artística, de notoria perversión del buen gusto, de relajación en las costumbres, de conmoción vivísima que mantuvo activa lucha, perturbándolo todo, como triste prefacio de una época de grandes y profundas transformaciones.» El análisis que el Sr. García Alix hace de las causas que contribuyeron á esta decadencia es de lo más documentado y erudito que puede leerse.

De las obras de Salzillo da cuenta sin que en la relación haya momentos de cansancio, ni mucho menos de pesadez. «El San Jerónimo, dice el Sr. García Alix, es una adivinación genial, exclusivo producto de su alma, y la Cena, hermoso grupo conmemorativo del más grande de los misterios de nuestra religión, terminado por Salzillo en 1763, da una impresión de bondad, mística y de tranquila fe incomparable.» Y así sigue el nuevo académico explanando el tema propuesto al comienzo del discurso.

Los apéndices que el Sr. García Alix ha puesto á su trabajo sirven para ilustrar al lector sobre las obras y lo que de Salzillo

dicen Ceán Bermúdez y el Conde de Roche. La contestación al hermosísimo discurso del Sr. García Alix estuvo á cargo del distinguido académico Sr. Velázquez.

* * *

Catálogo de la Biblioteca Municipal.—*Madrid.*—*Imprenta Municipal.*—1902.

Esta Biblioteca, dignamente instalada hoy en el piso principal de la casa que ocupa la Escuela Modelo, ha publicado un grueso catálogo en el que nos da cuenta de cuantos libros y revistas posee.

En el prólogo, escrito por D. Carlos Cambronero, se consignan algunas de las obras raras y comedias manuscritas que la Biblioteca Municipal custodia y que tienen interés grande para los que se dediquen á esta clase de estudios.

* * *

Con la esplendidez de siempre acaba de apárecer, editado por la revista *El Album Nacional*, el catálogo de la casa Domecq. Tipográficamente es una maravilla, tanto por sus fotograbados como por la hábil distribución de ellos. La casa Domecq es de los más importantes establecimientos de productos alcohólicos en Europa. Destila anualmente extraordinarias cantidades de cognac, y su Jerez goza en todo el mundo de bien ganada fama. En sus bodegas se almacenan vinos tan celebrados como el viejísimo *Napoleón*, de ciento setenta y dos años. La clientela que en Londres, Estados Unidos, Rusia y países escandinavos tiene hace figurar á la casa Domecq como una de las primeras casas exportadoras. El éxito que la casa Domecq ha tenido en todas partes es la mejor prueba de la pureza y del esmero que pone en la elaboración de sus productos. En el catálogo, editado en alemán, inglés, francés y español, se dan interesantes noticias históricas acerca de esta acreditada casa, fundada en 1730.

H.

ÍNDICE DEL TOMO CXXVI

15 DE ENERO DE 1903

	<u>Páginas.</u>
Don Gabriel de Corral, por Narciso Alonso A. Cortés	5
Literatura inglesa, por Pedro González-Blanco	31
Máximas y observaciones de D. Antonio Pérez, ministro que fué de Felipe II, para Enrique IV, rey de Francia (conclusión) ..	41
Los visigodos en España (continuación), por J. O. R. ...	51
La lingüística como ciencia de observación, por Edmundo González-Blanco	63
El arte moderno, por Juan García Goyena	81
Espanoles ilustres en Filipinas (continuación), por José Roca de Togores ..	97
Organización militar de México (continuación), por Antonio García Pérez	103
Política interior y exterior, por J. O. R.	113
Boletín bibliográfico, por P. G.-Blanco , por E. , por José Deleito y Piñuela y por N. N.	119

15 DE FEBRERO

El ejemplo de Francia, por Rafael M. de Labra	129
Los visigodos en España (continuación), por J. O. R. ...	151
Regionalismo. Literaturas regionales. Literatura gallega, por José Posse Villelga	161
Espanoles ilustres en Filipinas (conclusión), por José Roca de Togores	177
Humoradas, por Juan García Goyena	187
Estudios de antropología y sociología criminal, por Manuel Gil Mestre	193
Fragmento de un poema, por Enrique Prúgent	205
Teorías novísimas acerca del método en Economía política, por Pedro Urbano González de la Calle ..	209
Elegía, por Julia de Asensi	223
Organización militar de México (continuación), por Antonio García Pérez	225
¿Qué es la poesía?, por Julia de Asensi	239
Política interior y exterior, por Juan Ortega Rubio .	241
Boletín bibliográfico, por José Deleito y Piñuela , por Edmundo González-Blanco , por N. N. y por Z.	245

15 DE MARZO

El ejemplo de Francia (conclusión), por Rafael M. de Labra	257
El monje Cesario de Heisterbach, por Juan Fastenrath	295
Los visigodos en España (continuación), por J. O. R. ..	303
La lingüística como ciencia de observación (continuación), por Edmundo González-Blanco	315
Curiosidades literarias, por Antonio Balbín de Unquera ..	341
Proclamación de los Reyes Católicos en Segovia, por Gabriel M.^a Vergara ..	347
Teorías novísimas acerca del método en Economía política (continuación), por Pedro Urbano González de la Calle	351
Á Isabel la Católica, por Enrique Prúgent	369
Política interior y exterior, por J. O. R. ..	371
Boletín bibliográfico, por Alberto Ortega Pérez , por J. D. P. y por Pedro Ansúrez	375

15 DE ABRIL

Los filósofos desconocidos, por Pedro González-Blanco	385
Los visigodos en España (continuación), por J. O. R. ...	395
Un Ateneo en Torroella de Montgrí á últimos del siglo XIII, por Primitivo Artigas	411
Teorías novísimas acerca del Método en Economía política (continuación), por Pedro Urbano González de la Calle	417
Guadix, por Eduardo Soler y Pérez	429
Algunas contestaciones para <i>El Averiguador popular de El Liberal</i> , por El Curioso Barcelonés	445
Organización militar de México (continuación), por Antonio García Pérez	481
Política interior y exterior, por Juan Ortega Rubio ..	497
Boletín bibliográfico, por José Deleito y Piñuela , por Pedro González-Blanco , por Alberto Ortega Pérez y por E.	501

15 DE MAYO

La cuestión albanesa, por J. R. C.	513
El Emperador Federico II, por Juan Fastenrath ...	523
Teorías novísimas acerca del Método en Economía política (conclusión), por Pedro Urbano González de la Calle	529
Algunas contestaciones para <i>El Averiguador popular de El Liberal</i> , por El Curioso Barcelonés	541
La lingüística como ciencia de observación (continuación), por Edmundo González-Blanco	555
Recuerdos de antaño, por José Rincón	577
Necrología del Excmo. Sr. D. José García Barzanallana y García Frías, por el Vizconde de Campo Grande ..	583

	<u>Páginas.</u>
Los visigodos en España (continuación), por J. O. R.	599
El Almirante Valcárcel, por Juan Ortega Rubio ..	615
Organización militar de México (conclusión), por Antonio García Pérez	619
Congreso médico, por J. O. R.	627
Política interior y exterior, por J. O. R.	629
Boletín bibliográfico, por Pedro Ansúrez , por Alberto Ortega Pérez , por G. Blanco y por José Deleito y Piñuela	633

15 DE JUNIO

Fiesta del Toisón de Oro celebrada por Carlos V en Utrecht el año de 1546, por Manuel de Foronda ...	641
Jaime Balmes y sus obras, por Eloy Bullón	663
Sobre el Reglamento relativo á la zona militar de costas y fronteras, por Un Ingeniero	675
Fase política de la filosofía de Bunge, por Eduardo Alvarez de Toledo	687
Los fastos de Ovidio, por V. S. C.	691
La cuestión albanesa (contiuuación), por J. R. C.	707
Los cantonales de Cartagena, por Gabriel María Vergara y Martín	721
Estudios de antropología y sociología criminal (continuación), por Manuel Gil Maestre	729
Romance histórico, por Enrique Prúgent	745
Política interior y exterior, J. O. R.	747
Boletín bibliográfico, por Alberto Ortega Pérez , por José Deleito y Piñuela , por N. , por Miguel A. Ródenas , por Edmundo González-Blanco , por N. N. y por H.	751

